EJEMPLOS ESTIMULANTES

por O. S. MARDEN

EJEMPLOS ESTIMULANTES
POR ORISON SWETT MARDEN



Orison Swett Marden

EJEMPLOS

...TES

Retrato y Autógrafo
del Autor
O. S. MARDEN

ORISON SWETT MARDEN

CLEMENT TERRER

Retrato y Autógrafo
— del Autor —
O. S. MARDEN

EJEMPLOS ESTIMULANTES

OBRA EN QUE, COMO INDICA SU TÍTULO, SE OFRECEN A LA CONSIDERACIÓN DEL LECTOR EPISODIOS DE LAS VIDAS DE HOMBRES CÉLEBRES

ESCRITA EN INGLÉS

POR

ORISON SWETT MARDEN



TRADUCIDA DIRECTAMENTE AL ESPAÑOL

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

ANTONIO ROCH.--EDITOR

OFICINAS Y TALLERES: ARAGÓN, 118.—BARCELONA

(ESPAÑA)

Sobs. de López Robert y C.ª ; Asalto, 63, Barcelona : Tel. 460 A.

ÍNDICE

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Muy divididas andan las opiniones de psicólogos y moralistas respecto a la eficacia del ejemplo ajeno en la conducta propia. Unos la niegan en absoluto diciendo que la naturaleza moral de los individuos es tan distinta entre ellos como su aspecto personal en el orden físico, y por lo tanto no es posible que nadie haga lo mismo que otro hizo, de donde infieren la inutilidad de representar a la juventud las hazañas, proezas y señaladas acciones de los propulsores del progreso humano, que ya nacieron con las cualidades, virtudes y características necesarias para ascender por el propio estímulo al pináculo de la santidad, de la ciencia, del arte y de la industria.

Otros afirman, apoyados por la experiencia de la vida, que el ejemplo de los hombres insignes, si bien no alcanza a infundir en quien de ellas carezca o a desenvolver en quien las tenga muy embrionarias las cualidades que concurren en los magnates de la civilización universal, sirve de poderoso estímulo para despertarlas y educirlas hasta

un grado que sin llegar al extremo límite de la actividad humana, capacite al individuo que reciba el estímulo para hacer en este mundo algo más y de mejor provecho para sí mismo y para la sociedad de lo que hiciera si no le hubiese estimulado el ejemplo de quienes en iguales o peores condiciones que las suyas lograron sobresalir del ordinario nivel de la vulgaridad.

Pero valga advertir que la eficacia del ejemplo ajeno en la formación y florecimiento del carácter propio no se manifiesta en la realización de las mismas levantadas acciones del hombre insigne cuya vida se le representa al joven para ejemplo, pues fuera esto incitar morbosamente a la imitación y el remedo con toda seguridad de fracaso.

La eficacia está en estimular las virtudes morales y cívicas de laboriosidad, exactitud, perseverancia, paciencia, lealtad, constancia, valor, decisión, entusiasmo, dominio propio, benevolencia, cortesía, tolerancia y veracidad con otras tantas que sirvieron a los próceres del pensamiento y de la acción para cumplir el objeto de su vida; pero con la condición de que quienes reciban el ejemplo actualicen estas mismas virtudes y de ellas se valgan para realizar un propósito muy distinto, aunque igualmente levantado que el cumplido en su tiempo por el hombre ejemplar. Se estimula a los jóvenes a que empleen los mismos *medios, pero*

no a que logren el mismo *fin, porque si bien en mayor o menor grado todos los hombres están dotados de facultades esencialmente iguales en su índole, cada cual trae a este mundo su peculiar labor que cumplir.*

Los ejemplos que al lector ofrece esta nueva obra de Marden están entresacados de las vidas de hombres dignos de perpetua fama, con varias anécdotas y sucedidos en que a manera de apólogo se encierra una lección moral.

Desde luego que no era posible incluir en tres centenares de páginas todo cuanto en las biografías de los primates de la humanidad puede servir de estimulante ejemplo; pero en punto a celebridad y fama no estará de más considerar que cuando nuestros tiempos caigan bajo la jurisdicción de la historia y las generaciones por nacer los juzguen desde puntos de vista incompatibles con la aberración mental, se maravillarán los investigadores futuros de que por una parte fueran estos nuestros tiempos tan pródigos en monumentos, homenajes, lápidas, medallas, pergaminos, banquetes, coronaciones y demás muestras del entusiasmo colectivo de cuota y escote, hacia hombres cuya positiva valía buscará en vano la posteridad cuando revise los valores, mientras que por otra parte dejaron en obscuro abandono a pensadores profundos, inventores insignes, poetas altísimos y artistas ge-

niales que rehuyeron los pedregosos caminos por donde la adulación acompañada de la alabanza propia reptan a las cumbres de la popularidad.

Por supuesto que algunas veces coinciden el merecimiento y el aplauso con tan perfecto encaje, que la revisora posteridad, si quiere ser justa, habrá de mantener, mientras la humanidad aliente, la estatua sobre el pedestal, la inscripción en la lápida, el busto en la medalla y el nombre en la memoria; pero también habrá de corregir errores, reparar iniquidades y poner a tono las estridentes trompetas de la fama.

Al fin y al cabo nadie puede atribuirse la natural y legítima paternidad del descubrimiento o de la invención cuya es la nombradía. Todos los descubridores e inventores se aprovecharon tácita o explícitamente del trabajo acopiado por cuantos les precedieron en la investigación científica que les sirvió de cimiento para levantar la obra.

Desde los días primievales de la historia humana, cuando la ciencia, temerosa de profanación, se ocultaba en las criptas de los templos brahmánicos y egipcios hasta los días de hoy en que se deja manosear por el vulgo, no se ha roto ni un solo eslabón de la cadena de postulados cuyo enlace guarda tan rigurosa dependencia como los antecedentes y consecuentes de una progresión geométrica.

La matemática helénica no fué por cierto invención de los sabios a quienes tradicionalmente se les atribuye en las escuelas, sino que de India y Egipto llegaron a Grecia los fundamentos de la aritmética y la geometría cuyas aplicaciones astronómicas y geodésicas se descubren en las pirámides faraónicas.

Sin los conocimientos atesorados en los templos de Oriente no hubiera podido Pitágoras exponer su teorema ni Euclides sus postulados ni Diofanto sus rudimentos algébricos ni Arquímedes su famoso principio.

Estos sabios fueron, más bien que inventores, reveladores de ciencia hasta entonces oculta, que enseñaron en público cuanto en secreto conocían de mucho antes los iniciados.

Está probado que los antiguos conocieron el sistema heliocéntrico siglos antes de que lo expusiera Copérnico e igualmente conocieron la redondez y rotación de la Tierra sin necesidad de que Focault se la demostrara experimentalmente con su péndulo.

Aun prescindiendo de la sabiduría antigua tuvieron los sabios famosos por su inventiva predecesores más cercanos que les desbrozaron el camino de la invención.

Medio siglo antes de Copérnico, el cardenal de Cusa, coetáneo de Colón, había expuesto en su obra De Docta Ignorantia *todas las ideas sobre*

que más tarde fundara Copérnico el renovado sistema astronómico, y en las mismas páginas aparece también aquella famosa frase: "el universo es una esfera cuyo centro está en todas partes y la superficie en ninguna", que atribuída a Pascal por haberla parafraseado este filósofo-matemático en la menos exacta de que "el universo es un círculo cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna", han descubierto los eruditos en el cabalístico Zohar o Libro del esplendor *del judío español Moisés de León.*

Si esto ocurre con los descubrimientos transcendentales y las invenciones de capital importancia para el progreso de las ciencias, mucho mayor ha de ser el influjo que unas mentes reciban de otras en los secundarios objetos de invención.

De aquí a cien años, si para entonces no han caído ya bajo el paralizante dominio de la arqueología, preguntarán los averiguadores quién inventó el automóvil y quién el aeroplano, estos dos arriesgados vehículos que aturden con el estrépido de sus bocinas y el zumbido de sus alones; pero nadie podrá dar un nombre al que sin usurpación de ajenas glorias corresponda en justicia la del invento, porque como fueron tantos los que al mismo punto aunque en distinta dirección aplicaron la fuerza de su inventiva, necesariamente ha de ser cada invento la resultante de un sistema de fuerzas mentales que en telapática colaboración realizan la común obra.

No advierten las multitudes en su irreflexivo entusiasmo, que los inventos de los sabios, al parecer entretenimiento de laboratorio y recreo de aficionados, llegan a ser más tarde inagotable filón que el industrial explota con sólo alargar la mano.

Las vacilantes tentativas de Porta, Wedgwood y Davy, que en vida no disfrutaron ni de un humilde vino de honor, sugirieron a Daguerre el invento de la fotografía que a tantas nulidades da hoy apariencias de celebridad. Gracias a Franklin, Galvani, Volta y Faraday tenemos hoy tracción eléctrica, lámparas de arco, dinamos y electromotores.

A cada inventor le sirvió de estímulo el ejemplo de sus predecesores; mas para aprovecharlo necesitaron el conocimiento adquirido por el estudio de experimental observación, sin el que lejos de tener positiva eficacia el ejemplo, amenaza extraviar a quien intente remedarlo, como el hidalgo manchego remedó locamente la andante caballería.

Por falta de conocimiento fracasaron muchos en empresas que acometieron temerariamente sin coordinar de antemano los medios con el fin, o por no prepararse a realizarla mediante la rigurosa disciplina de las facultades y el cultivo de las con-

diciones indispensables para la cumplida realización.

Al estímulo de la juventud con objeto de que antes de emprender una obra se predisponga a ella mediante el estudio y ejercicio propenden los ejemplos de que está cuajada esta nueva obra de Marden, y si bien algunos de ellos aparecen en otras anteriores, van acompañados, a modo de corolario, de reflexiones y consejos sugeridos por la índole del respectivo ejemplo.

Contra la opinión de quienes niegan virtualidad a la literatura estimulante, se levanta la realidad de la vida con el testimonio de la experiencia para demostrar que muchos encontraron en las obras de Marden el toque conmovedor de su ánimo, la despertadora voz de sus aletargadas facultades, el grito de aliento y esperanza que transmutando la pereza en diligencia, la duda en certidumbre y el titubeo en decisión, los realzó intelectual y moralmente hasta colocarlos en superior estado social.

Una de las muchísimas pruebas que se podrían aducir en testimonio de esta verdad nos la ofrece la espontánea declaración del doctor don Baldomero E. Caballero, registrador de la propiedad en San Cristóbal (república de Cuba), quien manifiesta su reconocimiento y personal gratitud por los beneficios recibidos con la lectura de las sugestivas e interesantes obras del doctor Marden.

Era el hoy doctor Caballero profesor de las escuelas públicas de su país, y en sus luchas profesionales obtuvo, gracias a Dios, felicísimo éxito, ganando por oposición el puesto que hoy ocupa sin ayuda extraña ni haberse valido de las poderosas fuerzas de la política.

Cuando llegaron a sus manos los primeros libros del doctor Marden los leyó con verdadera delectación y singular entusiasmo. Su amena lectura e interesantísimo contenido influyeron en el entonces profesor de instrucción primaria de excepcional manera, dándole nuevos alientos para luchar y reaccionando favorablemente en los diversos aspectos de la vida y en el medio ambiente en que se desenvolvía.

Desde entonces recomendó el doctor Caballero a sus antiguos discípulos la que para él fué tan provechosa lectura y en todos los casos *vió confirmado su juicio al notar el cambio que se operaba con la lectura de la colección de dichas obras, pudiendo asegurar que por ella hay más de un comerciante establecido por su propia cuenta, de un estudiante graduado después de algunos años de carrera interrumpida y de hombres que miran el porvenir con la serenidad de quien sabe que la perseverancia en un noble propósito alcanza al fin su merecida recompensa.*

Bien puede servir este colectivo testimonio de

réplica a las intemperancias de un Zoilo del siglo XX que acostumbrado a ver los libros por el forro o digamos por las tapas, arroja sobre la literatura mardeniana los dicterios de insulsa y petulante, sin otra razón que el apasionado rasgueo de su pluma, contra la concluyente prueba de los millares de volúmenes puestos por el favor del público en manos de la juventud española y americana.

Petulante es quien como el Zoilo del siglo XX se cree con hinchada suficiencia en posesión de la verdad absoluta y mira despectivamente a los que no comparten sus desatinadas opiniones.

No nos invadiría por los cuatro costados la literatura mardeniana si fuese tan insulsa como al Zoilo le parece, ni tuviera en todos los países de habla española la entusiasta acogida que en mayor o menor grado han merecido las obras publicadas.

Pero si en los dos dicterios con que el Zoilo del siglo XX intenta zaherir la literatura mardeniana, se transparenta el quinto pecado capital tan propio de la zoilesca coluvie, en el de completamente arreligiosa *quebranta a sabiendas el octavo mandamiento de la ley de Dios que tan obligado está a obedecer.*

Porque la adjetivación de arreligiosa *arbitrariamente aplicada a la literatura mardeniana por el Zoilo cuya agresividad no tiene barrera que la*

detenga, o no significa nada o ha de ser, si enmendamos la petulante hibridez del vocablo, el equivalente de irreligiosidad, de falta de religión y de enemiga contra el espíritu religioso.

Y de esto sí que hemos de protestar con toda la energía de la verdad en la indignación, porque es mentir a sabiendas y valerse de armas rufianescas para herir arteramente a quien ningún mal hizo ni le pasó jamás por las mientes hacer al imprudente calumniador.

Añade el Zoilo del siglo XX que por ser arreligiosa la literatura mardeniana no tiene virtualidad ni energía para la verdadera educación. Esto también es injuriar a la verdad, porque centenares de vivos testimonios declararían lo contrario por personal experiencia de su vida, mientras que el tartufismo y verbalismo pseudo religioso de que tan alto exponente es el Zoilo veinticentista ha convertido al mundo en un hormiguero de odios, rencores, guerras y maldiciones al cabo de dos mil años de tiranizar despóticamente las conciencias.

Decir que las obras de Marden son irreligiosas denota en quien lo dice la supina ignorancia religiosa de que no ha mucho se lamentaba el papa Pío XI en su Motu proprio, *porque en todas las páginas mardenianas resplandece el espíritu de la única religión verdadera, la religión del honor y del deber, la religión que une esencialmente al*

hombre con Dios, el genuino catolicismo apostólico de la Iglesia fundada por Cristo, no del falso catolicismo político, partidista y sectario que escarnece la doctrina de Jesús con las atrocidades del Maestrazgo.

En cuanto a si la literatura mardeniana es de importación comercial, no cabe duda de que lo mismo ocurre con todas las literaturas, desde la periodística hasta la más sutilmente religiosa, pues los periódicos, revistas, folletos y libros se publican para venderlos, aunque sean vidas de santos.

Sobre lo de propaganda evangélica, bien se echa de ver que el detractor de Marden pertenece a la raza de quienes cuelan el mosquito y se tragan el camello. Precisamente lo que más falta hace en la sociedad española es educación religiosa basada en el espíritu del Evangelio y no en catequizaciones verbalistas.

Las enseñanzas de Marden están muy por encima del fanatismo de los que tienen por petulante lema: nosotros solos somos los buenos, nosotros solos ni más ni menos. *Su único propósito es difundir la luz que escondieron bajo el celemín quienes no acertaron a ponerla sobre el candelero.*

FEDERICO CLIMENT TERRER

I. HABITO Y CONDUCTA

I. HABITO Y CONDUCTA.


EINTE años de servicio militar día por día habían arraigado en el cabo Simpsons la costumbre de obedecer sin réplica las órdenes de sus jefes. Al oir una voz de mando, instantáneamente, como un autómata, hacía lo que la voz mandaba.

Retirado ya del servicio, estaban sus brazos y piernas tan habituados a las posiciones y movimientos de la disciplina militar como cuando formaba en las filas del regimiento.

Una mañana en que regresaba a su realquilado aposento de vuelta del mercado con un pedazo de carne en una mano y un cestito con media docena de huevos en la otra, un chusco que por allí pasaba dió a cuello herido, junto a su espalda, las voces de: ¡alto! ¡firmes! aprendidas en los ejercicios militares.

Repentinamente, sin ni siquiera darse cuenta de lo que hacía, el veterano dejó caer al suelo lo que en las manos llevaba y se detuvo en seco cuadrándose militarmente en obediencia automática a las voces de mando. Tal fué el efecto de veinte años de disciplina militar. El cuerpo se había acostumbrado a obedecer automáticamente al pensamiento.

La moraleja de esta anécdota es que la adquisición de hábitos virtuosos desde la primera infancia, será un poderoso auxilio para prosperar moral y materialmente en la vida.

Así, por ejemplo, aprender de memoria la tabla de multiplicar no es más que habituar a la mente a repetir el mismo número por producto cuando se repiten otros dos por factores.

Al principio ha de intervenir la memoria para recordar que siete veces ocho o 7 × 8 son 56; pero a fuerza de repetir esta multiplicación llega día en que automáticamente, sin necesidad de recordarlo ni deliberado esfuerzo mental sabemos y decimos con absoluta seguridad que 7 × 8 son 56.

La tabla de multiplicar que rutinariamente coreada se aprende en las escuelas de primera enseñanza, sólo comprende los números dígitos o naturales; pero con la misma prontitud se multiplicaría por 11 y 12 si la mente se acostumbrara a esta operación.

Los contables y tenedores de libros de las casas de comercio y banca y de toda clase de oficinas administrativas, están de tal modo familiarizados con las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética, que por lo rápidamente que las efectúan parecen máquinas de calcular.

Sin embargo, no piensan ni recuerdan ni hacen esfuerzo mental ninguno con deliberada conciencia, pues la fuerza del hábito pone en automática vibración la mente subconsciente.

Lo mismo que en las operaciones aritméticas sucede en la mecanografía, en el piano y en las linotipias y monotipias, cuyos teclados manejan inconscientemente y a ciegas, pero con absoluta seguridad, cuantos están de largo tiempo habituados a su manejo.

La misma ley del hábito rige en todas las acciones y movimientos. Todo consiste en repetir insistentemente el mismo acto. La mano izquierda no es inhábil por falta de aptitud, sino de ejercicio y hábito. Los mancos de la derecha aprenden a escribir, dibujar y servirse en todo y por todo de la izquierda. El pintor italiano Pablo Alboni quedó paralítico de la derecha y aprendió a pintar con la izquierda.

Mujeres hay que faltas de ambos brazos, escriben, cosen, cortan y dibujan con los pies.

En el orden mental y moral también está sujeta la actividad humana a la ley del hábito; y así es posible contraer los de levantarse y acostarse temprano, de no fumar ni beber ni jugar, de acudir puntualmente a las citas, reuniones y a la diaria obligación del trabajo profesional, de ser metódico y ordenado en todo sin rigideces disciplinarias que encierren la vida en un monótono encasillado, de mostrarse atento y cortés con todo el mundo, de

cumplir exactamente sus tareas, de mantenerse honrado sin tacha y de no ceder jamás a la ociosidad.

Todos estos hábitos, contraídos en edad temprana, estamparán su huella en nervios y cerebro cuyas vibraciones se repetirán siempre en la misma modalidad.

Nada de esto sabía *Rip van Winkle*, pues si lo supiera, de otro modo se portara en la comedia de José Jefferson. Juró no beber más en su vida; pero cuando alguien le invitaba a tomar unas copas, aceptaba diciendo: "Esta vez no la cuento".

Sin embargo, como acertadamente observa Guillermo James, el insigne profesor de Harvard, aunque el vicioso no lleve cuenta de las veces que cede a su vicio, las anotarán cuidadosamente las invisibles células de sus nervios y músculos para emplearlas contra él cuando de nuevo le asalte la tentación. Si uno bebe cada día a la misma hora una copita de licor durante un mes, sentirá la misma necesidad al mes siguiente.

De la propia suerte, si diariamente y a la misma hora repetimos un mismo esfuerzo mental, lograremos al cabo de algún tiempo efectuar sin esfuerzo la operación mental en cuanto llegue la acostumbrada hora. Así se contrae el hábito de estudiar.

A veces piensan los jóvenes mientras están haciendo una labor: "No importa que esto me salga un poquito desigual. Por una vez que descuide parte de mi labor no me van a fusilar. Además, de ordinario soy muy cuidadoso; pero hoy no tengo ganas de trabajar, y no hay que preocuparse por tan poca cosa". Sin embargo, aquel leve descuido voluntario queda registrado por la férrea pluma del hábito de negligencia en las cosas mínimas.

El hábito es como una costurera que después de enhebrar la aguja en la máquina de coser movida por electromotor tiene ya cumplida su tarea; o como el maquinista que coloca la plantilla y deja funcionar la máquina.

El hábito enhebra la aguja o coloca la plantilla, y el hombre ejecuta sin darse cuenta las buenas o malas acciones engendradas por el hábito.

"No aprendemos en la escuela, sino en la vida", según dijo hace siglos Séneca; y nuestros hábitos de diligencia, celo y exactitud o de pereza, desidia y superficialidad se adquieren muy fácilmente en edad temprana y persisten arraigados en el carácter.

Dice Juan Boyle O'Reilly:

"¿Cómo extirparé un hábito vicioso? Al revés de como lo contrajiste. Has de soltar lo que agarraste y repugnar aquello a que cediste. Hebra por hebra fuiste retorciendo la cuerda hasta que se enroscó a tu cuello y muñecas. Hebra por hebra

has de irla destorciendo antes de verte libre de las ataduras. Así como construiste piedra sobre piedra la pared del hábito vicioso, así has de ir quitándolas una tras otra por tu propia mano sin ayuda ajena hasta destruir la pared."

*
* *

Un candidato novel fué a consultar con un experto político, muy bregado en lides y artimañas electorales, para que le aconsejase sobre la manera de reunir votos y prosperar en la política. Accedió el consultado con la condición de que el aprendiz de política pagaría cinco dólares de multa por cada vez que desatendiera las instrucciones de su maestro.

Conformóse el candidato, y el instructor le preguntó:

—¿Cuándo quiere usted empezar?

—Desde luego. Ahora mismo.

—Perfectamente. La primera instrucción es que no debe usted hacer caso de nada de cuanto las gentes digan contra usted. Manténgase siempre sobre sí.

—¡Oh! Eso me será muy fácil. Me tiene sin cuidado lo que las gentes digan de mí. No haré caso.

—Muy bien. Esta es mi primera lección, aunque

a decir verdad no quisiera que resultara elegido un hombre tan sinvergüenza como usted.

—¡Caballero! ¿Se atreve usted a...

—¡Cinco dólares de multa!

—¡Ah! Lo decía usted como ejemplo de la lección ¿no es eso?

—Seguramente. Pero aunque no fuera tema de la lección, diría lo mismo.

—¡Insolente!

—Otros cinco dólares de multa.

—¡Vamos! Repite usted la lección. No me figuraba haber de pagar tan pronto diez dólares.

—Sí, señor, diez dólares; y será preciso que los pague usted a tocateja, porque tiene usted fama de tramposo.

—¡Miserable!

—¡Cinco dólares!

—¡Ah! Otra lección. Más me valdrá no encolerizarme.

—Así me gusta. Por lo demás, retiro todo cuanto haya podido ofender a usted. Desde luego que todo fué para probarle, pues sé que es usted de muy buena familia y que su padre era hombre honrado a carta cabal.

Ahora tenga usted presente que en lugar de perder cinco dólares cada vez que se enfade contra alguien, perderá usted un voto, y que los votos en una elección valen más que los dólares.

Todos cuantos por su profesión han de tratar con gentes de muy distintas opiniones han de ir con mucho cuidado en mantenerse ecuánimes y no dejarse arrebatar por la ira.

***

Horacio Greeley, fundador del famoso periódico *La Tribuna* de Nueva York, después de haber dirigido el *New Yorker*, el *Jeffersonian* y el *Log Cabin*, era hombre que no se airaba fácilmente. Había demostrado admirable serenidad de ánimo durante las enconadas luchas entre esclavistas y abolicionistas, y por su consejo publicó Lincoln la histórica proclama de la emancipación de los esclavos.

Estaba una noche trabajando Greeley en su gabinete de la redacción, cuando le anunciaron la visita de un caballero que con mucha insistencia deseaba verle.

—Que pase—le dijo Greeley al ordenanza.

Apenas puso el caballero los pies en el despacho del director, se desató en invectivas, quejándose de que el periódico hubiese insertado un artículo que consideraba depresivo para su persona.

Greeley siguió trabajando como si tal cosa, sin levantar la vista del papel, mientras el recién llegado se desataba en improperios.

Por fin, ya no tuvo el hombre más denuestos que soltar por aquella boca y dió media vuelta en ademán de salir del despacho del director, quien levantándose tranquilamente del sillón acercóse al denostante y con familiares palmaditas en el hombro le dijo en tono conciliador:

—No se marche usted, amiguito. Siéntese, siéntese y apacigüe el ánimo. Verá usted como se encuentra mejor, y además me ayudará usted a redactar la rectificación.

Al día siguiente encontró Greeley en la calle a su visitante y saludándole con mucho afecto le dijo en tono delicadamente irónico:

—Me alegro de que no haya cumplido usted su amenaza de ayer.

—¿Qué amenaza?

—Dijo usted que iba a impedir la publicación de mi periódico; pero ahora vengo de allá y todo sigue su marcha habitual. Lo celebro, porque creí que iba usted a suspender el periódico y en tal caso me hubiera usted arruinado.

—No era tal mi intento. Lo diría movido por el arrebato. Mi propósito era darme de baja en la subscripción.

—¿Eso era *todo*? ¡Bah! Tengamos presente, amigo mío, que el mundo es mucho mayor que nosotros y que seguirá dando vueltas cuando usted y yo hayamos cesado de respirar.

Fácilmente se comprende que la conducta de Horacio Greeley en aquella ocasión dió resultados muchísimo mejores que si hubiese interrumpido su trabajo para entrar en agria disputa con el quisquilloso visitante.

*
**

Jorge Washington aprendió desde muy joven a refrenar la ira y mantenerse ecuánime. Una vez, cuando todavía no había cumplido veinticinco años, tuvo con un tal Payne una acalorada discusión que degeneró en altercado durante el cual soltó Washington una frase en extremo ofensiva para su contendiente, quien pasando a vías de hecho le dió un bofetón que lo derribó por el suelo.

Terminada por de pronto así la cosa, fué Washington al día siguiente en busca de Payne, quien supuso que iba a pedirle satisfacción y retarle a duelo.

Pero Washington le dijo:

—Señor Payne, muy natural en el hombre es el error, y mucho se honra quien lo enmienda. Ayer estuve injusto; pero ya se tomó usted satisfacción de la ofensa, y si a usted le parece suficiente, ahí va mi mano y seamos amigos.

Aceptó Payne la reconciliación que tan noblemente se le ofrecía; y muchos años después, cuando Washington era ya presidente de la recién emancipada república, fué Payne a visitarlo a Mount Vernon, aunque no estaba muy seguro de la acogida; pero Washington lo recibió afectuosamente y lo presentó a su señora, bromeando acerca del incidente de su juventud.

No cabe duda de que es muy honroso para un hombre reconocer y enmendar su error. Puede uno tener muy vivo amor propio y resentirse de las ofensas e insultos que injustamente se le infieran; pero título de héroe merecerá si en obediencia al divino impulso refrena su indignación, perdona la injuria y olvida el agravio.

Sin embargo, no estarán de sobra algunas consideraciones sobre el particular. Cuando se aguanta un insulto o se soporta un agravio porque quien lo infiere es más fuerte y poderoso que quien lo recibe, no hay tal mansedumbre ni grandeza de ánimo si la indignación se reconcentra en rencor y sed de venganza contenidos por la impotencia y no por la voluntad.

El más admirable ejemplo de mansedumbre y humildad sin el menor asomo de bajeza nos lo ofrece la figura de Cristo, cuando después de haber dado prueba evidente de su poderío al derribar por tierra con su sola voz al tropel que capitaneado por el Iscariote llegaba a prenderle, no opone resistencia a la fuerza material a pesar de disponer

de la fuerza espiritual de las angélicas cohortes de su Padre.

Sólo es virtud el refreno de la ira y la sofocación de la cólera en el caso de que teniendo en nuestra mano la venganza, la pospongamos al perdón misericordioso por voluntad de perdonar y no por impotencia de vengarnos.

Los cuáqueros o Sociedad de Amigos, como se llama la secta fundada por Jorge Fox en tiempo de Cronwell, se distinguen por su apacibilidad de ánimo y pulcritud de conducta.

Le preguntaron a uno de ellos que cómo había logrado mantenerse imperturbable ante los insultos recibidos de un mercader a quien por fin apaciguó con su paciencia, y repuso:

"Yo era por naturaleza tan iracundo y violento como tú. Pero al observar que los hombres hablan a gritos cuando se enfadan, pensé que dominando mi voz podría reprimir mi pasión. Desde entonces tomé por norma de conducta no levantar la voz más allá del tono natural, y por la escrupulosa observancia de esta regla he logrado con el favor de Dios apaciguar mi ánimo."

Muchos dicen que no pueden por más que quieran reprimir la cólera; pero es porque no empezaron lo bastante pronto a reprimirla. Las épocas más a propósito para ello son la infancia y la primera juventud.

Se presentó un joven ateniense en casa de Sócrates para que le diese lecciones de oratoria, y durante la entrevista estuvo el joven tan locuaz, que su lengua parecía una tarabilla.

Al ajustar el importe de los honorarios, Sócrates le pidió el doble de lo acostumbrado, por lo que el joven le preguntó:

—¿Cómo es que me llevas a mí el doble que a los demás?

—Porque también es doble la lección que necesitas. Te he de enseñar a hablar, y por otra parte te he de enseñar a callar, que es todavía más difícil.

⁂

El filósofo griego Xanto de Lidia, autor de las *Lidíacas*, le dijo una mañana a su criado que trajese lo mejor que encontrara en el mercado, pues tenía convidados a comer aquel día a varios amigos.

Llegó la hora del convite, y el criado sirvió los platos, que con gran asombro del filósofo consistían en el único manjar de lengua de ternera de diversas maneras aderezada.

Perdida la paciencia al ver que el criado no servía otro manjar, le dijo el filósofo:

—¿No te mandé que trajeras lo mejor que encontraras en el mercado?

—Así lo hice. ¿No es la lengua el órgano de las

relaciones sociales, de la elocuencia, de la afectuosidad y del culto y adoración a los dioses?

—Pues mañana tráete lo peor que encuentres en el mercado.

Al día siguiente se reprodujo la escena, pues en la comida sólo sirvió el criado cuatro guisos diferentes de lengua de ternera. El filósofo exclamó en tono de reconvención:

—¿No te dije que trajeras lo peor que encontraras en el mercado?

—Así lo hice. ¿No es la lengua el órgano de la blasfemia, de la difamación y la mentira?

*
**

Admirables son las poesías de Roberto Burns; y sin embargo, dista mucho de merecer admiración la persona del poeta, cuya corta vida, pues murió a los 37 años de edad, es uno de aquellos casos que confunden a los psicólogos, incapaces de explicar racionalmente la simultaneidad del estro poético con la depravada conducta personal, a pesar de haber sido un modelo de sensatez en su primera juventud, mientras estuvo ocupado en las agrícolas tareas de su nativa profesión, sin que ni por asomo sospechara sus latentes aptitudes para el cultivo de la poesía con mayor habilidad que para el de la tierra.

El ejemplo personal de Burns desmiente al parecer el tan repetido aforismo de que *el poeta nace*, pues hasta cerca de los treinta años, mientras trabajaba con su hermano Gilberto en la granja de Mossgiel, no se le revelaron sus vigorosas facultades para la poesía.

Pero al propio tiempo que con pasmosa facilidad componía una tras otra sus magistrales obras, se entregaba a la bebida y daba suelta a su lengua en sarcasmos y sátiras que le concitaban centenares de enemigos.

Uno de los peores usos que las gentes pueden hacer de la lengua es la blasfemia, la palabra soez, la interjección obscena. Es un signo de debilidad de carácter. A nadie le salvó de un peligro la blasfemia ni le hizo más sabio ni más valeroso ni más rico. Repugna a las personas decentes y es incompatible con las conversaciones de sociedad.

También abusa de la lengua quien dice lo que no se atrevería a decir en presencia de su madre.

Un jefe del ejército tenía la fea costumbre de contar a cada punto chascarrillos de pésimo gusto. Llegó cierto día al cuartel general donde el general en jefe Ulises Grant se hallaba en compañía de su Estado Mayor.

—Voy a referirles a ustedes un caso muy gracioso, ahora que no hay señoras delante.

El general Grant levantó la vista del periódico

que estaba leyendo, y clavándola en el recién llegado, repuso severamente:

—No hay señoras; pero hay caballeros.

*
**

Quedó un pintor tan complacido de las angelicales facciones de un niño a quien había retratado, que colgó el retrato de una de las paredes de su estudio para continuamente contemplarlo.

En sus ratos de melancolía se consolaba mirando la celeste expresión de la figura, y resolvió acrecentar por el contraste la beneficiosa influencia del retrato, pintando otro completamente opuesto; pero no pudo hallar modelo bastante horrible hasta que muchos años después, visitando la cárcel, vió a un criminal que abatido por la pesadumbre del remordimieno se retorcía en el suelo de su celda.

Trasladó al lienzo aquellas horribles facciones, y mucha fué su sorpresa al saber que el criminal era precisamente, ya hecho hombre, el mismo niño cuyo rostro aparecía en el otro retrato como el de un ángel.

El niño inocente se había pervertido hasta convertirse en un malvado. Las pasiones y los vicios habían hecho del querubín un demonio, y el semblante reflejaba los estragos de la mente.

La filosofía popular acierta al decir que la cara es el espejo del alma, y la experiencia, cuyo magisterio en la vida es muy superior al de la historia, nos enseña que los vicios y pasiones del ser humano dejan su huella en el semblante, como también la dejan las virtudes y los sanos pensamientos.

La persistencia en un mismo linaje de ideas acaba por dar a las facciones unos rasgos que parecen la expresión fisonómica de los hábitos mentales, y aun la profesión durante largos años ejercida estampa sus peculiares signos en la fisonomía.

Así se conoce intuitivamente el género de vida de cada cual sin necesidad de que lo pregonen signos convencionales ni distintivos de indumentaria, según lo comprueban las corrientes frases de cara de militar, de clérigo, de curial, de cómico, de buen hombre, de pocos amigos, de campechano, de avaro, de facineroso, de labriego, de artesano.

La radical transmutación del arcángel de luz en ángel de tinieblas es un símbolo de la transmutación que se opera en el aspecto de la persona humana cuando pierde la inocencia y se encenaga en la culpa.

La naturaleza emocional del hombre tiene por campo de acción un cuerpo constituído por materia muchísimo más sutil que la etérea, y tan su-

mamente plástica que modifica la agrupación de sus moléculas de conformidad con todos los movimientos del ánimo.

A cada virtud y a cada vicio, a cada noble y a cada siniestra emoción corresponde una peculiar contextura de ese cuerpo emocional que se reproduce en el cuerpo físico y la da la expresión característica del sentimiento dominante en el ánimo.

La paciencia, la resignación, la humildad, la franqueza, la simpatía, el amor, la benevolencia, el júbilo, todas las emociones de índole armónica hermosearán el semblante si arraigan en virtuosos hábitos de conducta.

La ira, el rencor, la soberbia, la doblez, la hipocresía, la antipatía, el odio, la malevolencia y el tedio, todas las emociones de índole siniestra afearán el semblante si arraigan en viciosos hábitos de conducta.

De la propia suerte que cada color tiene multitud de matices y cada matiz infinidad de tonos, así cada emoción se refleja en el rostro con característicos e inconfundibles rasgos. En la cara se le conoce a una persona si miente o dice verdad, si es sincera o hipócrita, si encubre algún vicio o la domina alguna pasión.

Desde los riscos en donde anidaba levantó un águila caudal el majestuoso vuelo a la vista de unos pastores que en la falda del monte apacentaban sus rebaños. De pronto notaron que la soberbia reina de los aires vacilaba en su vuelo hasta que dando una vuelta de campana cayó sin vida casi a los pies de los pastores.

Acercáronse a verla y descubrieron entre el plumaje un áspid que seguramente se le había deslizado mientras posaba en los riscos, y la mordería en el corazón durante el vuelo.

Así les sucede a muchos hombres en quienes un vicio se fué abriendo paso hasta clavar su mortal dentellada en el corazón.

Feliz en verdad es el joven que repugna conscientemente toda impureza de pensamiento, palabra y obra. Así pone Tennyson en boca de sir Galahad la hermosa frase: "Mi fortaleza vale por diez, porque puro es mi corazón."

II CABALLEROSIDAD.

II. CABALLEROSIDAD.



ICE Raúl Waldo Trine que no es la vida tan corta que no deje tiempo para la cortesía.

Ligeramente pensando parece como si la palabra *caballero* derivase de *caballo*, siendo así que, por el contrario, caballo deriva de caballero, cuya más aceptable etimología es la de *cabal hero* o *héroe cabal*, es decir, el hombre cumplido y perfecto en los tres aspectos físico, mental y espiritual.

La caballerosidad, hidalguía y nobleza son tres matices de un mismo color moral. No basta para ser caballero, hidalgo y noble poseer ejecutorias heredadas de los antepasados, pues aun sin ellas puede haber caballerosidad, hidalguía y nobleza, mientras que pueden faltar virtualmente en quien ostente blasones de heráldico abolengo.

Las virtudes morales son inseparables de la caballerosidad; pero además tiene esta circunstancia personal algo de congénito y no aprendido que en sí la trae el individuo al nacer como sello de su carácter.

Conocí a un muchacho que sin duda alguna había nacido caballero y no necesitaba que nadie le armase como tal ni le apadrinara en la toma de

hábito de ninguna de las tradicionales y ya algún tanto arcaicas órdenes de caballería.

En su porte de elegante sencillez denotaba bondad de corazón hermanada con la energía de carácter que siempre acompaña a una recia voluntad.

Estando una mañana conversando en la esquina de una calle con otros muchachos de su edad, pero de no tan excelente condición, vió a una pobre vieja que cruzaba la calle cargada con un haz de tablas y palitroques recogidos de una obra en derribo, para combustible de su hogar.

De pronto se rompió la cuerda del haz y fueron rodando por el suelo los pedazos de madera. Algunos chiquillos soltaron la carcajada, pero el caballeroso muchacho se descubrió respetuosamente ante la pobre anciana y dijo:

—Señora, permítame usted que la ayude.

Ella lo miró asombrada y sonriendo dulcemente llevóse la huesosa mano al corazón y exclamó:

—Muchas gracias, bondadoso jovencito, muchas gracias.

El muchacho recogió del suelo las maderas y atándolas en fuerte haz con la cuerda, se disponía a cargarlo sobre las espaldas de la pobre mujer, cuando ésta le detuvo la acción, y limpiándose cuidadosamente la mano derecha con el borde del delantal, acarició suavemente al muchacho en am-

bas mejillas. Después le tomó la mano y llevándosela a los labios estampó en ella un beso y dijo:

—¡Muchas gracias, ¡oh! muchas gracias!

Ayudada por el muchacho, volvió a cargarse el haz a la espalda y prosiguió su camino. Al doblar la esquina hizo ademán de adiós con la mano y su rostro estaba iluminado de júbilo.

A primera vista parece que esto nada tiene de particular y que pocos en tal caso hubieran dejado de hacer lo mismo; pero la grandeza de esta mínima acción estriba en el noble deseo de filtrar un rayo de sol del amor al prójimo en la triste vida de la pobre anciana.



Se esforzaba un padre en inculcar a su hijo el hábito de mostrarse cortés y afable con todo el mundo, y en una de las conversaciones que al efecto ambos entablaban, preguntó el joven:

—¿Y qué hacer cuando alguien se me muestre grosero y rudo?

—Entonces has de recordar que tu cortesía hacia los demás no tiene por motivo el que ellos sean caballeros, sino que lo eres tú, por lo que has de mantenerte fiel a la caballerosidad aun en el trato con quienes la menosprecien o la desconozcan.

Responder "sí, señor" o "no, señor" a las pre-

guntas parece cosa sencillísima que en un momento se aprende; y sin embargo, son muchos los jóvenes que responden con descortés sequedad a lo que se les pregunta.

A un muchacho que solicitaba colocación le preguntó un comerciante:

—¿Tienes buen carácter de letra?

—Sí.

—¿Sabes bien las cuatro reglas?

—Sí.

—Pues entonces no te necesito.

Ya ido el muchacho, le preguntó al comerciante un amigo suyo que había presenciado la escena:

—¿Cómo no te quedaste con ese muchacho? Parece listo, está instruído y tiene cara de honradez.

—Pues porque no sabe decir "sí, señor" o "no, señor". Si de este modo me responde a mí, ¿cómo tratará a los parroquianos?

Un muchacho que iba limpiando botas por las calles de Nueva York, era de tan afable carácter y tan servicial, pero no servil temperamento, que muy luego tuvo numerosa parroquia, y entre ella el director de un Banco que admirado del claro entendimiento y natural despejo del muchacho, quiso protegerlo y lo colocó de ordenanza en su despacho.

En el nuevo destino siguió siendo tan afable y cortés con todo el mundo como cuando limpiaba

botas por las calles; y en las horas libres aprendió la técnica de banca y bolsa con tanto aprovechamiento que de ordenanza pasó a desempeñar el cargo de secretario particular del director, a quien sucedió al cabo de muchos años.

La finura de modales sin caer en el vicioso extremo de la afectación, hermana gemela de la insinceridad, es una de las más favorables circunstancias que pueden concurrir en un joven anheloso de lograr éxito feliz en los negocios y en la vida. El joven afable sin lisonja, cortés sin adulación, modesto sin bajeza, digno sin arrogancia, evitará muchas cuestiones enojosas, se librará de no pocos rozamientos y tendrá mayores probabilidades de prosperidad que el adusto, soberbio, quisquilloso y grosero.

*
**

Anunció un comerciante en el periódico que necesitaba un muchacho de catorce a quince años para ordenanza y mandadero de su oficina. Acudieron más de cincuenta a solicitar la plaza, y el comerciante los observaba cuidadosamente según los iba recibiendo, anotando las señas domiciliarias de todos, pero sin comprometerse con ninguno.

Cuando hubieron desfilado los cincuenta aspirantes, eligió el comerciante precisamente al que

se había presentado sin recomendación ajena, y sorprendido de ello un amigo suyo, le preguntó que cómo había preferido, en contra de lo acostumbrado en el comercio, al solicitante que no tenía el apoyo de la menor recomendación.

El comerciante respondió:

—Verdad es que no se me presentó con tarjetas respaldadas ni cartas de recomendación; pero en cambio se recomendaba a sí mismo, porque al entrar se limpió los pies en el salvabarros y cerró la puerta tras sí en prueba de que no es descuidado. Mientras esperaba en el antedespacho, cedió el asiento a un señor que venía a verme, y al entrar en mi gabinete se quitó la gorra y respondió clara, concreta y resueltamente a cuantas preguntas le dirigí.

Sin precipitarse recogió del suelo un libro que yo había dejado caer de propósito, y estaba ya en el suelo cuando él entró, mientras que los demás solicitantes con quienes usé la misma estratagema, o pisaban el libro o no lo echaban de ver.

Durante la conversación que tuvimos observé que iba muy aseadamente vestido, con el pelo muy bien peinado, la dentadura blanca como teclas de recién construído piano, y al ponerse a escribir su nombre y señas del domicilio vi que sin refinamientos de manicura tenía las uñas cortas y limpias. ¿No son todas estas cosas otras tantas cartas

de recomendación? Para mí lo fueron, pues doy muchísimo más crédito a lo que veo en un muchacho durante diez minutos de observación que a cuantas cartas y tarjetas me traiga en sus manos.

La elección resultó acertada, y el ejemplo demuestra que la madre que le enseña a su hijo a respetarse a sí mismo y a los demás lo provee de un capital más positivo que una cuenta corriente en el Banco.

Algunos hacen burla de las jóvenes que se esmeran en vestir con decencia, deseosas de agradar; pero lo cierto es que más vivas simpatías despierta la mujer primorosa que la desaliñada y mayores probabilidades tiene de ganar amigos el hombre elegante sin esclavizarse a la moda que el desidioso en su compostura personal.

Tiempo atrás el Consejo de Administración de una importante entidad mercantil despidió al gerente porque siempre iba hecho una facha, con el traje lleno de lamparones, cuello y puños mugrientos y corbata deshilachada.

Al anuncio que insertaron en los periódicos para cubrir la vacante acudieron cuarenta y tantos pretendientes, entre los cuales llamó la atención de los consejeros un joven que de los demás se distinguía por la pulcritud en el vestir sin ser ridículo esclavo de la moda. Era uno de esos jóve-

nes a quienes cualquier prenda les sienta bien. porque saben vestir hermanando la sencillez con la elegancia.

Algunos anduvieron trotando las calles de una ciudad sin encontrar la deseada colocación que de seguro encontraran en tres días a no ser por su repulsiva apariencia.

Ninguna casa comercial ni establecimiento que en algo se estime, admitirá a su servicio a quien se presente desastradamente vestido sin respeto de sí mismo ni consideración a los demás.

No quiere esto decir que haya de presentarse vestido a la última moda con todas las ridículas exageraciones del que bárbaramente se llama buen tono. Puede estar su traje raído y aun remendado; pero esto no es obstáculo, sino más bien aliciente para extremar el aseo personal de modo que obtenga el respeto de todos a quienes trate.

***

Treinta años atrás había en un hotel de Fitchburgo, población del Estado de Massachusetts, un camarero de apellido Easterbrok a quien pocos hombres igualaban en afabilidad y cortesía.

A todos trataba con la misma benevolencia, fuesen pobres o ricos, de buena ropa o de humilde traje. Apenas entraba un viajero en el hotel lo

saludaba Easterbrok con sincera simpatía, sin asomo de ese despreciable servilismo tan frecuente en los de su profesión, que suele ser una demanda anticipada de espléndida propina. A todos los huéspedes les parecía estar en aquel hotel como en casa de su mejor amigo.

Cuando a la llegada de los trenes ofrecía Easterbrok sus servicios a los viajeros, no voceaba el nombre del hotel como acostumbran los encargados del transporte, sino que se acercaba cortésmente a los forasteros y pocas veces dejaba el con tanta amabilidad solicitado de aceptar el ofrecimiento.

Se guardaba mucho de abalanzarse contra los viajeros para tomarles a viva fuerza el equipaje como hambriento leopardo se arroja sobre su presa. Por el contrario, esperaba el éxito de la favorable impresión que su persuasiva palabra había de hacer en el ánimo del viajero, y el que una vez se hospedaba en su hotel, era ya de por vida su parroquiano cuantas veces pasaba por la población.

Muy perjudicial es para un joven contraer hábitos de indiferencia y despego con personas extrañas que resentidas del trato rehuyan en adelante toda relación con él.

Hará cosa de diez años, llegó a Nueva York, procedente de Moscovia, una señora rusa, de apellido

Brone P. Nelson, cuyo marido disfrutaba en Rusia de una posición bastante acomodada, pero que por vicisitudes políticas viéronse en la precisión de emigrar. Habían sido vecinos de Tolstoi, con quien se visitaban y tenían íntima amistad.

Al desembarcar en Nueva York no contaba el matrimonio con muchos recursos, y como no conocían el idioma ni las costumbres del país, se vieron algo apurados antes de encontrar colocación.

Murió el marido de pesadumbre y entonces la viuda Nelson pudo por fin ocuparse en labores de costura que le rendían de diez a doce dólares semanales. Al cabo de algún tiempo se enteró de que iban a subastar un quiosco de periódicos de la calle 116, y para tomar parte en la subasta empeñó sus joyas, logrando que le concedieran el quiosco a perpetuidad por 250 dólares.

Ya instalada en su nuevo destino, se esforzó en complacer al público en la venta de periódicos con el mismo aire con que una madre se interesa por sus hijos. La gracia, gentileza y amabilidad de su trato le aquistaron muy luego generales simpatías, para ella mucho más valiosas que el capital invertido en la compra del quiosco.

En las conversaciones con los parroquianos más asiduos les decía:

—Necesitaría toda la vida para aprender el idioma y estudiar la literatura de este admirable país. Me falta tiempo. Pero confío en el porvenir de mis hijos.

Perseverando en aquella modesta industria, logró darle tales vuelos al cabo de algunos años, que convirtió el quiosco en un nutrido centro de subscripciones con doce dependientes para el reparto de entregas y periódicos.

*
**

La ciudad libre de Hamburgo, que con el territorio aledaño forma una república autónoma de dos millones de habitantes, federada con la gran república alemana, estuvo en poder de las tropas francesas desde 1806 a 1809 y fué anexionada en 1810 al entonces imperio francés, como capital del nuevo departamento denominado *Bocas del Elba*.

Pero en 1813, después de la batalla de Leipzig, el ejército de las naciones coligadas contra Napoleón I sitiaron la ciudad, defendida por el valeroso mariscal Davout.

Más de un año duró el sitio, y entre los muchos incidentes que en aquel período ocurrieron, refiérese el que tuvo por actores a los chiquillos de la ciudad.

Un comerciante llamado Wolff volvía pausa-

damente a su casa una mañana temprano después de haber estado toda la noche de servicio en la muralla ayudando a la tropa en la defensa de la ciudad contra los sitiadores, pues el mariscal Davout había decretado la prestación personal de este servicio por parte de todos los vecinos útiles para empuñar las armas.

Pensaba Wolff amargamente en la suerte de la ciudad, y creía inútil la obstinación en la defensa, porque los víveres escaseaban ya hasta el extremo de que de allí a pocos días sería necesario rendirse por hambre.

Al entrar en su casa, recordó que en el huerto había un copioso plantel de cerezos cargadísimos de fruto cuya sola vista hacía la boca agua. Estaba enterado de que los sitiadores carecían del indipensable líquido y los atormentaba la sed. ¿Qué no darían por las cerezas colgantes de los árboles? Acaso tuviera probabilidades de salvar a la ciudad. Concibió un plan y al punto lo puso en práctica, porque no había tiempo que perder.

Con licencia del mariscal Davout congregó a trescientos niños de siete a diez años, todos vestidos de blanco, los cargó con ramos de cerezas cosechadas precipitadamente en su huerto, y salieron en dirección al campamento de los sitiadores.

Cuando el general en jefe del ejército enemigo vió aquel tropel de chiquillos en albo traje, y los

más de ellos oculto el rostro entre los ramos de cereza que llevaban, sospechó algún ardid ideado por los sitiados para atacarlo con ventaja.

Al aproximarse el grupo infantil, tentado estuvo el general de ordenar que los prendiesen; pero en cuanto estuvieron junto a la tienda de campaña y los vió pálidos y demacrados por el hambre, pensó en sus hijos y se le saltaron las lágrimas.

Después, cuando la sedienta tropa probó el jugoso y refrigerante fruto, un cordialísimo aplauso vibró en todo el campamento, y el general comprendió que le habían vencido el amor y la compasión y no la fuerza de las armas.

Al regresar los niños a la ciudad les acompañaba un convoy de víveres para el abastecimiento de la sitiada ciudad, y al día siguiente se concertó una tregua cuya consecuencia fué el levantamiento del asedio. Davout continuó dueño de Hamburgo hasta que obligado por las circunstancias la evacuó en Mayo de 1814, cuando la restauración de los Borbones en el trono de Francia.

Durante mucho tiempo se celebró en Hamburgo el aniversario de tan señalado episodio, con una fiesta solemne que se llamó *Fiesta de las cerezas*, en la cual todos los niños de Hamburgo recorrían las calles con un ramo de cerezas en la mano, comiéndoselas en memoria de sus antepasados.

III. EJERCICIO Y MAESTRÍA.

III. EJERCICIO Y MAESTRÍA.



ABIDO es que el ejercicio hace al maestro en todos los ramos de la actividad. El famoso cantante Cayetano Majorano, más conocido por el apodo de Caffarelli, nació en Bari el 16 de Abril de 1703, de una familia de humildes labriegos que pensaban dedicarlo a la misma profesión.

Pero el muchacho se aficionó tan apasionadamente por la música, que todos los domingos se escapaba de su casa para ir a cantar en la iglesia, sin que ni las reprimendas y castigos de su padre lograran quebrantarle la afición.

Admirado un músico llamado Caffaro de la hermosa voz del muchacho cuyo suavísimo timbre era embeleso del oído, se ofreció a darle gratuitamente lecciones de solfeo y canto con la condición de que jamás se había de quejar del método de enseñanza.

El primer año sólo le enseñó a hacer escalas, obligándole a que se ejercitara repetidamente en ellas.

El segundo año sucedió lo mismo, y el tercero y cuarto continuaron sin variación los ejercicios de escalas cromáticas; y al quinto año, como quiera que seguía el maestro con la misma rutina,

Majorano le rogó que le enseñara algo más interesante y ameno. Pero Caffaro le respondió:

—Vé con Dios, hijo mío, que ya no puedo enseñarte nada más. Eres el primer cantante de Italia y del mundo entero.

Los cinco años de ejercicios continuos de vocalización le habían desenvuelto hasta su extremo límite la facultad de cantar cuanto quisiera en la tesitura de soprano.

Dice una cantante norteamericana:

"Con frecuencia vienen a visitarme jóvenes dotadas de buena y bonita voz que convenientemente educada les daría fama y fortuna; pero cuando les digo que estudien primero tres años de solfeo y después vuelvan a verme, todas responden que les parece muy largo el tiempo. No saben que la voz de por sí nada vale, y que es indispensable cultivarla. Nada se logra sin asiduo y penoso trabajo. A débil esfuerzo, escaso éxito; pero si el trabajo es intenso, el éxito será proporcional a su intensidad."

Segismundo Thalberg, el famoso pianista y compositor suizo nacido en Ginebra en 1872, logró desde la edad de quince años ruidosos éxitos en los salones de Viena y otras capitales de Europa y América; pero antes de tocar una pieza en público la había ensayado nada menos que mil y quinientas veces en privado. No se conceptuaba un

genio musical, sino que atribuía toda su habilidad al perseverante trabajo y continuado ejercicio.

Si todo esto es necesario para sobresalir en el arte musical, no menos, aunque en distinta modalidad, requiere la excelencia en el arte literaria.

En las escuelas se les enseña a los niños el mecanismo del arte de escribir en su aspecto caligráfico; pero no se les enseña el arte de expresar correcta y claramente sus pensamientos, ni tampoco se les enseña a pensar ni discurrir.

Las lecciones en este particular se contraen a la rutinaria copia de máximas, aforismos, sentencias, frases, cláusulas y párrafos extractados de los textos impresos, que acaban por fastidiar fatigosamente al escolar.

Los ejercicios de redacción son tan penosos para el alumno que ha de componerlos como para el maestro que ha de corregirlos, y por esto ambos los repugnan sin tener en cuenta que son tan necesarios para saber escribir como los ejercicios y estudios de piano o de violín para dominar estos instrumentos.

Cuando leemos las admirables páginas de los insignes literatos de todos los países, nos encanta la aparente facilidad de su composición en que las palabras están colocadas en la frase con arte análogo al de las notas de una sinfonía en el pentagrama.

Sin embargo, nada tan trabajoso y difícil como aquella facilidad, soltura, donaire, amenidad y corrección del texto. Desde luego que lo mismo en prosa que en verso, la primera expresión del pensamiento surge espontánea de la mente cual si un numen dictara las palabras; pero después viene el prolijo trabajo de corrección, enmienda, ajuste y lima que ha de efectuarse con suficiente tino para que no resulte el estilo relamido en detrimento de la espontaneidad. Siempre es preferible la sencillez a la afectación.

Refiérese de Longfellow que compuso en cuatro semanas el poema *Evangelina*, pero tardó seis más en corregirlo, enmendarlo y pulirlo.

Confesaba Bulwer Lytton que había rehecho nueve o diez veces algunos de sus escritos antes de publicarlos y lo mismo se sabe del poeta Tennyson.

Rousseau, cuyo estilo parece tan fácil y espontáneo, es uno de los autores más trabajosos en la redacción de sus obras, pues dice en las *Confesiones*:

"Mis originales, tan llenos de enmiendas y tachaduras que apenas se entienden, demuestran el mucho trabajo que me costó componerlos y no hubo ni uno que no me viese precisado a transcribirlo media docena de veces antes de darlo a la imprenta. Hubo períodos que dieron mil vueltas

en mi mente durante cinco o seis noches con todos los dolores de un laborioso parto intelectual."

Honorato de Balzac empezó muy joven su carrera literaria publicando con seudónimo varias novelas muy medianejas que no le aquistaron fama ni provecho. Le costaba mucho esfuerzo escribir, y dando de mano a sus aficiones literarias, estableció en París una imprenta de la que salió abrumado de deudas.

Para liquidarlas dedicóse de nuevo a la literatura, pero adoptando distinto género en el que desde luego obtuvo feliz éxito. Lejos de engreirse por ello, esmeróse aún más en su labor hasta el punto de emplear toda una semana en la corrección de una sola página de las pruebas de imprenta que casi siempre habían de componerse de nuevo.

Estos ejemplos demuestran que no pierde el tiempo quien durante los años escolares de su vida repite hasta el cansancio los ejercicios necesarios para arraigar un buen hábito que el día de mañana le capacite para hacer cumplidamente todo lo relativo a su profesión.

***

A los diez y siete años de edad, en 1689, quedó Pedro I de Rusia, llamado el Grande por la Historia, dueño absoluto del imperio cuyos habitantes eran por entonces poco menos que salvajes y él

mismo no les iba a la zaga, aunque reconocía su incultura y la del pueblo, por lo que hizo propósito de civilizarlo en cuanto su poder alcanzara.

Después de una victoriosa guerra contra Turquía, quiso conocer personalmente los países occidentales de Europa, y acompañado de su valido, el genovés Francisco Lefort, que al servicio de Rusia había llegado a ser generalísimo de las fuerzas de mar y tierra, salió de Moscovia el año 1697, visitando las comarcas alemanas de Brandeburgo y Hanover, de donde pasó a Holanda. En el puerto de Saardam o Zaandam quedó tan admirado de los astilleros y del arsenal de las Indias, que resolvió aprender el oficio de calafate y adquirir las nociones fundamentales de la arquitectura naval.

De riguroso incógnito, con el supuesto nombre de Pedro Mikhailov, se contrató como simple operario en los talleres del astillero, y aprendido aquel oficio fué a Inglaterra donde también de incógnito trabajó sucesivamente en una fábrica de papel, una aserrería, una fábrica de maromas y una relojería.

En Istia estuvo un mes en la herrería de Muller, aprendiendo el arte de la forja, y al terminar la primera semana le dijo al dueño que le pagara según tuviese por costumbre a cualquier otro operario.

Con aquel dinero se compró unos zapatos, pues

ya se le deshacían de puro viejos los que llevaba, y al calzarse los nuevos exclamó: "Los he ganado con el sudor de mi rostro."

Durante los viajes se enteraba de todo y todo lo observaba, anotando en un cuaderno lo digno de recordación. Si al pasar por las carreteras veía algún labriego ocupado en los campos marginales, bajaba del coche, entablaba con él conversación acerca de las labores agrícolas y acompañándolo hasta la casa de labranza, examinaba detenidamente y tomaba diseños de los aperos y demás instrumentos agrícolas. Todo esto le sirvió para civilizar a su país.

***

Luis XIV de Francia, apellidado el rey Sol, fué según cuenta la Historia un monarca de incesante actividad que cometió no pocos errores entre algunos aciertos. De él decía el cardenal Mazarino que le sobraba enjundia para sacar de él cuatro reyes y un hombre honrado.

Durante su largo reinado de sesenta y cuatro años, no tuvo ni un momento de reposo, y lo que más deploraba era el haber perdido en la ociosidad su primera juventud.

Cuando a la edad de trece años fué declarado mayor de edad, avergonzóse de verse casi ignorante en medio de la cultísima y refinada corte

de Francia, y reconvino vivamente a sus preceptores por haberle dejado en tan supina ignorancia.

Así ha de ser para todo joven asunto de regia importancia estudiar lo necesario para cumplir debidamente su destino en el mundo, que no se contrae a la particular profesión, empleo u oficio, sino que cual corresponde a la genuina democracia, ha de contribuir como consciente ciudadano al normal régimen de la sociedad civil y a la creciente prosperidad de su patria.

La sobrina de Guillermo IV de Inglaterra quedó muy sorprendida cuando en su infancia le dijo el aya que estaba destinada a ser algún día la soberana del imperio británico, y al oirlo respondió la entonces princesa Victoria:

—Ahora comprendo por qué me haces estudiar tanto.

Durante su largo reinado de 64 años, exactamente los mismos que Luis XIV, estudió con incesante solicitud todo cuanto podía aprovecharle en el difícil arte de reinar y supo rodearse de hombres de valía, de estadistas insignes que le aconsejasen con la necesaria prudencia para ser reina de un gran pueblo.

Sin embargo, muy frecuente es ver jóvenes que pretenden prosperar sin poner nada de su parte para asegurarse el porvenir.

Enrique Ward Beecher recibió carta de un muchacho pidiéndole que le proporcionara un empleo bien retribuído y de fácil desempeño. El insigne teólogo le respondió:

"Si deseas una colocación descansada no pretendas ser periodista ni abogado ni clérigo ni comerciante ni marino ni médico ni agricultor ni ingeniero ni militar. No estudies ni trabajes ni pienses en nada, pues todas las profesiones tienen sus espinas para quien honrosamente quiera ejercerlas. Has venido ¡oh! hijo mío a un mundo muy trabajoso, donde el único lugar de descanso es el sepulcro."

Decía Beecher que las gentes honradas en todas las modalidades de la humana actividad tienen un código de moral cívica con máximas de conducta por las cuales juzgan a los jóvenes y forman de ellos buen o mal concepto según las observen o las quebranten.

¿Es fiel a su palabra? ¿Es laborioso? ¿Es económico? ¿Está libre de hábitos viciosos?

La respuesta que verazmente dé un joven a estas preguntas determinará su admisión o rechazo de la sociedad de hombres honrados y personas interna y externamente decentes.

La experiencia demuestra que la veracidad, modestia y sobriedad de vida son cualidades inseparables de la laboriosidad.

No es fácil que un joven haragán y desidioso

sea al propio tiempo ahorrativo y fidedigno. La holgazanería y la repugnancia al trabajo ordenado son de todo punto contrarias a la prosperidad. Para lograr éxito es indispensable labrarse antes muy buena reputación de honrado y trabajador, pues nadie querrá proteger a un vago vicioso.

Vemos a veces que jóvenes de vida desordenada, duchos en la industria del engaño y la estafa, de tortuosa conducta y mezclados siempre en feos negocios, tienen lo que de pronto parece buen éxito, de donde se originó el dicho vulgar de que *todos los pillos tienen suerte.*

Pero si pudiéramos seguirlos en el transcurso de su vida, notaríamos que si alguien los protege es con la segunda intención de valerse de ellos como de instrumento para siniestros fines, y como no enmienden radicalmente su conducta, tarde o temprano acaban en completa ruina.

Hablando de un muchacho que le había solicitado colocación decía un comerciante:

"No niego ni dudo de su honradez ni de su capacidad para desempeñar el empleo; pero media en su contra la circunstancia de que ya lo conocía yo de vista, y no muy favorablemente por cierto, pues todas las tardes, al salir yo del despacho, me lo encontraba en la esquina de la calle con otros mozalbetes de su edad, fumando el cigarrito y fisgoneando a los transeuntes. Por lo tanto, no quiero

tener por dependiente a un joven que después de tratar con los parroquianos me lo encuentren éstos vagabundeando por las calles."

Desde luego que un comerciante tiene perfecto derecho a exigir de sus dependientes y empleados puntualidad en la asistencia, cortesía en el trato con los parroquianos y fidelidad en el cumplimiento de su obligación; pero aunque otra cosa se diga en contrario y a primer examen parezca que fuera de las horas de servicio el dependiente es libre de hacer lo que le acomode, no llega su libertad al extremo de caer en la licencia, conduciéndose de suerte que padezca el buen nombre de la casa en que preste sus servicios.

Además, el comerciante contrata la inteligencia y capacidad del dependiente como colaborador de la obra colectiva y no como esclavo material a estilo de bestia de carga; y por lo tanto tiene el derecho de exigir de él que en las horas libres no haga nada que pueda menoscabar su capacidad para el trabajo.

A los comerciantes se les juzga no tan sólo por la calidad de los géneros que venden, sino por el aspecto y conducta profesional y privada de sus dependientes y empleados.

El joven aficionado a diversiones turbulentas y escandalosas, que pierde lastimosamente el tiempo vagando por las aceras de las calles no tendrá

muchas probabilidades de encontrar colocación que le sirva de punto inicial de su carrera.

El empleo que dé a sus horas libres será uno de los factores determinantes de su futura posición en el mundo.

***

Durante la guerra de la independencia de las colonias inglesas de América, que triunfantes de la lucha con la metrópoli constituyeron la república de los Estados Unidos, unos cuantos soldados al mando de un cabo se esforzaban inútilmente en levantar del suelo un pesadísimo tronco. El cabo les gritaba para que lo levantaran, pero sin darles la menor ayuda de mano.

El general Jorge Washington acertó a pasar por allí de incógnito en aquel momento, y al ver la fatiga de los soldados, les ayudó a levantar por fin el tronco. Después dirigiéndose al cabo, le preguntó:

—¿Por qué no los ayudaste?

—Porque soy el cabo—repuso altaneramente.

—Pues yo soy Jorge Washington, el general en jefe, y dentro de una hora preséntate en mi tienda.

El honrado trabajo es la dignidad más excelsa de todo ser humano en el pleno goce de sus individuales derechos y el estricto cumplimiento de sus cívicos deberes.

Durante veinte años trabajó Edison diez y nueve horas diarias. Daniel Webster, el gran orador y estadista norteamericano, tuvo doce horas diarias de asidua labor durante medio siglo. Horacio Mann, el reformador de la enseñanza primaria en los Estados Unidos, declaraba que el trabajo había sido siempre para él lo que el agua para el pez. Cuando tenía algo útil que hacer, jamás vacilaba y emprendía la obra con la seguridad de concluirla antes de ponerse el sol. Desde su segunda infancia se acostumbró al trabajo ordenado.

Dice de sí mismo el presidente Garfield:

"Cuando yo era novato en el colegio Williams, observé una noche que en el cuarto de mi único competidor para obtener el primer lugar en la clase de matemáticas, había luz en el momento en que yo iba a apagar la mía, y determiné no apagarla y seguir estudiando para prepararme mejor al examen del siguiente día. Así lo hice y vencí a mi rival. Ya hombre, me reí de aquella pueril porfía; pero me sirvió de provechosa lección para conocer lo que valen unos cuantos minutos bien empleados. Aprendí que a veces por un poco algo más de tiempo, de atención, de esfuerzo o de voluntad se gana una batalla en las campañas de la vida."

Por otra parte, dice David Dudley Field, magistrado del Tribunal Supremo de los Estados Unidos:

"Obtendrá el premio quien se levante más temprano que su émulo y que trabaje más horas dentro de los límites señalados por las leyes de la salud."

Esta infatigable laboriosidad, el incesante estudio de las cosas útiles para la vida, sin otro descanso que el necesario al reparo de las fuerzas de mente y cuerpo, pues el espíritu jamás conoce la fatiga, nos capacita para formar un entero y equilibrado carácter. No es posible adquirir educación ni habilidad en ramo alguno sin un prolongado esfuerzo para desbaratar obstáculos. Nada conseguirán los estudiantes que dejen de una semana para otra sus lecciones, que malgasten en frivolidades el tiempo que debieran aprovechar en el estudio, que nunca se decidan a discutir y resolver problemas difíciles, y que pasen por alto las cuestiones que por lo arduas les parezcan engorrosas.

La vida fecunda no puede ser ociosa. Jamás llega día en que sea posible vivir noblemente sin esfuerzo.

Las molestias, incomodidades, inquietudes, ansias, afanes y trabajos del día son la piedra de toque del carácter, el crisol en que se purifica el alma, la fragua en que forjamos las cualidades de atención, presteza, diligencia, constancia, exactitud, firmeza, paciencia y abnegación, ornamento, gala y tesoro de la plena virilidad.

IV. EXACTITUD Y PERSEVERANCIA.

IV. EXACTITUD Y PERSEVERANCIA.



OLIVERIO Ames, fabricante de palas de acero, que con el tiempo llegó a ser gobernador del Estado de Massachusetts, decía hablando de sus palas:

"En vez de mandar viajantes que ofrecieran por todas partes nuestra mercancía, vinieron de todas partes las gentes a comprarla. Fabricábamos las palas con tan exquisito cuidado, que todo el mundo las deseaba. Nunca tuvimos agentes ni representantes. Hubo época en que el precio de las palas no varió ni en un centavo durante veinte años, y cuando la carestía de numerario en el Oeste de los Estados Unidos, las palas de nuestra marca sirvieron de moneda."

En comprobación de estas afirmaciones de Ames tenemos el testimonio de un viajero que cruzó de parte a parte el Africa del Sur y en todos los poblados encontró en poder de los indígenas y de los colonos palas de Ames cuyo nombre era fianza segurísima de honradez industrial.

Esta es la mejor manera de adquirir buena fama en nuestra profesión, oficio o negocio. Hemos de hacer lo que hagamos tan acabadamente que no sea necesario volverlo a hacer y que todo el mundo lo apruebe.

Antes de que se tendiera en el Estado norteamericano de Nueva York la primera línea férrea, había en una aldea cercana a la populosa ciudad un herrero muy hábil en su oficio, llamado David Maydole, a quien una mañana temprano se le presentó un carpintero, diciéndole:

—Hágame usted en seguida un martillo de lo mejor que usted sepa. He de trabajar con otros oficiales en la nueva iglesia y me dejé olvidado el martillo al tomar la caja de las herramientas.

David Maydole respondió en tono de desconfianza:

—Quizás le parezca a usted muy caro el martillo si lo he de forjar con toda mi habilidad.

—No importa el precio. Pagaré lo que valga. Lo esencial es que necesito un buen martillo.

Hizo Maydole como se le pedía, y el carpintero se fué muy ufano a la obra con su recién forjado martillo, que por cierto era una pieza magistral del arte de la herrería.

Los demás carpinteros quedaron tan enamorados del martillo de su compañero, que al día siguiente fueron todos al taller de Maydole para encargar cada uno de ellos otro igual.

Cuando el contratista de las obras de la iglesia vió y probó los martillos, le pidió a Maydole un par, que fuesen algo mejores que los de los oficiales; pero el herrero respondió:

"Mejores no pueden ser, porque cuando yo hago una cosa, la hago lo mejor que puedo, sea para quien sea."

El guarda del almacén del contratista encargó al enterarse del caso dos docenas de martillos para tenerlos en disposición de venderlos a los operarios cuando los necesitasen, o a quien quisiera comprarlos, como sucedió en efecto, pues habiendo pasado por allí un viajante de ferretería los adquirió todos de una vez, dejando firmado un pedido de cuantos el herrero pudiese construir.

A David Maydole le hubiera sido fácil enriquecerse contrayéndose al tipo de martillo que tan excelente acogida tenía; pero no cesó de ir perfeccionándolo hasta en sus más mínimos pormenores, y así fué que sin necesidad de certificados de garantía, la sola marca "Maydole" estampada en el martillo bastó para difundir por todo el mundo sin competencia posible los de su fabricación.

Esto demuestra que el carácter firme, enérgico y sincero es sinónimo de poder personal y el más eficaz anuncio.

El hábil herrero, protagonista de esta anécdota, le dijo un día a su amigo Jaime Parton:

Durante veintiocho años he forjado martillos en esta aldea, y no me satisfice con fabricar un *buen* martillo, sino el *mejor* que de mis manos y de las de cualquier otro herrero pudiera salir. Mi

única aspiración era fabricar un martillo perfecto. Unicamente los fabricaba a medida que me los pedían y los vendí siempre a buen precio. Si alguien los juzgaba caros, no tenía más remedio que comprarlos caros y malos en otra parte. Mis nenesidades son pocas y todavía me quedan fuerzas para si fuera preciso volver de operario a la herrería en donde antes de establecerme por mi cuenta trabajé de *primer forjador* durante diez años.

Entonces sólo tenía por ayudante al aprendiz del fuelle. Ahora tengo cien operarios. Todo se hace *a mano*, porque estoy convencido de que las máquinas no pueden dar en el arte de la forja un producto perfecto."

Añadiremos que cuando Maydole cumplió el tiempo de su aprendizaje, no quiso marcharse de la herrería como los demás aprendices, sino que prefirió continuar siendo aprendiz otros tres años para saber a fondo todo cuanto se relacionaba con el arte de la forja, antes de establecerse por su cuenta.

*
* *

Parecido ejemplo de perseverancia, laboriosidad y honradez industrial nos ofrece la vida de Pedro Cooper, nacido en Nueva York el 12 de Febrero de 1791. Su padre era hombre de versátiles aficiones que no sabía encontrar definitivo

acomodo y fué sucesivamente sombrerero, cervecero y ladrillero, tres industrias radicalmente distintas en cuyo ejercicio ayudó Pedro a su tornátil padre, hasta que entró de aprendiz en un taller de construcción de carruajes donde estuvo desde 1808 a 1812.

Pero descontento de aquel oficio y deseoso de establecer una industria por su cuenta, hizo varios intentos en las de maquinaria, ebanistería y abacería sin que ninguno de ellos resultara en bien. Decidióse por fin a fabricar cola para carpinteros y ebanistas, logrando en esta industria felicísimo éxito por el sumo cuidado que puso en el perfeccionamiento del producto.

Las pingües ganancias obtenidas en esta industria le permitieron instalar en Baltimore un vasto taller de maquinaria donde proyectó y dirigió la construcción de la primera locomotora que rodó por las ferrovías estadiunenses.

Posteriormente estableció en Nueva York una fábrica de alambre de hierro y una grandiosa fundición de este metal en Pensilvania. Además fué uno de los más entusiastas protectores de Ciro West Field en la que entonces parecía loca empresa de tender un cable telegráfico a través del Atlántico.

Para que los jóvenes de familias menesterosas, pero anhelosos de abrirse paso en el mundo, pu-

dieran adquirir desde niños la educación que él no tuvo oportunidad de recibir, fundó y dotó la *Union Cooper*, una de las más útiles instituciones culturales de Nueva York.

⁂

Hoy día pocos son los jóvenes que aprenden sólidamente un oficio o profesión. La mayoría van a salto de mata y no adquieren otros conocimientos de su arte o ciencia que los superficiales que les da un empírico aprendizaje sin fundamento racional, a estilo de estudiante cuyo único deseo es salir bien del examen y ganar curso con el programa de la asignatura prendido con alfileres en la memoria, sin el menor esfuerzo para conocer a fondo la materia en cuestión.

El vicio capital de nuestra época es la superficialidad. Raro es el joven que se toma el trabajo de prepararse debidamene para la obra de su vida. Con el ligero tinte de educación recibida en los colegios y haber hojeado unos cuantos libros se creen capaces de aspirar a los más altos empleos.

La prisa, la precipitación, la impaciencia que no se resigna a esperar el tiempo y hora oportunos para el acierto en la acción es la característica de nuestro siglo. El niño no sabe esperar a ser joven ni el joven a ser hombre.

A pesar de que en cada país hay millares de jóvenes sin empleo ni colocación, es difícil encontrar quien desempeñe con plena idoneidad un cargo de confianza que requiera conocimientos técnicos en cualquier rama de los negocios humanos.

Un caballero de respetabilidad colocó de dependiente a un joven en una acreditada casa de comercio. Desde los primeros días demostró mucha habilidad en la venta y no poco tacto en el trato con los clientes, de modo que sus jefes lo tenían en gran estimación, creyéndole capaz de desempeñar más importantes cargos.

Al cabo de dos años de estar aquel joven en la casa, se despidió el jefe de compras, y los dueños designaron a su predilecto dependiente para cubrir la vacante. Pero sucedió que si bien era un lince para la venta, no estaba capacitado para los trabajos de oficina que en cálculo mercantil y correspondencia comercial requiere el servicio de compras.

Aquel joven no se aplicó en la escuela cuando niño al estudio de la aritmética y la gramática, figurándose que no le habían de servir para nada, y en aquella circunstancia deploró amargamente no haber seguido los consejos de su maestro que le amonestaba para que no perdiese las lecciones de cálculo y correspondencia, pues algún día le pudieran aprovechar.

Hay muchos niños que mientras están en el período escolar de la educación primaria no se interesan por el estudio de materias que les parecen áridas y fatigosas y por lo mismo de poca importancia en la vida.

Una de estas materias de enseñanza hacia las cuales sienten los escolares repugnancia instintiva porque no aciertan los maestros a hermanar en ellas lo útil con lo agradable es la gramática y especialmente la ortografía.

Desde luego que se puede tener mucho talento, ser un escritor de mucha energía mental, de vigoroso estilo, interesante, ameno y viril, sin saber correctamente las reglas de ortografía, pues para enmendar las faltas del original están los correctores de imprenta.

Es posible ser un pintor insigne que maneje el pincel con insuperable maestría, como Goya, y sin embargo, cometer garrafales faltas de ortografía. Las cartas del preclaro autor de *Las Majas* están en punto a ortografía en el mismo plano que las de una criada de servicio.

Cierto es que la ignorancia de la gramática no debilita en lo más mínimo la gloria artística del sublime pintor aragonés, como tampoco menoscaba la fama de algunos literatos de primera magnitud cuyos originales hubieron de enmendarse antes de la impresión; pero los que han de vivir de letras y números en las oficinas comerciales o en los despachos y escritorios de toda clase de industrias, necesitan saber escribir correctamente y una falta grave de ortografía arriesga invalidar sus solicitudes de colocación, como le sucedió a un joven que con muy buenas recomendaciones pretendía entrar en las oficinas de una poderosa empresa mercantil, pero que en los ejercicios de prueba demostró absoluta ignorancia de las más elementales reglas de ortografía.

Ni padres ni maestros se han dado cuenta todavía de la influencia que en el porvenir de sus hijos y alumnos tienen las enseñanzas recibidas en la escuela, según sean rutinarias, empíricas y memoristas o adecuadas prácticamente a los ulteriores menesteres de la vida, de suerte que no sólo transmitan conocimientos útiles, sino que formen hábitos de laboriosidad, diligencia, esmero y exactitud para llevar cumplidamente a cabo cuanto emprendan con levantado propósito y sana intención.

Dice Eduardo Sugden:

"Cuando empecé a estudiar leyes resolví hacer todo lo posible para asimilarme perfectamente cuantos conocimientos adquiriese y no pasar a otra materia de estudio hasta haber dominado la precedente. Muchos de mis condiscípulos leían en un día tantas páginas como yo en una semana; pero

al cabo del año lo que yo había aprendido estaba en mi mente tan firme y lozano como en el día que lo aprendiera, mientras que a ellos se les había borrado todo de la memoria."

*
* *

A mediados del siglo XVIII ingresó en el colegio Harrow de Londres un muchacho que por de pronto parecía torpe y de muy cortos alcances, pues por más esfuerzos que hacía su maestro para estimularlo, siempre era el último de la clase.

No tenía el muchacho toda la culpa, porque sus compañeros habían seguido normalmente el curso de la clase elemental, y para colocarse a su nivel se procuró los libros que ya habían estudiado los demás alumnos, dedicando desde entonces al estudio todas las horas de recreo además de substraer algunas al sueño, con lo que se colocó a la cabeza de la clase y fué prez y gala del colegio de Harrow. A los 18 años de edad se le despertó la afición a las lenguas orientales y aprendió el árabe de labios de un natural de Alepo residente en Londres. En 1770 recibió el título de abogado y ejerció con honra y provecho su profesión, aprovechando los ratos de solaz en el estudio de la literatura oriental. En 1783 le nombraron magistrado del Tribunal Supremo de Calcuta, donde fundó una sociedad

cultural que ha contribuído poderosamente a las investigaciones orientalistas. Llegó a conocer veinte idiomas, entre ellos el árabe, el persa, el sánscrito, el pali y el bengalés. Aquel muchacho un tiempo torpe y de cortos alcances fué más tarde, por el impulso de su férrea voluntad, sir Guillermo Jones, cuya estatua se yergue hoy día en la catedral de San Pablo de Londres.

La perseverancia, la exactitud, el dominio de los principios fundamentales de todo arte, ciencia o industria, con el propósito de perfección en la obra, dará la seguridad de éxito en todas las cosas, tanto en la fabricación de palas, en la forja de un martillo, en el aprendizaje de idiomas o en la construcción de una catedral.

V. DETERMINACIÓN DE VENCER.

V. DETERMINACIÓN DE VENCER.



ACE cosa de medio siglo, un muchacho del Oeste norteamericano soñaba en su porvenir y aspiraba a ser esforzado militar. Todos los muchachos tienen por ideal a un héroe, a un hombre célebre a quien toman por modelo, y el ideal de aquel muchacho era Jorge Washington.

Desgracias de familia le obligaron a dedicarse a la enseñanza en un colegio en vez de emprender la carrera militar, pero no por ello se borró de su mente el ideal del valiente militar que deseaba ser. Desde su niñez fué elaborando su modelo mental y elevándose por su propio esfuerzo paso tras paso hasta que de modesto maestro de escuela rural se convirtió en generalísimo del ejército expedicionario que los Estados Unidos enviaron a pelear en favor de Francia.

El muchacho que tomó a Jorge Washington por modelo y persistió tenazmente en esta visión de su porvenir era Juan José Pershing, quien con el mariscal Foch dió la victoria a los ejércitos aliados en la guerra mundial.

⁂

En todo ser humano laten posibilidades de gran-

deza. Aun el más pobre muchacho tiene ocultas en las intimidades de su individualidad todas las potencias que han de actualizarse algún día en el hombre ideal.

En la mente está la llave que abre la puerta de estas potencias cuya actualización no depende de los accidentes del nacimiento ni del ambiente, sino que está sujeta al dominio de cada cual.

Así dice acertadamente Enrique Pestalozzi, el insigne pedagogo suizo, que el verdadero hombre está en nuestro interior, donde reside el instrumento proporcionado por Dios para manifestarlo en acción.

El perseverante esfuerzo en colocarnos al mismo nivel que nuestro ideal es la única fuerza capaz de engrandecer la vida.

Haced todas las mañanas la siguiente resolución:

"Quiero portarme en este día mucho mejor de lo que hasta ahora me conduje. Obraré con mayor energía y determinación, con más sano juicio y claro discernimiento. Pero aunque procuraré no cometer tantos errores, no he de llevar la cautela hasta el vicioso extremo de abstenerme de la acción, porque sé que quien titubea y vacila está perdido. Pondré todas mis potencias y sentidos en mi labor con toda la energía de que sea capaz."

Cuando os asalte la tentación de izar bandera

blanca ante el enemigo, recordad que en los comienzos de su carrera política vió Abraham Lincoln completamente derrotada su candidatura para el Parlamento de Illinois. Después se dedicó a los negocios y fracasó lastimosamente por culpa de un socio inepto y estuvo diez y siete años pagando a plazos las deudas resultantes de la quiebra. Se enamoró de una hermosa joven con quien ya estaba a punto de casarse cuando se le murió, y más tarde contrajo matrimonio con una mujer que fué para él una perpetua pesadumbre, sin que jamás se lamentara de su suerte.

Vuelto de nuevo a la política, sufrió otra derrota en las elecciones para el Congreso y también quedó derrotado en las de senadores y en las de 1856 para la vicepresidencia; pero a pesar de tantos fracasos no decayó un momento su ánimo ni quiso capitular con la adversidad, sino que persistiendo en el empeño llegó a ser después de Washington la más relevante figura histórica de la nación estadiunense.

Nunca hagáis lo menor cuando os sea posible hacer lo mayor. Ved en el prójimo las buenas y no las malas cualidades, y en vez de criticarlo, vituperarlo y abatirlo, estimuladlo de suerte que eleve su conducta a superior nivel.

Cuando Grant supo que estaba cercado por el enemigo en Belmont, respondió tranquilamente:

—Pues no tenemos más remedio que abrirnos paso.

De la propia suerte el joven animoso, que no se atolondra por los reveses, se abre paso por entre las más acerbas dificultades.

***

Un rey de Persia padecía de una enfermedad nerviosa, de las que ahora se comprenden en el genérico nombre de neurastenia, sin que ningún médico acertase a curarlo. Ya nadie sabía qué hacer cuando se presentó en la corte un extranjero de misterioso aspecto, que según dijo venía de lejanas tierras, y enterado de la enfermedad del rey se ofreció a curarlo.

Aceptada la oferta, el extranjero examinó cuidadosamente al regio enfermo y después de hacerle algunas preguntas le dió por todo remedio un pedacito de papel en el que estaban escritas unas cuantas palabras en extraño idioma, que el rey había de ir repitiendo todos los días mientras diese un largo paseo por la montaña.

Confiado el rey en que con aquel tan sencillo remedio recobraría la salud, obedeció fielmente las instrucciones del extranjero, y he aquí que al cabo de veinte días de ejercicio al aire libre estaba completamente curado.

Quiso entonces saber qué significaban aquellas palabras a cuya incesante repetición atribuía la cura, y resultó que decían: "Muy loco fuí de no haber probado antes este remedio."

Y es que la imaginación puede curar o matar. Es capaz de cicatrizar heridas rebeldes a todo bálsamo, y sin necesidad de emplastos es posible curar por medio del insistente pensamiento en la salud. Ya dijo Ovidio que la mente es el factor del hombre y que nuestro vigor está en nuestra alma inmortal.

***

Tomás Brooks era el alumno más atrasado de la escuela, y un día en que el maestro había dado a cada muchacho una poesía para que la aprendieran como ejercicio de memoria, tocóle el turno a Tomás quien al levantarse del banco para recitar la poesía fué acogido con burlas y risotadas de sus compañeros que esperaban pasar un rato divertido.

Pero contra esta esperanza, recitó Tomás la poesía sin equivocarse en una sílaba ni perder una letra, de modo que el maestro le concedió el premio de recitación por haber aventajado a toda la clase en el ejercicio.

Después le preguntó el maestro:

—Y ahora, dime, ¿cómo aprendiste tan bien la poesía?

—Un caracol me la enseñó.

Todos se echaron a reir al escuchar tan extraña respuesta, pero el maestro atajó las risas diciendo:

—No es cosa de risa, muchachos, porque algo podemos aprender de las abejas, las hormigas y los caracoles. Vamos a ver, Tomás, dinos cómo te enseñó la poesía el caracol.

—Pues vi que iba subiendo muy poco a poco por la tapia del jardín, siempre hacia arriba, sin torcer a un lado ni a otro ni volverse atrás ni cansarse hasta que llegó a lo alto de la tapia. Así pensé yo que también poco a poco, verso tras verso, podría aprender la poesía y la aprendí.

***

Dice Eduardo Everett Hale:

"No sopléis vuestra trompeta ni digáis a los demás que la soplen en vuestro elogio. Ningún trompetero ha llegado a general."

Nadie oyó jamás al mariscal de Turena el menor elogio de sí mismo ni la más leve palabra que denotase vanidad. Cuando ganaba una batalla atribuía su triunfo al error del enemigo y en el parte oficial no olvidaba pormenor alguno excepto el de que él había sido el vencedor.

Una noche en que iba solo por las afueras de París, le salieron al paso tres salteadores que le robaron cuanto llevaba encima, dejándole tan sólo una sortija que por ser recuerdo de familia les suplicó que no se la llevaran, prometiéndoles bajo palabra darles al día siguiente cien luises que sin recelo alguno podía uno de ellos ir a buscar a su casa cuyas señas les dió sin revelarles su nombre.

No faltó el salteador a la cita, y pretextando la necesidad de ver urgentemente al dueño de la casa, lo introdujo el criado en el salón donde Turena estaba en compañía de varios amigos.

Era el salteador uno de esos caballeros de industria que saben tomar el aire y modales de personas decentes, y acercándose a Turena le manifestó el objeto de su visita. El mariscal le dió los cien luises y dejóle marchar sin que nadie le molestase, y cuando supuso que ya estaba el ladrón en salvo, refirió el caso a los circunstantes, quienes se admiraron de semejante proceder, siendo así que nada le costaba mandar que prendiesen al osado salteador. Pero Turena les respondió:

—La promesa de un caballero es sagrada y no debe faltar jamás a su palabra aunque la empeñe con un bandido.

Llamábase Enrique de la Tour d'Auvergne y nació en Sedán, de una familia protestante, el 11 de Septiembre de 1611. Era hijo segundogénito

del duque de Bouillon y de Isabel de Nassau, hija de Guillermo de Orange.

Al morir su padre en 1623, lo acogió su tío, el famoso Mauricio de Orange, quien lo inició en las artes de la guerra. Vuelto a Francia en 1630, recibiólo muy favorablemente el cardenal de Richelieu, quien le confirió un mando en el ejército, tomando parte en la guerra de los Treinta Años a las órdenes de Bernardo de Weimar, contribuyendo a la toma de Landrecies, Maubeuge y Breisach y distinguiéndose sobremanera en la batalla de Cavale, por lo que se le confió el mando supremo del ejército del Rhin.

De 1642 a 1644 conquistó el Rosellón y en recompensa de tan señalado servicio fué ascendido a mariscal de Francia. En la campaña contra los imperiales de la entonces Alemania, cometió un error estratégico cuya funesta consecuencia fué la derrota que le infligió el conde de Mercy en la batalla de Marienthal el 5 de Mayo de 1645; pero lejos de amilanarse por este fracaso, prosiguió con mayor denuedo la lucha y en unión de Condé obtuvo la espléndida victoria de Nordlingen el 3 de Agosto del mismo año, a la que siguió la conquista del electorado de Tréveris y de Baviera cuya consecuencia fué la paz de Westfalia.

Cuando el Parlamento y la mayor parte de la nobleza francesa se sublevaron contra el cardenal

Mazarino y la regente Ana de Austria, Turena se unió a los rebeldes movido de su vehemente amor a la duquesa de Longueville, una de las más entusiastas agitadoras del país; pero vencido en la batalla de Rethel el 15 de Diciembre de 1650, se refugió en Flandes, y al recobrar Mazarino el perdido poder, volvió Turena a Francia ofreciéndole sus servicios, mientras que Condé abandonaba el partido de la corte y se unía a los sublevados. Pero Turena obtuvo señaladísimos triunfos contra el que un tiempo fuera su general y tenía fama de ser el más esforzado capitán de su época. Ganó la batalla de las Dunas, se apoderó de Dunquerque y resultado de sus victorias fué la paz de los Pirineos. Nunca hablaba con nadie de sus triunfos.

En 1667 conquistó en tres meses las provincias de Flandes, y cinco años después, en 1672, emprendió su famosa campaña contra los alemanes, venciendo al general Montecuculli, al elector de Brandenburgo y al duque de Lorena, y hubiese penetrado de seguro en el corazón de Alemania si el 27 de Julio de 1675 no cortara su vida una bala de cañón mientras reconocía el terreno para librar batalla contra Montecuculli en Saltzbach.

Fué Turena el fundador de la táctica de campaña considerada como ciencia de la guerra, y a sus talentos militares unía todas las cualidades del cumplido caballero. Le cuadraba perfectamente el

título de *héroe cabal.* En 1668 se convirtió al catolicismo por influencia de Bossuet.

***

El famoso violinista Ole Bornemann Bull nació el 5 de Febrero de 1810 en Bergen, población de Noruega. Su padre se empeñaba en dedicarlo a la carrera eclesiástica, y aunque no tenía vocación religiosa, se había ya resignado a complacer a su padre, cuando éste en recompensa de su docilidad le compró un violín para que satisficiese en los ratos de recreo su innata afición a la música, y además porque decía que un clérigo ha de saber algo del arte divina.

La noche del día en que su padre le compró el violín, estuvo el muchacho sin poder pegar los ojos. Levantóse a muy alta hora para contemplar a su sabor el precioso instrumento. Su roja caja, sus perlinas claves y las tensas cuerdas parecían tomar vida y convertir el violín en aparición celeste que dulcemente sonriera al muchacho invitándolo a empuñar el arco transmutado en cetro.

Sin poder resistir a la tentación, tañó Ole Bull suavemente el instrumento en vibración pianísima por no despertar a los de casa; pero el padre, que tenía el sueño muy ligero, oyó el tañido del violín y levantándose de la cama fué al cuarto del muchacho dándole un par de pescozones que le derribaron el violín al suelo, estropeándolo de modo que ya no le cupo compostura.

Tenía Ole Bornemann Bull ocho años cuando este incidente; y a los 19, convencido ya su padre de que su verdadera vocación era el arte musical y su favorito instrumento el violín, lo mandó a Kassel, para que estudiara en la academia de Luis Spohr, el maestro más famoso por su insuperable técnica.

Sin embargo, Spohr le dijo que en su vida podría manejar hábilmente el arco, y desvanecidas por de pronto sus ilusiones por tan adverso juicio, se trasladó a Gotinga con el propósito de estudiar leyes en aquella universidad.

Pero muy luego se disgustó del estudio movido de su irresistible afición a la música, y durante la estancia de Paganini en Gotinga, trabó conocimiento y amistad con el famoso violinista italiano, quien le dió varias lecciones y se lo llevó a París, donde al cabo de no pocas peripecias pudo presentarse por vez primera en público concierto que fué más bien un fracaso que un mediano éxito.

Sin desalentarse por el contratiempo, volvióse a Bergen, y pasaba horas enteras en una cueva cercana a la ciudad, ejercitándose pacientemente en el violín hasta que logró dominar el manejo del instrumento.

Los mágicos sones que salían de la cueva admiraban y ponían en recelo a los labriegos, creyéndolos voces de hadas. En aquel solitario paraje se hizo Ole Bull dueño del violín que señaló su pública carrera.

Italia lo acogió con vivo entusiasmo y después recorrió Inglaterra, Escocia, Irlanda, Rusia, Alemania y Noruega, embarcándose en 1844 con rumbo a los Estados Unidos donde permaneció tres años, ganando en sus conciertos una fortuna que perdió en el temerario empeño de fundar en Pensilvania una colonia escandinava.

Su estilo fué muy semejante al de Paganini y en el violín imitaba el canto de las aves, el estrépito de las cataratas, el rumor del viento en las hojas de los árboles y la murmurante música de los arroyos. Cuando no acertaba a arrancar del violín algún son en armonía imitativa de la naturaleza, lo apartaba a un lado y no volvía a tocarlo durante varios días. Murió en la quinta que poseía en su ciudad natal de Bergen, el 17 de Agosto de 1880.

El famoso escultor norteamericano Tomás Ball, fallecido en 1911 a los 92 años de edad, fué en su juventud peón de limpieza en el Museo de Boston; pero no siguió manejando la escoba, sino que la trocó por el cincel, porque en su interior resonaba insistentemente una voz que le decía que había

nacido para los altos menesteres del arte escultórica.

Sin embargo, no está muy bien aplicada la frase de más altos menesteres si se considera el asunto bajo el aspecto moral, pues al barrer escrupulosamente las salas del Museo prestaba al mundo un servicio tan importante como el que el escultor le presta con su cincel y el escritor con su pluma, ya que según dijo acertadamente Teofrasto hace veintitrés siglos y parafraseó La Bruyère veinte después, tan oficio es escribir un libro como fabricar un reloj.

Mientras Tomás Ball mantenía limpias como pulimentado espejo las salas del Museo de Boston, era su labor tan honrada y honrosa como cuando ya hombre esculpía estatuas.

Una voz entusiasta le llamaba a distinta labor que el manejo de la escoba, y al obedecer los mandatos de su vocación se capacitó para dejar por huella de su paso por el mundo los monumentos de Lincoln en Washington, de Daniel Webster en Nueva York y de Jorge Washington en Boston.

No todos tienen talento ni aptitudes para el arte; pero seguramente embellece la vida el tener definida y temprana vocación para determinado empleo de la actividad y obedecerla y seguirla.

Algunos artistas comenzaron su obra como operarios de un oficio manual, pero a medida que dis-

minuía el esfuerzo de las manos y aumentaba el de la inteligencia, se fueron convirtiendo en artesanos y al emanciparse de las servidumbres del oficio se elevaron a la categoría de artistas.

Otro escultor, Eduardo Kemeys, era en su juventud jornalero del Parque Central de Nueva York, y estaba muy disgustado de aquella monótona ocupación, cuando un día vió a un escultor que modelaba al aire libre una cabeza de lobo, y exaltado por repentina inspiración exclamó Kemeys:

—¡También sé yo hacer eso!

Y en efecto, se procuró un pedazo de cera de moldear y al llegar a casa, sin detenerse a comer, modeló una cabeza de lobo y después la figura del perro de la casa.

No por lo muy conocido deja de ser notable el ejemplo de Antonio Allegri, llamado el Correggio por ser esta ciudad el lugar de su nacimiento, el año 1494. Era hijo de un acomodado comerciante que lo destinaba a una carrera científica; pero él se inclinó al arte pictórica, recibiendo las primeras lecciones de su tío Lorenzo Allegri y de Lorenzo Costa.

A los veinte años de edad volvió a su patria nativa, donde en 1514 pintó un retablo para el convento de los franciscanos, y aunque no está documentalmente comprobado, refiérese de él que

se le despertó la vocación artística al ver un cuadro de Rafael, exclamando:

—¡También yo soy pintor!

***

Refiérese de Aarón Burr, vicepresidente que fué de los Estados Unidos de 1801 a 1805 y estadista de consumada habilidad, aunque deslucía sus talentos con una muy reprobable conducta privada, que durante uno de sus viajes entró en el taller de un herrero a que le herrasen el caballo, y un muchacho que estaba cortando leña junto a la puerta trasera, suspendió la tarea al verlo entrar, y con un pedazo de carbón trazó en la puerta del granero un muy exacto dibujo del carruaje y caballos del viajero.

Aarón Burr le dió al muchacho su tarjeta diciéndole que si algún día le espoleaba el deseo de ser pintor, le fuese a visitar en Nueva York. Así lo hizo más adelante el muchacho, que protegido por Burr llegó a ser al cabo de algunos años el notable pintor Vanderlyn.

Lo mismo ocurre en las vocaciones científicas, como demuestra el reciente ejemplo del doctor en Medicina, el español Cepero, que siguió la carrera mientras desempeñaba el modesto empleo de mozo en el Hospital Clínico de Madrid.

Lo necesario para iluminar el espíritu de un joven es infundirle entusiasmo por su obra cualquiera que sea. No todos podemos ser artistas, pero sí nos es posible hacer nuestra labor tan acabadamente que la inundemos de belleza.

Park Benjamín, codirector de la famosa revista *The Scientific American* desde 1872 a 1878 y autor de la obra: *La Era de la Electricidad,* fué durante algún tiempo ministro de los Estados Unidos en Persia, y en cierta ocasión llamó a un dorador para que ejecutase algunas ornamentaciones en su casa de Therán. El dorador cumplió tan a conciencia su cometido, que Park le dijo:

—El trabajo que ha hecho usted vale muchísimo más de lo que me pide usted por él.

Y el dorador respondió:

—Es que yo no trabajo tan sólo por el dinero, sino porque estoy enamorado de mi oficio.

En la plaza Madison de Nueva York hay una tienda de limpiabotas cuyo dueño aventaja en laboriosidad a todos sus dependientes y a veces toma el cepillo de manos del que anda remiso en la tarea y él mismo la acaba porque no quiere que ningún parroquiano se vaya descontento, sino que todos vean su calzado tan reluciente como un diamante negro. Nunca decae su buen humor ni se fatigan sus brazos. Está enamorado de su oficio.

VI. EXPLORACIÓN INTERIOR.

VI. EXPLORACIÓN INTERIOR.



ODA nuestra vida es un viaje de exploración por el interior y en torno de nosotros mismos, y el descubrimiento de nuestras posibilidades y potencias latentes depende muchas veces de circunstancias y accidentes en apariencia fortuitos y en realidad providenciales, porque nada hay casual en la vida humana.

Juan Howard, el precursor de los modernos penalistas, nació en Hackney, populoso suburbio de Londres, el 2 de Septiembre de 1726, y a la muerte de su padre, ocurrida en 1742, quedó dueño de pingüe fortuna que le permitió entregarse a su favorita afición a los viajes. A los treinta años de edad embarcóse en Londres con rumbo a Lisboa, curioso de ver las consecuencias del espantoso terremoto que acababa de sufrir dicha ciudad el 1.° de Noviembre de 1755, cuyos estragos tan hábilmente reparó el famoso marqués de Pombal; pero el buque en que iba fué apresado en el camino por un corsario francés, que se llevó cautivo al pasaje, quedando Howard preso en la cárcel de Brest.

Aunque no duró mucho su cautiverio, fué lo bastante para conmover profundamente su ánimo

el bárbaro e inhumano trato que se infligía en las prisiones francesas a los prisioneros de guerra.

Obtenido el rescate y vuelto a Inglaterra, fué a establecerse en Cardington, cerca de Bedford, de cuyo condado fué gobernador en 1773, con lo que pudo dar realidad práctica a su compasivo interés por los presos y la mejora del régimen carcelario, pues en aquella época era frecuentísimo retener en la cárcel a un preso sin cuidarse de procesarlo para esclarecer su culpabilidad, y no dejarlo libre aunque fuese inocente, si antes no entregaba determinada cantidad de dinero.

Emprendió después Howard una larga excursión por la Gran Bretaña e Irlanda para investigar el estado de las cárceles y el trato que se daba a los presos, resultando de su investigación que el Parlamento aprobó una ley poniendo a sueldo fijo a los alcaides y vigilantes, y otra exigiendo la rigurosa higienización de las cárceles para evitar la terrible fiebre carcelaria que ocasionaba crecido número de víctimas entre la población penal.

Empleó el resto de su vida en visitar las prisiones de Europa encontrándolas en el más deplorable estado que cabe imaginar, con los presos amontonados en cuadras infectas, en promiscuidad de edades y sexos, los criminales empedernidos en siniestra convivencia con los encarcelados por deudas, y todos ellos objeto de abominable

explotación por parte de sus guardianes que les vendían a precios escandalosos toda clase de bebidas espirituosas fomentando con ello la más espantosa inmoralidad.

También contribuyó a mejorar las condiciones de los hospitales que en punto a deficiencias higiénicas e inmoralidades administrativas estaban a tan ínfimo nivel como las cárceles.

En la vida de Howard se cumplió el refrán de que no hay mal que por bien no venga, pues su captura y cautiverio por los corsarios alumbró el manantial de compasión y amor al prójimo que se ocultaba en las profundidades de su ser.

***

Muchos transponen el medio siglo de su vida antes de descubrirse a sí mismos, de encontrar la llave de la puerta de su verdadero ser y movilizar sus fuerzas de reserva.

Feliz ocasión es la que nos da un vislumbre de nuestra naturaleza superior, la visión de nuestras posibilidades cuya puerta puede abrirse por diversos procedimientos.

A veces se abre con la llave que forja un amigo sincero al estimularnos porque ve en nosotros lo que no ven otros.

Otras veces derriba la puerta el tremendo golpe

de una desgracia imprevista, de una crisis tremenda, de algún accidente de extraordinaria violencia.

La fase más importante del complicado negocio de la vida es la de descubrirse y conocerse uno mismo.

Al mirar atrás en el camino de la vida vemos que muy varias vicisitudes sirvieron de llave para abrir la puerta de salida a nuevas posibilidades.

Cuando el hombre que ha fracasado y se tiene por nulo para todo, vislumbra la grandeza de su verdadero ser, se resuelve a sacudir su apatía y reanudar con mayor intensidad los esfuerzos para salir airoso de su empresa.

Porque la generalidad de los seres humanos, excepto quienes por muy recónditas causas están anormalmente constituídos, poseen cualidades y fuerzas sobradas para hacer algo de provecho en el mundo; pero estas fuerzas y cualidades son en la mayor parte como vivas ascuas de fuego ocultas bajo la ceniza de la ignorancia, timidez, duda, recelo, ansiedad, envidia, odio y egoísmo, que puede removerse mediante la rectitud de pensamiento y la armónica disposición de ánimo respecto de la vida.

Importantísimo es mantenerse en armónica disposición de ánimo respecto de sí mismo y del mundo objetivo, porque todo cuanto de uno u otro modo nos aliente y estimule, acrecentará nuestra

capacidad, que por el contrario se debilita y menoscaba por vicio de todo cuanto nos deprime y abate.

El temor al fracaso, a la enfermedad y la muerte debilitan la eficacia personal, mientras que la libertad de expresión y el sentimiento de responsabilidad la robustecen e intensifican.

Dice Darwin en una de sus obras que el deseo vehemente de remontarse por los aires le dió alas al águila, y aunque en rigor científico parezca muy aventurada afirmación, sirve de símil para dar a entender que una aspiración perseverantemente sostenida puede educir y desenvolver facultades que de otro modo hubieran quedado latentes de por vida.

La perseverancia y tenacidad de propósito compensan a veces sobradamente el talento, pues quien por completo se entrega a su labor está seguro de realizar algo de valía para sí mismo y la colectividad.

***

Un comerciante que había anunciado en los periódicos una vacante de meritorio, recibió por escrito treinta solicitudes de otros tantos aspirantes, y a todos les respondió citándolos el mismo día y a la misma hora en su establecimiento.

Una vez reunidos los treinta se los llevó al es-

pacioso patio que anexo a los almacenes tenía para solaz de la dependencia en días festivos, y señalándoles un disco por blanco y una pelota por proyectil, les dijo:

—Obtendrá la plaza el que de siete veces que tire la pelota haga mayor número de blancos.

Ninguno dió ni una sola vez en el blanco, y el comerciante añadió entonces:

—Los que quieran repetir la prueba, que vuelvan mañana a la *misma hora*.

Pero al día siguiente sólo compareció uno de ellos, quien dijo que estaba dispuesto para la prueba; y en efecto, al realizarla dió con la pelota siete veces en el blanco.

—¿Cómo es esto?—le preguntó el comerciante sorprendido.

—Pues porque necesito trabajar para mantener a mi madre, y empeñado en obtener la plaza, estuve ensayándome toda la noche en el cobertizo de casa.

***

Carlos Roberto Darwin, el famoso expositor de la teoría de la selección natural, presentida por Lamarck y enunciada simultáneamente por Alfredo Russell Wallace, tuvo exquisito cuidado en observar la fauna, flora y gea de los numerosos países que visitó durante los cinco años que en con-

cepto de naturalista formó parte de la expedición científica costeada por el gobierno inglés en el buque *Beagle*, al mando del entonces capitán y después almirante Fitzroy.

Uno de los objetos de observación fué la influencia que pudiesen tener las lombrices de tierra en la formación del mantillo o tierra vegetal, y durante veintitrés años estuvo coordinando pacientemente los resultados de sus investigaciones que resumió en su célebre obra: *El origen de las especies por medio de la selección natural.*

En Diciembre de 1842 esparció polvo de cal viva por una parcela de terreno del condado de Down en Irlanda, a fin de comprobar la acción de las lombrices de tierra, y al cabo de veintinueve años de pacientes experimentos, en Noviembre de 1871 mandó excavar en la parcela una zanja a fin de investigar el resultado, viendo en la blancura de la cal las huellas de los gusanos o lombrices que la habían removido entre la tierra.

Sin embargo, aún tardó diez años en publicar sobre este asunto su obra: *Formación del mantillo por la acción de las lombrices de tierra,* en la que con valiosos argumentos expone la teoría de que el mantillo o tierra vegetal que cubre gran parte de la superficie sólida del globo proviene principalmente de las secreciones de las lombrices y gusanos de tierra.

Sea cual sea la suerte que haya de caberle a la tan discutida teoría darviniana, no es posible negarle al insigne naturalista las cualidades de paciencia, perseverancia, sagacidad y honradez científica, que le movió a no exponer sus conclusiones hasta estar completamente documentado para inferirlas de repetidos experimentos.

***

En una academia de Boston no supo un ayudante del profesor resolver un problema de álgebra que había de explicar a los alumnos al día siguiente, y el pobre hombre no tuvo más remedio que mortificar su amor propio y recurrir al profesor para que se lo resolviera; pero no quiso y se lo devolvió sin resolver.

Era muy bochornoso para él confesar su incapacidad ante los alumnos, y para no caer en tal vergüenza, apresuróse a ir a casa de un amigo, muy ducho en matemáticas, pero estaba fuera de la ciudad y no regresaría hasta de allí una semana.

Entonces sacó fuerzas de flaqueza y se dijo: "¿No he de ser capaz de resolver este problema? ¿He de confesar mi ignorancia en plena clase? Lo he de resolver."

Encerróse en su cuarto y estuvo aquella noche torturándose el cerebro hasta que por fin dió con

la solución, debajo de la cual puso: "Obtenida el lunes 2 de Septiembre a las once y media de la noche, después de doce calculaciones en que invertí veinte horas."

***

Un joven llamado Mifflin, hijo de familia acomodada, después de cursar los estudios y graduarse en la universidad de Harvard, que como sabemos está situada en la población de Cambridge, cercana a Boston, en el estado norteamericano de Massachusetts, viajó por el extranjero, y al regresar a su país, se le ocurrió aprender algún oficio, aunque no lo necesitaba para vivir, y al efecto fué a solicitar trabajo en el taller de prensas de Reverside, cuyo gerente Houghton le respondió que no le era posible admitirlo por no haber vacante, y aunque la hubiese tampoco lo admitiría, porque no era muy congruente que un titular de la universidad de Harvard, con posibilidades económicas y que había viajado por el extranjero, viniera a colocarse de aprendiz en una fábrica donde se vería obligado a faenas mecánicas retribuídas con escaso sueldo.

Mifflin aseguró que nada le importaba el trabajo penoso, pues todo su interés se resumía en aprender el oficio; pero Houghton no le dió ninguna esperanza de admisión.

Repetidas veces insistió Mifflin en su demanda sin positivo resultado, y en vista de las obstinadas negativas de Houghton, suplicó a su padre que intercediese para que lo admitieran de aprendiz en la famosa fábrica.

Sin embargo, Houghton logró convencer al padre de Mifflin de que no era decoroso ni conveniente acceder a la petición del joven, quien lejos de desistir por ello de su empeño, reiteró machaconamente la solicitud, hasta que admirado Houghton de tan incansable perseverancia, le concedió la plaza que acababa de dejar vacante un muchacho cuyo salario era de cinco dólares cada semana.

El joven Mifflin tomó con tal ardimiento el trabajo y mostró tan enérgica determinación en todo lo referente al oficio, que muy luego lo puso Houghton en la oficina con el salario de nueve dólares semanales a contar desde el día en que entró en la casa, es decir, que le abonó la diferencia de cuatro dólares correspondientes a cada una de las semanas transcurridas.

Aunque la familia de Mifflin vivía en Boston, siempre estaba él puntualmente en Cambridge a la hora de entrada, y con frecuencia era el último en salir.

Sucedió que una tarde hubo de volver Houghton a la fábrica después de la salida de los operarios,

cuando sólo quedaba de guardián el sereno, y sorprendióse al ver a Mifflin que estaba examinando detenidamente el mecanismo de construcción de una prensa. Aquel joven llegó a ser director de un renombrado establecimiento industrial.

***

En una exposición agrícola se destinaron un premio y un accésit para las dos mejores maquinillas de batir manteca. Tres años después, el expositor agraciado con el accésit, encontró al presidente del Jurado de la exposición y le dijo:

—¿Recuerda usted quién se llevó el premio? Pues vea la diferencia entre él y yo. A él se le subió el premio a la cabeza y con el premio el vino, pues envalentonado con el éxito se entregó a la bebida, agarró una borrachera que le duró quince días y ya está poco menos que arruinado. Yo me volví a casa con la firme determinación de vencer y ponerme a la cabeza de mi gremio. Tengo ahora cerca de doscientos operarios en mi fábrica y mis mantequeras y otras máquinas para la industria de cremería dan la vuelta al mundo.

Este es un ejemplo de lo que está ocurriendo cada día, pues muchos son los que si no se durmieron en las pajas, se duermen sobre sus laureles, y tan funesta es una como otra dormida para el éxito permanente.

Dice el Dr. Teodoro Cuyler:

"Durante más de treinta años observé la carrera que iban siguiendo centenares de jóvenes en esta atareada ciudad de Nueva York y estoy convencido de que la principal diferencia entre el éxito y el fracaso consiste en la perseverancia. El éxito permanente se obtiene con mayor frecuencia por el esfuerzo perseverante que por el vehemente impulso. Quienes fácilmente se descorazonan y retroceden al tropezar con una paja se quedan rezagados. Los que comprenden y practican la máxima familiar de Abraham Lincoln "machaca continua" son los que logran más perdurable éxito.

Algo grande e inspirador hay en el joven que después de hacer cuanto de mejor en su mano estuvo cae honrosamente vencido en la lucha, pero se levanta para reanudarla con todavía mayores bríos. Ningún cuidado tenga respecto del porvenir el joven que no se desalienta ante el fracaso."



Le preguntaron a un muchacho que cómo había aprendido a patinar y respondió:

—Pues no tuve que hacer más que levantarme cada vez que caía y volver a empezar.

Así obtienen los premios de la vida quienes nunca se cansan en esforzarse para merecerlos.

Hay mucho que decir en favor del muchacho tardío, el reverso del niño prodigio y muy distinto del estúpido y del haragán. Podrá ser de comprensión tarda, flaco de memoria, corto de alcances, rebelde al discernimiento; pero si a pesar de su torpeza está dotado de tenaz perseverancia e inquebrantable voluntad, tiene muchas probabilidades de vencer, pues posee los elementos de éxito de que acaso carece el muchacho de rápida comprensión, feliz memoria y chispeante ingenio, pero tornadizo como veleta e inconstante como mariposa.



En una escuela rural había un muchacho muy tardo en comprender las lecciones de memoria, a quien por ello apodaron sus compañeros con el remoquete de *Modorra;* pero el maestro se dió cuenta de que nunca levantaba cabeza de un problema hasta tenerlo resuelto, y a todos aventajaba en matemáticas.

La escuela era la de un pueblo de la costa del Pacífico, y cansado el muchacho de las burlas de sus compañeros que lo tildaban de estúpido, dejó los libros y se alistó de grumete en un buque mercante, no tardando en aficionarse a las cosas de mar, y al verle el capitán del buque tan aplicado aprovechó los ratos libres para darle lecciones fundamentales de la ciencia de navegar.

Adelantó rápidamente el muchacho en estos estudios y al estallar la guerra civil se alistó en la marina de guerra llegando a ser comandante de una fragata, mientras que los que de él se burlaban en la escuela quedaron muy atrás en los caminos de la vida.

VII. HEROÍSMO.

VII. HEROÍSMO.


ACE algún tiempo, una muchacha de diez y seis años llamada Catalina Shelley, estaba asomada a la ventana de su casa al atardecer de un día de Julio, observando el efecto de una terrible tormenta a cuya furia se desbordaban los riachuelos y el río Des Moines llevaba una crecida de dos metros sobre su ordinario nivel, arrastrando en impetuosa corriente maderamen y otros despojos de las viviendas aldeanas.

Al mirar en dirección del puente sobre el barranco Honey por donde cruzaba la vía férrea, vió el fanal de la locomotora de un tren que en aquel momento pasaba. De pronto dió la máquina un vuelco, según la muchacha pudo colegir por el movimiento de la luz del fanal, y temerosa de que hubiese descarrilado el convoy, se puso el impermeable, tomó la linterna y fuése presurosa al lugar del siniestro, dejando en la casa a su madre y un hermano pequeño.

Topó con un embravecido torrente que no podía vadear y encaramándose por zarzas y espinas alcanzó el margen de la vía, viendo que al pasar el tren se había hundido el puente, del que sólo quedaban los tramos empotrados en los pilares extre-

mos. Desde la última traviesa del tramo blandió Catalina la linterna en señal de aviso, a tiempo que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones para que se percataran de su presencia.

Del fondo del barranco respondió el débil quejido del maquinista, único que a duras penas se había salvado del siniestro. Era el tren de carga, y el fogonero con todos los demás empleados habían perecido.

Dijo el maquinista que se hallaba como enjaulado entre unos tablones y que convenía ir a la inmediata estación de Moingona en demanda de auxilio y al propio tiempo detener el paso del rápido que poco después había de llegar e impedir un espantoso siniestro.

Azotada por el ventarrón emprendió Catalina la marcha a pie bordeando el río Des Moines. De cuando en cuando los relámpagos iluminaban las turbulentas aguas de la corriente; pero movilizando todas sus fuerzas de reserva apresuró su carrera hasta la estación, donde después de dar el mensaje cayó desfallecida a punto en que llegaba el rápido, que sin su aviso se hubiera precipitado en el barranco.

El Parlamento del Estado de Iowa premió con medalla de oro el heroísmo de la muchacha.

Pero fué más que heroísmo circunstancial. Fué energía de carácter, confianza en sí misma, decisión rápida y certero golpe de vista, cualidades todas indispensables para lograr éxito en la vida.

***

Uno de los últimos actos oficiales del presidente de la república francesa Francisco María Sadi Carnot, asesinado en Lión por un anarquista italiano en 1894, fué conceder la cruz de la Legión de Honor a una jovencita del Estado de Indiana, llamada Juanita Carey, de diez años de edad, que en 1893, al pasar junto a la vía férrea de Pan Handle notó que estaban ardiendo los caballetes de una pasarela con peligro de que descarrilase el tren a punto de llegar.

Para evitar una catástrofe se colocó Juanita en medio de la vía, de modo que el maquinista pudiese verla desde lejos, y al divisar el humo de la locomotora se quitó el refajo encarnado, agitándolo vivamente como en señal de peligro suelen hacer cuando es necesario las guardabarreras con las banderolas.

Frenó el maquinista y pudo parar el tren que sin el arrojo de la intrépida muchacha hubiese caído en la hondonada sobre la cual estaba tendida la incendiada pasarela.

Llevaba el convoy setecientos pasajeros, la mayoría franceses que desembarcados en Nueva York

en grupo excursionista se dirigían a Chicago para visitar la Exposición universal que por entonces en el parque Jackson se celebraba en conmemoración del descubrimiento de América.

Cuando los comisarios franceses de la Exposición universal de Chicago regresaron a Francia, pusieron en conocimiento de Sadi Carnot la hazaña de la jovencita norteamericana, que tuvo la suficiente serenidad y presencia de ánimo para detener el tren sin recurrir al auxilio ajeno. Supo usar de sus sentidos y de su mente.

***

Entre dos y cinco millas de la costa nordeste de la comarca inglesa de Northumberland, casi frente a Bamborough, salpican el mar diez y siete islotes de suelo basáltico por entre los cuales es muy arriesgada la navegación, porque casi todo el año reinan impetuosos vientos del nordeste. En la isla llamada House se ven todavía las ruinas de un monasterio de benedictinos dedicado a San Cutberto, el apóstol de Escocia, convertida al cristianismo por sus predicaciones y que después de haber regido las diócesis de Hexham y Lindisfarne se retiró a la vida eremítica en dicha isla.

Hay en este archipiélago dos faros: el de Harcars y el de Longstone, famoso este último en la

historia de los siniestros marítimos por el heroísmo de Gracia Darling, hija del torrero Guillermo.

Nació Gracia Darling en Bamborough el 24 de Noviembre de 1815, y desde que tuvo uso de razón ayudaba a su padre en el servicio del faro. Contaba la joven 23 años, cuando en la mañana del 7 de Septiembre de 1838, el buque *Forfarshire* que procedente de Hull se dirigía a Dundee con 63 pasajeros, chocó con el arrecife de Harker, partiéndose por la mitad a los quince minutos. Sólo veinte pasajeros lograron seguir luchando contra el mar que ya había devorado a los demás. La densa niebla dificultaba mayormente sus esfuerzos.

Gracia Darling, al ver desde la torre el buque naufragado, instó a su padre para acudir en socorro de los náufragos y sin esperar respuesta se lanzó al mar en un bote de salvamento logrando arrebatar del furor de las olas a los veinte náufragos.

Aquella hazaña difundió por toda Inglaterra el nombre de Gracia Darling, y el faro de Longstone, hasta entonces ignorado de las gentes, se convirtió en lugar de peregrinación. Gracia Darling fué regiamente obsequiada por personajes de elevada posición social deseosos de conocerla y premiarla.

Pero no sobrevivió mucho tiempo a tan favorable mudanza de la fortuna, porque acometida de

tuberculosis, falleció al cabo de un año el 20 de Octubre de 1842.

Mucho tiempo después, otra joven de diez y seis años, también de nombre Gracia, con apellido Buzzell, realizó en Australia una hazaña tan heroica como la de su tocaya Darling.

Moraba Gracia Buzzell cerca de la desembocadura del río Swan, cuando paseando a caballo por la orilla del mar un día de Diciembre, vió un buque encallado y un bote salvavidas con ocho hombres a bordo en peligro de zozobrar.

La intrépida joven metióse con su caballo por entre los cachones y fué salvando de dos en dos a los náufragos en la grupa de su cabalgadura.

María White es el nombre de otra joven famosa en los anales del heroísmo femenino.

Al despuntar de un día de Febrero de 1891, después de una tremenda tempestad, resonó cerca del puerto de Gray, donde la joven vivía, un cañonazo en demanda de auxilio. Levantóse presurosa de la cama, corrió a la costa y entrándose por el mar con agua hasta los hombros logró salvar a los náufragos que luchaban con las olas.

***

Sorprendióle a un buque francés espantosa tormenta cerca de una escarpada costa y el capitán

dió orden de maniobrar con objeto de alejarse de aquel peligro; pero por más esfuerzos que hizo la tripulación no fué posible abrirse paso por entre los escollos hasta que tras todo un día de lucha sintieron un tremendo choque acompañado de horrible crujido. Echaron al agua los botes salvavidas, pero al instante los arrebataron las olas. Como último recurso propuso el capitán que un marinero provisto de una soga nadara hasta ganar la costa y allí la clavara a fin de que la tripulación se salvara agarrándose a ella; pero nadie se prestaba voluntariamente a tan arriesgado servicio, hasta que un arrapiezo de doce años, paje de escoba de los camarotes, exclamó tímidamente:

—Capitán, no exponga usted la vida de estos bravos marineros. Nada importa lo que le pueda suceder a un pobre paje de escoba como yo. Deme usted un rollo de cuerda muy fuerte; lo ataré por un cabo al casco del buque y a medida que nade lo iré desenrrollando hasta llegar a la costa, donde o pierdo la vida o dentro de una hora estará firmemente sujeto en tierra.

Echóse el muchacho al agua y su cabeza se fué moviendo como un punto negro flotante sobre las olas hasta desaparecer entre la neblina, y a no ser porque se notaba la tirantez de la cuerda, se le hubiera creído muerto.

A poco pareció como si la cuerda se aflojara, y

los marineros se miraban unos a otros en silencio, cuando tres o cuatro tirones más recios denotaron que el muchacho había ganado la costa. De esta suerte salvó el heroísmo del paje de escoba a toda la tripulación.

Estas acciones heroicas tienen por móvil el puro sentimiento de confraternidad humana, anterior y superior a toda creencia dogmática, porque es de índole estrictamente moral e independiente de la confesión religiosa. Por esto no se contraen los actos heroicos a un solo país, raza o religión, porque el heroísmo es virtud esencialmente humana y por lo tanto divina, ya que todo ser humano es un alma a imagen y semejanza de Dios.

No hace mucho tiempo, en el poblado de Beni-Said, cerca de Larache, en la zona marroquí de influencia española, se incendió una casa. En pocos momentos, las llamas envolvieron el edificio en cuyo interior había cuatro niños moros que hubieran perecido si un transeunte llamado Hamed Selan no los hubiese salvado con riesgo de su vida.

Desafiando el peligro y con admiración de cuantos presenciaban el siniestro, atravesó las llamas y salió a poco con dos niños. Volvió nuevamente, aunque ya el fuego había prendido en sus vestiduras, y logró salvar a las otras dos criaturas.

El heroico moro hubo de ser asistido inmediatamente por varias personas que luego de prodigarle los primeros auxilios llamaron al médico militar que vino de Beni Aros con el interventor de la cábila.

Dió mayor realce al heroísmo de Hamed Selan la circunstancia de que no conocía a los dueños de la vivienda incendiada, que por cierto se desplomó a poco de haber salvado a los cuatro niños.

En este ejemplo tienen los sectarios y fanáticos una prueba evidente de que no es indispensable ser cristiano para practicar en grado heroico la sublime virtud de la caridad en su aspecto de amor al prójimo sin otra recompensa que la íntima satisfacción del deber cumplido.

*
**

El valor varonil es a la par digno y gallardo. Ennoblece a un joven y lo mueve a cumplir con su deber arrostrando todo linaje de peligros, aunque le palpite el corazón como un martinete de fragua. Todo el que quiera demostrar que es apto para el desempeño de elevadas posiciones en el mundo no ha de tener miedo cuando las circunstancias requieran el despliegue del valor moral.

Las ocasiones de realizar actos heroicos sobrevienen impensadamente en la vida; pero también hay un heroísmo callado, obscuro, que no vuela en alas de la fama y sin embargo llega hasta el mismo

solio de Dios. Es el heroísmo de la paciencia, del cumplimiento constante de los deberes cotidianos de la vida individual.

***

Cuando en la primera fase de la batalla de Marengo resistían desesperadamente las tropas francesas el impetuoso ataque de los austriacos superiores en número, un coronel dió orden al tambor que tocara retirada.

—No sé tocar retirada. No me han enseñado este toque; pero en cambio puedo tocar paso de ataque y seguramente que se reanimarán las tropas. Así lo hice en las Pirámides y en Monte Tabor y en el puente de Lodi. ¿Por qué no tocar aquí el mismo paso de ataque?

Enterado Napoleón del caso, le preguntó a Dessaix que acababa de llegar con tropas de refresco:

—¿Qué opinas de esto?

Dessaix miró el reloj y repuso:

—La batalla está perdida. Son las tres. Aún hay tiempo de ganar otra.

—Pues entonces, adelante—exclamó Napoleón resueltamente.—Mantened a raya al enemigo mientras yo dispongo las reservas a retaguardia. ¡Soldados! Ya habéis retrocedido bastante. Recordad que siempre duermo en el campo de batalla

El tambor no cesaba de tocar paso de ataque, y Dessaix con sus seis mil hombres arremetió impetuosamente contra los austriacos. Una bala mató a Dessaix poco después de iniciado el ataque, pero el tambor siguió redoblando, y los soldados embistieron con mayor furia deseosos de vengar la muerte de su general.

***

El mariscal Macdonald, cuando todavía era general de división, recibió el mando del ala derecha del ejército del Rin con encargo de apoderarse del collado de Splugen, que une la cuenca del Ada con la del Rin y es el paso entre Alemania e Italia.

Tenía Macdonald por tambor de órdenes a un muchacho de diez años, rubio y grácil como espiga madura, cuyos redobles sonaban alegremente en el frío y penetrante aire de los Alpes por donde marchaba el ejército en dirección al estratégico collado.

Cuando el cortante viento empujaba contra su rostro los copos de nieve, el tamborcillo reía jubilosamente y arrancaba del parche ruidosas notas cuyo eco retumbaba por los nevados picachos y los ventisqueros, como si la ingente cordillera respondiese a coro al redoble del tambor, y las gozosas exclamaciones de la tropa resonaban cual truenos lejanos que rodasen por las cumbres alpinas.

Era en el rigor del invierno. Calló el tambor, y

apenas extinguido el eco de sus redobles, un estruendo de muy distinta y más horrísona vibración, como el murmullo de un titán, parecía salir del fondo de las montañas.

Poco a poco fué aumentando la intensidad del estruendo hasta convertirse en espantoso rugido que estremecía los aires.

—Boca abajo todos, muchachos, si no queréis morir. Es un alud.

En efecto. La movible montaña de hielo rodaba por la falda de la de piedra descuajando árboles, arrancando peñascos, y algunos centenares de soldados quedaron envueltos en el sudario de la nieve.

—¿En dónde está Pedro? ¿Qué ha sido del tambor?—exclamó Macdonald rompiendo el pavoroso silencio en que se había sumido la naturaleza al hallar el alud su equilibrio en el valle.

Un débil redoble de tambor que desde muy hondo resonaba en paso de ataque respondió a las preguntas.

—¡Qué valor! ¡Qué entusiasmo!—exclamó un veterano granadero con lágrimas en los ojos.—Está preso entre los témpanos ahí abajo en el precipicio. Hemos de salvarlo, muchachos, hemos de salvarlo.

—Yo lo salvaré—gritó Macdonald despojándose del capote.

—No, no, mi general—repuso el granadero.—No os habéis de exponer a tan grave riesgo. Ya irá uno de nosotros. Vuestra vida vale más que la de todo el ejército.

—Los soldados son mis hijos—replicó Macdonald—y ningún padre repugna dar la vida por la de su hijo.

Los granaderos sostuvieron desde el borde del precipicio una cuerda por la que se deslizó el general hasta el fondo.

—¡Pedro!—gritó a pulmón herido.—¡Pedro! ¿En dónde estás, hijo mío?

—Aquí, mi general—respondió una débil voz que salía de entre un montón de nieve.

—Ya no hay cuidado—dijo Macdonald extrayendo al medio sepultado tambor.—Agárrate fuerte a mi cuello, y en un minuto saldremos de esta sima.

Pero las manos del muchacho estaban sin fuerza por lo entumecidas, y aunque el general se lo colgó al cuello, no pudo sostenerse.

El intenso frío de aquel funesto paraje amenazaba aterir también al general. ¿Qué hacer?

Desciñóse la faja y atándola por un extremo a la cuerda, se ató él con el muchacho al otro extremo, y dada la señal los izaron sanos y salvos al borde del precipicio.

Olvidaron los soldados el riesgo del alud y pro-

rrumpieron en vítores a su general, cuyos ecos resonaron por todos los ámbitos de la cordillera que parecía animarse para tomar parte en el regocijo.

—Junto hemos estado bajo el fuego y la nieve— le dijo Macdonald al tambor mientras frotaba con sus manos las ateridas del muchacho.—Nada podrá ya en adelante separarnos mientras nos dure la vida.

Al cabo de una hora estaba Pedro tan campante como siempre, y cuando el general dió la orden de marcha, el redoble del tambor sonó con más entusiasta determinación.

El penoso paso del Splugen en el rigor del invierno, mucho más peligroso que el de los Alpes por Napoleón en pleno estío, excitó el entusiasmo del infantil tambor y fué motivo de estímulo para oficiales y soldados.

***

Cuando el general Duhesme dispuso que una columna de 3,800 hombres, al mando del general Schwartz, se dirigiese a Zaragoza, pasando por Manresa para castigar a esta ciudad imponiendo al vecindario 750,000 francos de contribución, los somatenes de Manresa e Igualada se apostaron entre los matorrales de las alturas del Bruch, y apenas había tomado la columna francesa el recodo que allí forma la carretera, la detuvo el concentrado fuego de los ocultos somatenes. Schwartz arremetió contra ellos y acaso los derrotara por completo si no hubiese cesado de perseguirlos; pero alentados los manresanos e igualadinos por el refuerzo que les llegó del somatén de Sampedor con excelentes tiradores, reanudaron el ataque, enardecidos los ánimos por el redoble del tambor que sin parar batía atronando con sus sones las montañas, y creído Schwartz que se le venía encima todo un ejército, pues tal semejaba anunciar el estruendo del tambor, retrocedió hasta Barcelona.

A los catalanes les corresponde la gloria de haber sido los primeros que vencieron a los soldados del conquistador de Europa.

***

Muy honroso es para un batallón mantener enhiesta su bandera en lo más recio del combate. Es prueba de valor y patriotismo. Pero mengua es abatirla y consentir que barra el polvo. Cuando un ejército vencedor quiere deshonrar al vencido arría la bandera enemiga de las fortalezas e iza la suya entre los vítores, aplausos y aclamaciones de la entusiasta multitud.

Así es deshonroso para un joven avergonzarse de manifestar y defender lo que piensa con tal de

que sea sincero y justo en sus pensamientos. También esto es heroísmo.

Dejad que brille vuestra luz y que vuestro ejemplo sea siempre puro, constante y positivo, como el del tambor Clarence Mackenzie del regimiento n.° 13 de Nueva York, que se quedó dormido en la cubierta del vapor que conducía las tropas a Annapolis. Las fatigas del día lo rindieron de sueño a su pesar. Despertóle el coronel y le dijo que se fuese a dormir descansadamente a un rincón de la bodega. Los soldados seguían riendo, gritando y cantando. El muchacho extendió su manta y de rodillas impetró en silenciosa plegaria la divina protección.

Al verlo los soldados en tan devota actitud cesaron los cantos, gritos y risas, sin que se oyera en todo el buque otro rumor que el de la hélice en porfía con las aguas. Muchos de los que rodeaban al muchacho no habían vuelto a orar desde su primera infancia y sus labios estaban habituados a la blasfemia; pero el ejemplo de Clarencie arrancóles lágrimas al verle de rodillas ante el omnipresente e invisible Dios.

Un soldado exclamó:

—Se me ocurre la idea de que así está mi madre en este momento rogando por mí.

El valeroso tambor recibió el homenaje de la imitación por no haberse avergonzado de izar la

bandera de sus religiosos sentimientos y su ejemplo tuvo hermosa y gentil influencia entre los soldados.

*
**

Un periódico de San Francisco invitó tiempo atrás a los oficiales supervivientes de la guerra civil, a que relataran el hecho más heroico que hubiese cada cual presenciado durante la fratricida contienda.

El coronel Tomás W. Higginson refirió que en un banquete de camaradas, casi todos jóvenes y solteros, mientras el vino fluía copiosamente y se cruzaban de boca a boca chistes obscenos como culebrones de fuego, le dijeron los comensales al Dr. Miner, joven de complexión débil, rostro aniñado y por añadidura abstemio, que no saldría de allí sin antes contar un chascarrillo, cantar una canción o por lo menos echar un brindis.

El Dr. Miner respondió:

—No sé cantar, pero brindaré levantando esta copa de agua límpida y pura a la salud de nuestras madres.

Todos quedaron confusos y avergonzados de su conducta, porque comprendieron que estaban ofendiendo a sus madres. Algunos estrecharon la mano del doctor y le felicitaron por haber demostrado

un valor mucho más heroico que el necesario para abalanzarse contra la boca de un cañón.

⁂

Dice un veterano de la guerra civil:

"En el invierno de 1862 estaba mi batería de guarnición en el fuerte de Ramsay, Estado de Virginia, que domina la aldea de Falls Church. El fuerte era un recio terraplén de forma circular de unos cincuenta metros de diámetro, con catorce aspilleras en las que colocamos nuestros cañones de bronce de a doce libras. El campamento y las cuadras de caballos estaban fuera del fuerte. Únicamente el capitán tenía su tienda en el recinto, cerca del polvorín, que consistía en una especie de cueva, sótano o bodega, abierto a cosa de tres metros bajo el nivel del suelo, con techumbre de vigas escuadradas de roble y cubierto a manera de caperuza con un montón de tierra de cinco metros de altura.

Se entraba en el polvorín por un pasadizo en zigzag y tenía distanciadas a poco trecho dos puertas: una exterior de pesado roble y otra interior mucho más ligera. El pavimento era de tierra y las paredes estaban revestidas de gruesas tablas.

Había en el polvorín almacenadas unas nueve toneladas de municiones entre barriles de pólvora,

cartuchos de fusil, granadas, botes de metralla y empaquetaduras de estopa. Las cajas de pólvora para el servicio del día estaban junto a los cañones montados en las aspilleras, y siempre habían de estar llenas, de lo cual yo me cuidaba haciendo la ronda por las catorce aspilleras del fuerte.

Una mañana vi que faltaba pólvora en algunas cajas, y se la pedí al guarda del polvorín que estaba almorzando con el brigada de la batería.

Me dijo que me esperase un poco, aunque bien sabía él cuán rigurosas eran las órdenes para el amunicionamiento de los cañones, y al recordárselo yo, levantóse de un salto, y tomando una palmatoria con la bujía encendida me dijo imperiosamente: "Vamos".

Precedióme por el tortuoso pasadizo que conducía al polvorín y abrió ambas puertas, diciéndome que entrara con él y tomase lo que necesitaba.

Sin embargo, aquella manera de proceder era del todo opuesta a las ordenanzas de artillería, pues el oficial encargado del polvorín tenía el deber de cambiarse las pesadas botas de montar por unas zapatillas, llevar una linterna sorda y no consentir que nadie más que él entrase en el polvorín; pero como era mi superior jerárquico no tuve más remedio que obedecerle, sobre todo teniendo en cuenta que no era mía la responsabilidad.

Puso la palmatoria sobre una caja de municio-

nes, sacó de otras las que de momento yo necesitaba, y cuando ya no podían cargar más mis brazos, recogió la luz y nos encaminamos presurosos hacia la salida. Al abrir la puerta, la corriente de aire inclinó la llama de la bujía, y aunque yo había tenido la precaución de ir bastante detrás del oficial, seguramente algún volandero filamento de la torcida vino a topar en la llama, y en un instante toda la carga que yo llevaba en mis brazos y que para mayor comodidad había rodeado de estopa, se incendió en masa, iluminando el mortífero polvorín con hórrido resplandor.

El oficial exhaló un grito de espanto y huyó escapado por la puerta, dejándome solo.

Mi primer intento fué soltar instántaneamente la incendiada carga que me abrasaba manos y cara, cegándome con el humo. Pero afortunadamente había yo aprendido a mantener la serenidad y presencia de ánimo en los momentos de peligro, y comprendí que si dejaba caer al suelo la candente masa, volaría el polvorín y en consecuencia el fuerte, mientras que si resistía la quemazón hasta alcanzar el pasadizo, fuera posible evitar la voladura.

Así lo hice, rápido como el pensamiento, y cruzando a escape la puerta lancé la ígnea masa tan lejos como pude en el pasadizo.

Tenía la seguridad de que en cuanto las llamas

corroyesen la cubierta metálica de los cartuchos de pólvora, estallarían con inevitable peligro de mi vida, por lo que me arrimé pegado a la pared, con el pensamiento puesto en Dios y en mi madre, y la esperanza de que a sus oídos llegaría la noticia en parte consoladora de que por salvar el fuerte había muerto su hijo.

Afortunadamente no estallaron los cartuchos al caer al suelo, y dando un salto que hubiesen envidiado los atletas, pasé por encima de la encendida masa y en un momento estuve arriba en el fuerte. Junto a la entrada del polvorín vi la palmatoria del oficial, pero no estaban por allí ni él ni alma viviente. Esperé un instante, y como no oyera detonación, retrocedí cautelosamente para mirar hacia el fondo del pasadizo. Se había consumido la estopa sin hacer mella su ya extinguida llama en las municiones.

Fuí al campamento y estaba desierto; pero al mirar hacia la frontera colina vi a todos los individuos de la batería en temerosa expectación de la catástrofe, porque el oficial guarda del polvorín los había alarmado diciéndoles que iba a volar el fuerte.

Agité la gorra en el aire con ademán de que no había peligro y para corroborar la seña di vuelta hacia el fuerte. El capitán de la batería, despertado en su tienda por los insólitos rumores, salió

a ver qué sucedía y quedó mudo de asombro al verme tan desfigurado por el humo y las quemaduras de rostro y manos. Preguntóme por lo ocurrido y se lo referí puntualmente. Era hombre muy ordenancista, pero valeroso y justiciero; y aunque me reprendió por mi falta de precaución, tuvo en cuenta que no era yo el principal culpable, y considerando lo que yo había hecho para salvar el fuerte me perdonó, rebajándome de todo servicio hasta que el médico me diese de alta.

En cuanto al guarda del polvorín, no sé qué le diría el capitán cuando lo llamó a su tienda; pero lo cierto es que ya no volvió a entrar en el polvorín con luz de llama abierta.

⁂

Durante el sitio de Atlanta, hoy capital del Estado norteamericano de Georgia, una batería del ejército federal que cercaba la plaza, recibió orden de retirarse de la línea de fuego a causa de que los caballos estaban muy expuestos al blanco de los sitiados.

Al iniciar la retirada, una granada enemiga dió en un armón ocasionando el estallido de los proyectiles cuyos cascos volaron por los aires como un paquete de triquitraques.

En aquel momento, uno de los artilleros conductores del armón, a quien se tenía por cobarde, saltó serenamente al vehículo, roció con el agua de un cubo las granadas que aún no habían estallado, y una vez mojadas las estopas desapareció todo riesgo de estallido.

Procedió el artillero con la misma sangre fría con que hubiera regado las flores de un jardín, como si nada extraordinario sucediese.

Verdaderamente es la presencia de ánimo y serenidad en el peligro una de las circunstancias que han de concurrir en quien anhele tener éxito en la vida. Aunque en algunos es cualidad congénita, también es posible adquirirla por el convencimiento de que nuestro real ser, el alma divina, el yo superior, la verdadera individualidad es inmortal, sin que nada ni aun la misma muerte pueda prevalecer contra su inmortalidad.

⁂

Los de apocado ánimo y mente débil tienen muy vigoroso el instinto de conservación y se perturban y transtornan ante el peligro, mientras que los de mente superior y dueños de sí mismos obran en toda circunstancia con serena rectitud sin temor a la muerte, aunque tampoco con estéril menosprecio de su vida.

Al estallar la guerra de la independencia esta-

diunense era Isabel Zane una ingenua colegiala de Filadelfia. Un día del mes de Junio de 1777 estaba la muchacha con otras compañeras, inflamadas como ella de amor patriótico, ayudando a la guarnición del fuerte Henry, situado en donde hoy se asienta la ciudad de Wheeling, capital del condado de Ohio en la Virginia occidental.

Se ocupaban las jovencitas en hacer cartuchos, fundir balas y cargar fusiles. Cercaban los indios el fuerte, y al notar que amainaba el fuego, pues ya escaseaban las municiones, se envalentonaron, estrechando el cerco.

El hermano de Isabel recordó de pronto que en su casa, poco distante del fuerte, había un barril de pólvora, y así se lo dijo al coronel Sepherd, comandante de la fuerza, quien preguntó si alguien se prestaba voluntariamente a la temeraria empresa de ir en busca del olvidado barril, exponiéndose a los tiros de los salvajes.

Todos los soldados se ofrecieron sin vacilar, pero Isabel Zane recabó para sí el honor del peligro, declarando que su vida valía mucho menos que la del último soldado.

No sin repugnancia se le concedió el permiso y atravesó las filas enemigas entre la silenciosa admiración de los indios que la creyeron un espectro de ultratumba; pero cuando vieron que corriendo a escape volvía con el barrilito de pólvora, dispararon contra ella sin que por fortuna la tocaran.

El barrilito de pólvora fué la salvación del fuerte.

***

La víspera de una batalla contra las tropas inglesas en la guerra de la independencia de los Estados Unidos, destinaron a un joven voluntario al destacamento que alejado de la lucha había de tener cuenta de los bagajes; pero él solicitó que le permitieran tomar parte en la batalla con sus compañeros de voluntariado.

Un amigo le dijo:

—No seas tonto. Vamos a tener una pelea muy sangrienta y será mejor para ti que oigas el fragor de lejos.

Pero el joven repuso:

—Lo sé muy bien; pero prefiero seguir la suerte de mis compañeros.

Quedó gravemente herido en la batalla, muriendo a los pocos días. En su cuaderno de notas se le encontraron varias apuntaciones, entre ellas dos que decían:

"Seré valiente en los combates."

"Más todavía lo seré en resistir a la tentación del mal."

Declaraba el presidente Garfield en su juventud que le repugnaba cometer una acción ruín.

De todas las cualidades que contribuyen al éxito, una de las más importantes es el horror al vicio, la repugnancia al mal.

Comensales de un banquete de gala que se daba en la Casa Blanca eran buen número de políticos norteamericanos y extranjeros. Corría copiosamente el vino, y uno de los convidados ofreció una copa a Schuyler Colfax, vicepresidente de la república, quien rehusó el ofrecimiento.

—Colfax no se atreve a beber—exclamó un senador que estaba un tanto alumbradillo.

—Tiene usted razón—repuso serenamente Colfax—"no me atrevo".

El general Grant nunca fué sospechoso de cobardía en la hora del combate, y en las batallas de la vida tuvo siempre sobrado valor para decir que no a los halagos de la pasión.

Estando una vez en Houston, población de Texas, quisieron las fuerzas vivas de la ciudad obsequiarle con un banquete y al efecto proyectaron una lista de exquisitos manjares y selectos vinos.

Llegada la hora de escanciar, el camarero se apresuró a servir a Grant antes que a nadie, pero el general puso todos los vasos boca abajo sin decir palabra, dejando atónitos a los comensales, quienes

no pudieron menos de imitar a su ilustre huésped volviendo también boca abajo sus vasos y no se bebió ni una gota de vino en el banquete.

Muchos jóvenes se echan a perder y estropean su vida por falta de valor para dar un no rotundo a las tentaciones que los asaltan. Son débiles. No se atreven a desairar a quien los incita al incumplimiento de su deber o a la comisión de acciones inconfesables.

VIII. PUNTUALIDAD.

VIII. PUNTUALIDAD.



N viajero que se hospedaba en una posada de cierta población montesina de Nuevo Hampshire, por donde pasaba la vía férrea, le dijo al criado:

—Mañana he de marcharme en el tren de las cinco y quisiera que me despertase usted a las cinco menos veinte.

Pero recordando la mala costumbre que los porteros y serenos de posadas y hoteles tienen de despertar a golpe y porrazo a filo de media noche a quien se ha de levantar con el alba, añadió:

—Sólo necesito veinte minutos desde que usted me llame hasta que salga el tren. No me despierte antes ni después de las cinco menos veinte.

Tras todo un día de tren y una conferencia de hora y media dada aquella tarde en el teatro de la población, cuyo nombre era Chantanqua, no le vino cuesta arriba al viajero el descanso y sueño en la mullida cama del más cómodo aposento del hotel.

A primera hora de la mañana, sonaron golpes en la puerta del cuarto y una voz que decía: "¡Arriba!" El viajero respondió: "¡Ya va!" Y se levantó.

Asomóse a la ventana, viendo el firmamento todavía estrellado, pues era pleno invierno, y con-

gratulándose de que pocos minutos le bastarían para trasladarse de un cómodo aposento a un no menos cómodo vagón, preguntó al criado:

—¿Qué hora es?

—Aún tiene usted más de media hora de tiempo.

El viajero repuso sorprendido:

—Pero yo dije que se me llamara veinte minutos antes de la salida del tren.

—Es verdad; pero mejor que le sobre a usted tiempo.

—¿Y está usted seguro de que el tren sale a las cinco?

—Sí, señor. Siempre sale a la misma hora.

Pero por si acaso se equivocaba, tomó el criado la linterna, y acercándose al horario de trenes que de la frontera pared pendía, lo examinó cuidadosamente, y exclamó con desconcertada voz:

—Usted me perdone, caballero. Me equivoqué. El tren no sale a las cinco. A esta hora pasa por la estación de más arriba. De aquí no sale hasta las cinco y quince.

El viajero meditó en silencio y al cabo de un rato, repuso el criado:

—Lo mejor que podría usted hacer es marchar desde luego a la estación. Yo le acompañaré.

—¿Hay calefacción en la sala de espera?

—No creo que la haya a estas horas.

—Pues entonces más nos valdrá esperar aquí

hasta la hora justa de llegar el tren. Al menos estaremos abrigados.

—De todos modos, si vamos ahora mismo, tendremos la seguridad de no perder el tren.

Púsose el viajero el abrigo y siguió al criado hasta la estación que caía manzana y media más abajo del hotel, y allí estuvo el viajero paseándose a la intemperie por el andén más de veinte minutos.

La luz de la linterna del criado se fué debilitando poco a poco con amenaza de apagarse. El criado despabiló la mecha y la luz volvió a brillar durante menos de un minuto y apagóse del todo.

—Me parece que no tenía bastante aceite—dijo el criado.

El viajero, sin poder contenerse por más tiempo, replicó diciéndole que si hubiese mantenido despiertos sus cinco sentidos sin aturrullarse ni perder la presencia de ánimo, no le hubiese despertado cincuenta minutos antes de la hora, ni se equivocara en la de salida del tren ni tuviera desapercibida la linterna como las vírgenes locas tenían su lámpara al llegar el esposo, sino que, por el contrario, todo hubiera estado en su punto y hora con gran satisfacción y contento de los parroquianos.

Aquel pobre criado era digno de lástima por lo descuidado, perezoso, negligente e insincero. Sus

obras no correspondían a sus palabras. Nadie podía confiar en sus promesas. Era bastante afable, pero sin nervio ni medula en su afabilidad. No sabía ser fiel con los deberes al parecer insignificantes y las cosas mínimas. ¿Cómo había de prosperar con tan adversas cualidades?

⁂

María Livermore se comprometió una vez a dar una conferencia pública en Cincinati, y la víspera del día señalado encargó al dueño de una de las mejores cocheras de la ciudad, que a hora oportuna le mandase un coche para llevarla a la estación y tomar el tren de Cincinati.

—Descuide usted, señora. Nunca he faltado a mi palabra. Si no me muero, mañana a la hora en punto tendrá usted el coche a la puerta y yo mismo me encargo de llamarla.

El cochero no cumplió su palabra. Tal vez murió aquella misma noche, aunque las crónicas nada dicen sobre el particular.

Lo cierto es que al ver María Livermore que había perdido el tren, y sabedora al consultar el horario que pronto iba a pasar un tren de carga, corrió presurosa a la calle y saltando a un carro cargado de barriles vacíos de cerveza que por allí pasaba hacia la estación, llegó en el momento en que el jefe iba a dar la salida al tren de carga.

Quiso Livermore subir a uno de los vagones que iban llenos de ganado; pero el jefe la atajó diciendo:

—No puede usted subir a este tren, señora. Es de carga y sólo admite reses vivas y por únicos pasajeros a los que las conducen.

La señora replicó:

—Pues si yo no soy una res viva, es decir, un ser vivo, ¿quiere usted decirme lo que soy?

El jefe de la estación se rascó la cabeza, y después de reflexionar el breve momento que la perentoriedad del caso requería, pesó y facturó a Livermore como *si* hubiese sido una res viva.

Así pudo llegar a Cincinati con tiempo sobrado para dar puntualmente la conferencia, y el público aplaudió con frenético entusiasmo al oir de labios de la oradora lo que había tenido que hacer para cumplir su palabra.

⁂

Los trenes y los buques han escarmentado muchas veces a los perezosos y descuidados y han sido admirables estimulantes de la diligencia. Sea quien sea el rezagado, salen y zarpan con matemática puntualidad a la hora señalada. En las estaciones de las ciudades populosas se arremolina la gente y va de un lado a otro presurosa haciendo los últi-

mos preparativos de viaje, porque saben que a nadie espera el tren.

El maquinista ha de conocer el valor del tiempo segundo por segundo y llegar a cada estación a la hora exacta señalada en el itinerario, pues sólo se toleran los retrasos cuando están justificados por accidentes de fuerza mayor. Un maquinista que guiara el tren por conjetura del tiempo, sin cronómetro que le orientase, se expondría a tremendos choques en que perdiesen la vida los viajeros.

Las tiendas, talleres, bancos, almacenes, escuelas, todo establecimiento perfectamente ordenado, abre sus puertas a la exacta hora señalada en su respectivo cuadro de distribución del tiempo y del trabajo.

Uno de los puntos más importantes de la educación integral de la infancia es enseñar a los educandos el valor del tiempo.

En cuanto al éxito en los negocios, a todo el que en ellos se inicia le conviene poseer un reloj de buena marcha, ajustando a su horario la conducta diaria de la vida y aprovechando útilmente cada momento.

Jorge Graham, uno de los mecánicos más hábiles que registra la historia de la industria humana, sobresalió durante toda la primera mitad del siglo XVIII en la construcción de instrumentos de astronomía y matemáticas de admirable precisión.

De sus manos salieron el mural que utilizó Halley en las observaciones que le condujeron al descubrimiento y cálculo del cometa de su nombre; el sector de que se sirvió Bradley para estudiar las estrellas llamadas fijas, aunque no tienen tal fijeza; y el famoso planetario *Orrery*, así denominado por haberlo construído para el conde de este título, Carlos Boyle, hijo del sabio físico, químico y filósofo Roberto Boyle, discípulo del canciller Bacon.

Una vez se presentó en el taller de Graham, que acababa de inventar el *escape de cilindro*, un caballero quien después de comprarle un reloj, le preguntó que por cuanto tiempo aseguraba su buena marcha.

Respondióle Graham:

—Con mis propias manos he construído, ajustado y regulado este reloj. Puede usted llevarlo consigo por donde le plazca. Si de aquí a siete años vuelve usted y me dice que el reloj ha variado cinco minutos de marcha, le devolveré a usted el dinero.

Al cabo de siete años el caballero, que regresaba de la India, se presentó en el taller de Graham, diciendo:

—Aquí estoy de vuelta, para devolverle el reloj.

—Ya recuerdo las condiciones que estipulamos. Déjeme usted ver el reloj. ¡Vaya! ¿De qué se queja usted?

—Pues de que lo llevé encima durante siete años

sin dejar que se parase y ha variado la marcha en algo más de cinco minutos.

—En tal caso le devolveré a usted el dinero y devuélvame usted el reloj.

—De ningún modo. Lo dije de broma, pues ni por diez veces más de lo que me costó me desharía yo de este reloj.

—Pero el trato es trato, y como en siete años ha variado cinco minutos, me quedo con el reloj y ahí tiene usted sus monedas.

Forzoso le fué al caballero cumplir el trato, y Graham utilizó aquel reloj como regulador.

Coetáneo y émulo de Graham, aunque veintitrés años más joven, fué Juan Harrison, nacido en el pueblo de Foulby, condado inglés de York, en 1693. Era hijo de un carpintero, y desde niño mostró felicísimas disposiciones, por su maña y destreza, para la mecánica de precisión. A los treinta y tres años de edad, ya en plena hombría, inventó un péndulo de compensación, construído con metales de diverso coeficiente de dilatabilidad, calculados de modo que se compensaban recíprocamente. En 1735 construyó un cronómetro marino cuya marcha no alteraban las oscilaciones del buque; y en 1761 la Real Sociedad de Londres le concedió un premio de 20,000 esterlinas por la construcción de otro reloj que servía para calcular las longitudes durante la navegación.

Juan Quincy Adams, hijo del segundo presidente de los Estados Unidos y en 1825 sexto presidente de esta nación, era hombre que siempre acudía con astronómica puntualidad a sus obligaciones.

Después de haber representado diplomáticamente a su país en El Haya, Londres, Lisboa y Berlín, fué elegido senador por el Estado de Massachusetts, cargo que acabó por renunciar a causa de discrepancias de criterio con su partido. En 1809, el presidente Madison le nombró ministro en San Petersburgo, y en 1817 Monroe le confió la cartera de Estado, en cuyo desempeño estableció la famosa teoría de la no intervención de los Estados Unidos en Europa ni de Europa en América que erróneamente se atribuye a Monroe.

En el ejercicio de la primera magistratura no fué Quincy Adams muy afortunado y al terminar el mandato se retiró disgustado, pobre y afligido a su pueblo natal, de donde le sacó en 1830 el partido republicano para llevarlo a la Cámara de Representantes.

Ocupaba con tan admirable puntualidad su escaño, que el presidente no había de consultar el reloj para abrir la sesión, porque la entrada de Adams en el salón equivalía al toque del reloj.

Sucedió una tarde que como el reloj de la Cámara señalara las tres y media en punto, un dipu-

tado le dijo en tono de confianza al presidente que ya era hora de abrir la sesión.

Pero el presidente respondió:

—Todavía no es hora porque el señor Adams no está en su escaño.

Al cabo de tres minutos entró Adams en el salón y pudo comprobarse que el reloj de la Cámara adelantaba tres minutos.

Hasta en la muerte tuvo Quincy Adams la virtud de la puntualidad, pues murió de súbito en el despacho del presidente de la Cámara el 23 de Febrero de 1848.

Jorge Washington, el fundador y primer presidente de la república estadiunense, tenía un secretario particular que todos los días llegaba tarde a la secretaría. Cansado Washington de la falta de puntualidad, le dijo al cabo de unos días.

—¿Cómo es que siempre llega usted tarde?

—Perdóneme el señor presidente; pero es que atrasa mi reloj.

—Pues entonces cómprese usted otro reloj o me veré en la necesidad de tomar otro secretario.

Horacio Nelson, el famoso almirante inglés para quien las velas de Trafalgar fueron manto de gloria y sudario de muerte, fué también de tan compleja psicología, que en su conducta se entrecruzan las virtudes heroicas con los vicios abyectos.

Entre sus buenas cualidades sobresalía la de

conocer el valor del tiempo y acudir puntualmente a donde sus deberes de marino le llamaban, y así logró sorprender y aniquilar en Abukir la flota francesa que Napoleón había mandado a Egipto.

Atribuía Nelson sus éxitos a que siempre estaba a punto para todo y nadie hubo de molestarse esperándolo. En los combates atacaba al enemigo antes de que tuviera tiempo de prevenirse.

*
**

Una de las ventajas de los internados escolares, entre sus no pocos inconvenientes, es que el toque de campana infunde hábitos de exactitud y diligencia en los menesteres de la vida.

Francisco Bowen, profesor de Religión natural en la universidad de Harvard y editor de la *North American Review*, dice sobre el particular:

"En mucha estima tengo al joven puntual en todos los actos de su vida. Muy luego podemos confiar en él y encargarle asuntos cada vez más importantes. El joven que contrae el hábito de la puntualidad contribuye con ello a la acumulación del capital que en años ulteriores le asegure el éxito."

Ingram, el director y propietario de la revista *London Illustrated News*, anduvo en cierta ocasión 16 kilómetros para entregar personalmente

un ejemplar, de modo que no se disgustase el subscriptor; y esto mismo hacía frecuentemente en los primeros tiempos de la publicación, cuando él mismo era propietario, director, redactor y repartidor.

Otra vez se levantó a las dos de la madrugada y se fué a Londres en busca de unos periódicos que necesitaba indispensablemente y no habían llegado por correo. Se propuso que los subscriptores tuviesen plena confianza en él. Cuando prometía hacer una cosa tal día y a tal hora, nunca faltaba a su promesa. Todos confiaban en él porque tenían la seguridad de que cumpliría con las obligaciones libremente contraídas.

Juan Stuart Blackie, catedrático de lengua griega en la universidad de Edimburgo desde 1852 a 1882 y autor de *Homero y la Iliada,* dice así:

"Nada pone a un joven en mayor aprecio y confianza de sus jefes que la exactitud y puntualidad en el cumplimiento de las obligaciones de su empleo. Y no es extraño que así sea, porque de la exactitud y puntualidad de cada empleado depende la buena marcha del negocio. Si el reloj está desconcertado nadie sabrá qué hora es durante el día; y si vuestra labor es un eslabón ligado a la de otro empleado, habéis de ser el reloj de este otro quien debe confiar en vosotros."

IX. DECISIÓN.

IX. DECISIÓN.



UENTA la leyenda que un poderoso genio prometió a una hermosa doncella un don de inestimable valía si atravesando un trigal sin volverse atrás ni ladearse a derecha o izquierda, arrancaba la más granada y madura espiga. El valor del don sería proporcional al tamaño y perfección de la espiga.

Pasaba la doncella trigal atraviesa y veía magníficas espigas, pero era tanto su anhelo de arrancar la más granada y hermosa, que llegó a mitad del campo sin coger ninguna, viendo entonces que cada vez eran más pequeñas y desmedradas, hasta el punto de que no se atrevió a cortarlas de su tallo y salióse del trigal con las manos vacías, pues no le era posible volverse atrás.

Dice Guillermo Wirt:

"Quien vacila en cuál de dos cosas hará primero, dejará ambas sin hacer. Quien se resuelve a una cosa, pero cambia de resolución a la primera advertencia o reparo que le opone cualquier amigo, que mariposea de opinión en opinión y de proyecto en proyecto y gira como una veleta a cada mudanza de viento, nunca llevará a cabo nada de provecho."

Conocemos a muchos jóvenes que carecen de timón para gobernar la nave de su vida. Sin guía ni propósito ni norma ni ideal ni carácter van diariamente a la deriva sin dirección ni plan. Como juguete de las circunstancias pasan la vida sin ninguno de aquellos firmes propósitos que solidarizan las facultades de la mente y del espíritu.

De poco sirve una caja de herramientas sin oficio en que emplearlas, y un conjunto de facultades ociosas no es más que una caja de herramientas sin artesano que las convierta en útiles. La persona sin definida aspiración no puede ser útil a la sociedad ni dichosa en su vida individual. Es cual tamo zarandeado por el viento.

Como dice Séneca, el hombre más valioso es el que elige acertadamente su labor con la firmísima resolución de cumplirla.

Pero el vacilante, por mucha que sea su valía en otros aspectos, queda siempre vencido en las batallas de la vida por el determinado, resuelto y decisivo que sabe lo que le conviene hacer y lo hace.

Refiere la historia entreverada de leyenda, que Breno, general de los galos, venció a los romanos en la batalla del Allia y se apoderó de Roma, menos del Capitolio, donde se había fortificado la guarnición. Viendo que el sitio iba para largo, envió un parlamentario a los sitiados diciéndoles

que levantaría el cerco, alejándose del Lacio, con tal de que le diesen en el acto mil libras de oro.

Consintieron los sitiados, y cuando llevaron al campamento de los galos el oro para pesarlo, se valió Breno de pesas falsas en la balanza. Como los romanos se quejaran de la artimaña, Breno arrojó su espada en el platillo de las pesas exclamando: *¡Væ victis!* ¡Ay! de los vencidos.

Pero los romanos no eran gente que así como así diesen su brazo a torcer, y aunque de momento hubieron de aguantar la altanería del general galo, se acordaron en tan duro trance de Marco Furio Camilo, que siete años antes había triunfado de los volsgos y de los faliscos.

Era Camilo hombre de recia voluntad y ánimo resuelto, que no variaba de propósito una vez tomado con madura reflexión. Durante la guerra contra los faliscos, un maestro de escuela de esta nación vino a ofrecerle la entrega en esclavitud de todos sus alumnos; pero indignado Camilo de tamaña perfidia, mandó desnudar al traidor y que los discípulos lo empujaran hacia su país a vergajazos como bestia de carga. Conmovidos los faliscos de tan noble acción, se sometieron a Roma.

Pues a este hombre nombró el Senado romano dictador con la esperanza de que los librara de los galos, y aún no habían acabado los parlamentarios de pesar el oro, cuando llega Camilo y arro-

jando su espada en el platillo del oro, declaró que los romanos comprarían la paz a filo de espada.

Este acto de noble decisión reanimó el decaído espíritu del Lacio, y Camilo expulsó a los galos de Italia.

En circunstancias críticas, la llegada de un hombre resuelto y de positiva acción cambia el aspecto de las cosas. Un hombre así aparece en escena como refrigerante brisa que desciende de la cumbre de la montaña. Es un tónico para las vacilantes y extraviadas muchedumbres.

Felipe Enrique Sheridan era hombre de rápida y certera decisión. Nacido en Albany, capital del Estado de Nueva York, el 6 de Marzo de 1831, pocos días después de haber inmigrado sus padres procedentes de Irlanda, cursó la primera enseñanza en una escuela de Ohío a donde su familia se había trasladado. Durante algún tiempo fué dependiente de comercio, pero en Julio de 1848 ingresó en la Academia militar de West Point, y al terminar los estudios fué destinado con el empleo de subteniente al regimiento de infantería n.° 3.

Fué ascendiendo por antigüedad, y en Mayo de 1862 era ya coronel de un regimiento de caballería y a poco lo promovieron a brigadier, no tardando en ascender a general de división con el mando de una de las del ejército de Ohío. Asistió a las batallas de Perryville y Stone River, en la que su

división perdió 1,600 hombres, valiéndole su brillante comportamiento el ascenso a teniente general.

A las órdenes de Grant hizo toda la campaña subsiguiente a la toma de Chatanooga, y en Abril de 1864 se le confirió el mando de toda la caballería del ejército de Potomac, atacando con impetuosa carga las líneas de comunicación del ejército separatista con Richmond.

Grant le dió el mando del ejército de Shenandoah con encargo de rechazar a los separatistas más allá del valle de dicho nombre y cerrarles las puertas de Pensilvania y Maryland.

En Septiembre de 1864 invirtió con su pronta decisión la derrota en victoria. Había atacado al ejército separatista del general Early, rechazándolo muchas millas más allá de Winchester con pérdida de 5,000 prisioneros y cinco piezas de artillería.

Early se replegó a las colinas de Fisher, pero Sheridán lo desalojó de aquellas posiciones persiguiéndolo hasta Harrisonburg y Staunton.

Pero el ejército de Early, poderosamente reforzado con el de Lee, volvió a presentarse de improviso en el valle de Shenandoah el 19 de Octubre de 1864, y a favor de una espesa niebla en noche tenebrosa, sorprendió al ejército unionista que azorado ante la inopinada acometida empezó a retroceder en desorden.

Sheridán estaba a la sazón en Winchester, a

veinte *millas* de distancia del teatro de la lucha; pero al oir el estampido del cañón comprendió lo que ocurría, y espoleando al caballo partió a escape al campo de batalla donde llegó a las diez de la mañana en el momento en que se iniciaba la retirada.

Agitando el sombrero en el aire gritó a las tropas con estentórea voz:

—¡Alto! ¡Vuelta entera, muchachos! ¡Seguidme!

La inesperada aparición de su general reanimó el espíritu de las tropas que henchidas de entusiasmo hicieron frente al enemigo convirtiendo en espléndida victoria la que estaba a punto de ser espantosa derrota. Por esta hazaña fué ascendido al empleo inmediato, el Congreso le diö un voto de gracias, y el ejército de Grant disparö una salva de cien cañonazos en celebración de la victoria y en honor del general cuya resolución había ganado la batalla.

Dichoso el de ánimo superior a toda duda y vacilación; que desprecia comodidades y placeres y se ríe de los obstáculos y siente en sí las enérgicas vibraciones del querer y del obrar; que cree en su buena estrella y tiene sublime confianza en realizar su propósito.

***

Todo hombre es en las batallas de la vida un soldado que ha de luchar con el arma de la voluntad contra enemigos morales o materiales.

Cuantos se alzaron sobre el nivel vulgar se distinguieron por su enérgica voluntad.

De Julio César dice un contemporáneo que por su actividad y gigante determinación más bien que por sus talentos militares conquistó las Galias.

La verdadera diferencia entre los hombres es la energía de carácter, firmeza de voluntad y resuelta determinación aliada con el certero juicio.

***

David Livingstone, el Colón africano, nació en Blantyre, población del condado escocés de Lanark, el 19 de Marzo de 1813, de padres humildes y de ejemplarísimo carácter. A los diez años entró a trabajar en una fábrica de tejidos de algodón, donde estuvo haciendo vida de operario hasta los veinticuatro años.

Avido de conocimiento, leía todo cuanto a sus manos llegaba, y al terminar el trabajo diario que en aquella época era en las fábricas de catorce horas de jornada, asistía por las noches a una academia para aprender latín, al que se había aficionado.

En Livingstone vemos un vivo ejemplo de que

a veces la lectura de un libro, la escucha de una conferencia, los consejos de un alma superior, cambian por completo el rumbo de una vida.

La lectura de *El Filósofo cristiano* y *Filosofía de un futuro Estado*, de Tomás Dick, autor a la sazón muy famoso, causó tan profunda impresión en su ánimo, que despertóle el ardiente deseo de consagrar su vida al servicio misionero para predicar entre paganos la doctrina de Cristo.

Una vez aceptado como aspirante por la Sociedad Misionera de Londres, trasladóse a esta capital para cursar los estudios de medicina y otras ciencias que en elemental conocimiento eran indispensables para ser buen misionero.

Terminada la preparación manifestó deseos de que lo destinaran a China, pero no lo pudo ver satisfecho por haber estallado la guerra entre los imperios celeste y británico.

Estaba a la sazón en Londres el misionero Roberto Moffart, que había permanecido veintitrés años en el Sur de Africa y andaba reclutando misioneros para volver con ellos a evangelizar a los indígenas de Bechuanalandia.

Alistóse Livingstone en la expedición misionera y llegó a Kuruman, Misión central de Moffat, el 31 de Julio de 1841. Durante varios años recorrió el país, deteniéndose principalmente en los poblados del riñón del paganismo, logrando convertir

al indígena Sechelé, cacique de la tribu de los bacuainos.

En vista de que los boeres del Transval no le consintieron establecer en este país misioneros indígenas, encaminóse hacia el norte y descubrió el lago Negami, en una comarca de muy densa población y regada por caudalosos ríos.

Alentado por este descubrimiento, exploró toda aquella región hacia occidente, hasta llegar a San Pablo de Loanda, y hacia oriente, hasta Quilimane.

Sin embargo, la Sociedad Misionera de Londres no quería que se dedicara a trabajos de exploración geográfica, por lo que Livingstone regresó a Inglaterra para dimitir el cargo de misionero.

Como quiera que ya había cundido la noticia de sus descubrimientos, lo recibieron en palmas las universidades, corporaciones científicas y consejos municipales.

Durante los quince meses de su permanencia en Londres con su esposa e hijos, escribió la obra: *Viajes misioneros*, que tuvo favorabilísima acogida, visitó la universidad de Cambridge despertando el entusiasmo de los estudiantes, y fué nombrado por el Gobierno inglés jefe de una expedición destinada a explorar la cuenca del río Zambesi y las comarcas adyacentes.

En esta expedición, que comenzó el 10 de Marzo de 1858, descubrió Livingstone los lagos Shirwa

y Nyassa; pero tuvo la desgracia de ver morir a varios de sus compañeros de expedición, entre ellos a su propia esposa, con la agravante de que los portugueses se aprovechaban de sus descubrimientos para extender el abominable tráfico de esclavos, y aunque apenado por tan dolorosos contratiempos, exploró la margen septentrional del lago Nyassa y en un buque construído bajo su dirección cruzó el oceano Indico hasta Bombay, en donde embarcó para Londres, llegando a esta capital el 23 de Julio de 1864.

La Real Sociedad Geográfica le propuso que volviese al continente negro para dilucidar la tan controvertida cuestión de las vertientes del Africa Central y de las fuentes del Nilo. Respondió Livingstone que iría con el exclusivo carácter de misionero, aunque dispuesto a contribuir a la solución de aquel problema geográfico.

En Agosto de 1865 embarcóse con rumbo a Bombay y Zanzibar, saliendo de este último punto el 19 de Marzo de 1866 con objeto de elegir lugar a propósito para establecer el centro misionero y después dirigirse hacia occidente a fin de solucionar el problema geográfico, descubriendo tras indecibles penalidades los lagos Meolo y Bangveolo, y más adelante el río Congo.

Entretanto hacía tres años que nada se sabía en Inglaterra del paradero del intrépido misionero

y explorador, sospechándolo perdido o acaso muerto a manos de alguna tribu antropófaga. La prensa de todos los países emprendió una campaña en favor del alistamiento de una expedición que fuese en busca de Livingstone.

Por entonces se hallaba en París Jaime Gordon Bennett, propietario del periódico *El Heraldo de Nueva York,* quien movido de nunca bastante bien alabado impulso de noble generosidad, envió a su corresponsal en Madrid, Juan Rowlands, un telegrama en que le decía:

"Póngase inmediatamente en camino para París. Asunto urgentísimo."

No tardó una hora Rowlands en estar dispuesto para emprender el viaje, y al llegar a París, aunque ya era más de media noche, fué a casa de Gordon Bennett para despertarlo y decirle que estaba pronto a obedecer cuanto se le mandase.

Gordon Bennett le preguntó:

—¿En dónde le parece a usted que debe de estar Livingstone?

—Verdaderamente no tengo de ello la menor idea.

—Pues bien; a mí me parece que vive, pero que sin duda necesita auxilio, y así he decidido que vaya usted en su busca. Tome usted lo que le parezca para usted y para él. No perdone gastos; pero encuéntreme usted a Livingstone. Por de

pronto ahí tiene usted un talón de mil esterlinas sin perjuicio de que pida usted cuanto guste; pero encuéntreme usted a Livingstone.

Juan Rowlands, el joven a quien en aquel momento se le encomendaba una de las más hazañosas empresas que registra la historia, quedó huérfano a los siete años de edad y fué recogido en un hospicio. A los catorce años se marchó a América sirviendo de paje de escoba en un buque, y entró en el almacén de un comerciante llamado Stanley, quien lo adoptó como si fuese su propio hijo; pero muerto sin testar, quedóse Rowlands (cuyo nombre y apellido cambió por los de Enrique Stanley) sin ocupación y se alistó entonces en el ejército de los confederados o separatistas durante la guerra civil, cayendo prisionero en una de las batallas. Lograda la libertad por trueque de prisioneros, se dedicó al periodismo, y fué nombrado corresponsal del *Heraldo de Nueva York* cuando la campaña de los ingleses en Abisinia, que terminó con la toma de Magdala por el general Napier en 1868, siendo el primer periodista que comunicó a Inglaterra tan importante noticia por conducto del *Heraldo de Nueva York*.

Después fué destinado a Madrid, donde recibió el telegrama ya mencionado; pero antes de acometer la difícil empresa y a fin de asegurar el éxito, preparóse a ella asistiendo en Egipto a la inauguración del canal de Suez y recorriendo después Palestina, Turquía, el sur de Rusia y Persia, a manera de adiestramiento de exploración, llegando a Bombay en Agosto de 1870 y a Zanzibar en Enero de 1871.

A fines de Marzo de este mismo año emprendió la primera expedición hacia el riñón del continente negro, e increíbles por lo novelescas parecen las dificultades que tuvo que vencer, los contratiempos que sufrir y los obstáculos que superar; pero desplegó tan superiores cualidades de energía, perseverancia y dominio de sí mismo, que avasallando moralmente a los indígenas abrióse paso por el entonces áspero camino de Tanganyka hasta llegar a Ujiji, donde encontró vivo y sano a Livingstone. Había logrado su propósito.

En una hoja de su dietario escribió Stanley durante aquel viaje de exploración, las siguientes palabras, sincera expresión del estado de su ánimo:

"Ninguna fuerza humana sería capaz de detenerme en mi camino. Ni siquiera la muerte. No moriré porque no quiero ni puedo morir. Algo en mi interior me dice que he de encontrar a Livingstone."

El encuentro de ambos héroes fué intenso en emoción y sobrio de palabras:

—Doy gracias a Dios, doctor, de que me haya permitido encontraros.

—Y yo le agradezco que me haya conservado la vida para bien recibiros.

Mas a pesar de aquella vida de indecibles penalidades y sufrimientos, manifestó Livingstone, después de cuatro meses de convivencia con Stanley, que quería permanecer en Africa para continuar su obra.

El 13 de Marzo de 1872, Stanley se despidió del insigne explorador dejándole provisiones y menesteres para cuatro años, con promesa de ulteriores auxilios. Al cabo de dos meses estaba en Zanzibar de donde emprendió la vuelta de Inglaterra, y al llegar fué recibido con vivo entusiasmo por las corporaciones sabias, concediéndole una medalla de honor la Real Sociedad Geográfica.

Escribió Stanley un libro titulado: *Cómo encontré a Livingstone*, que tuvo enorme éxito de librería, y durante la campaña de los achantis acompañó al ejército de sir Garnet Wolseley como corresponsal del *Heraldo de Nueva York*.

Al regresar a Londres enteróse de la muerte de Livingstone acaecida el 1.° de Mayo de 1873 en el poblado de Chitambo. Sus servidores lo encontraron muerto, arrodillado junto a su lecho, y embalsamando el cadáver lo mejor que pudieron lo transladaron con graves riesgos a la costa para embarcarlo en un crucero británico que lo condujo a Londres y fué sepultado en la abadía de West-

minter el 18 de Abril de 1874. Stanley fué uno de los portantes del féretro.

La muerte de Livingstone despertó en Stanley vivos deseos de proseguir su obra, y costeada por el *New York Herald* y el *Daily Telegraph* se organizó una expedición al mando de Stanley que descubrió la fuente del Congo.

⁂

Dice el obispo anglicano Vincent:

"Si me volviera a los años de mi niñez no me apartaría de la temprana disciplina basada en el capital principio de que la ***fuerza de voluntad es la clave del carácter***.

Reconozco que la fe en Dios es el fundamento del éxito en la vida, y por lo mismo dijo el rey sabio que el temor de Dios es el principio de la sabiduría, pero ha de ser un temor respetuoso, del hijo al padre y no el siniestro temor del esclavo al cómitre.

Ha de ser el temor amoroso, santo y reverente hacia el Padre común de todos los hombres, tierno como una madre y aborrecedor del egoísmo, la falsía y la ruindad.

Si me volviese niño, le suplicaría a mi maestro que me encargara tareas de responsabilidad y me enseñase que Dios proporciona el material y esta-

blece las condiciones, pero que cada cual ha de construir con dicho material y en tales condiciones la delicadísima obra de su carácter.

Quisiera que mi maestro me enseñase que no soy un pedazo de barro, sino una individualidad, una potencia, un creador, y que obra mía será lo que en último resultado haya yo de ser.

Buena instrucción puede adquirirse de padres y maestros; pero la mejor escuela será aquella en que se le enseñe al niño a obrar en la vida con arreglo al lema: *debo, quiero y puedo.*"

Verdaderamente nadie puede considerarse derrotado hasta que él mismo se rinde. Quien vacila o rehuye su labor con frívolos pretextos está en seguro camino de definitivo fracaso.

Así conviene considerar nuestro cotidiano trabajo como una cosa que no es posible eludir, y muy luego lo llevaremos a cabo con entusiasmo y celo.

Dice Goethe que quien tiene firme voluntad modela el mundo a su albedrío; y añade Víctor Hugo que la mayoría de las gentes no están faltas de fuerzas, sino de voluntad.

⁂

Un conspicuo escritor inglés dice que si un muchacho, por pobre que sea, tiene claro entendimiento y cabal salud, puede llegar si se lo propone a ser primer ministro.

Esta afirmación es demasiado atrevida y ha de acogerse con desconfianza, porque suponiendo que cien o mil muchachos ingleses entren en los caminos de la vida con la misma determinación, no es posible asegurar que uno siquiera de ellos la logre por mucho que se esfuerce.

Otros autores norteamericanos que han escrito libros y artículos sobre el secreto del éxito, afirman análogamente que el muchacho más pobre de los Estados Unidos puede llegar a la presidencia de la república si tenaz y perseverante en lograrlo se esfuerza.

Pero gran número de presidentes de los Estados Unidos fueron elegidos como terceros en discordia, es decir, que no teniendo los dos candidatos en lucha fuerzas suficientes para el triunfo, convinieron en votar a un neutral en la contienda, como sucedió en Francia cuando la elección de Sadi Carnot. Eran completamente desconocidos o de escasa nombradía, como aquellos caballos por quien nadie apuesta creyéndolos incapaces de ganar la carrera que sin embargo ganan con asombro de inteligentes y aficionados. La elección de tales candidatos de última hora fué una sorpresa para ellos y para el país.

De los candidatos que no lograron ganar la elec-

ción, todos tenían firme voluntad y estaban resueltos a llegar a la presidencia, pero jamás lo consiguieron, a pesar de que algunos reunían mucho más excelentes prendas personales que el candidato triunfante.

Un hábil mecánico podrá tal vez abandonar su oficio por el estudio de la jurisprudencia para la cual no tiene la menor aptitud. Acaso haya tomado esta determinación por haber oído a un atolondrado conferenciante decir sin ton ni son que donde hay voluntad siempre hay un camino abierto, que el trabajo todo lo vence, que nada le es imposible al que de veras quiere, que cada cual es capaz de hacer aquello que cree que puede hacer, y otros tópicos por el estilo que si bien son verdades innegables están condicionadas por circunstancias de lugar y tiempo.

Basta el sentido común para comprender que no siempre se le abre camino a la firme voluntad ni todo se logra con el trabajo, que hay cosas imposibles por mucha que sea la intensidad del querer; que la naturaleza humana tiene limitaciones que ni la voluntad ni la diligencia son poderosas a vencer, y que no por mucho mirar fijamente al sol se convierte en águila la corneja.

Las circunstancias de lugar y tiempo, vulgarmente llamadas ocasiones, son tan necesarias como la fuerza de voluntad, sin que por esto haya de

ser el joven un *hombre de ocasión*, como chabacanamente dice un petulante detractor que se figura tener aposentada la verdad absoluta en su mollera.

Si Napoleón hubiese nacido en los Estados Unidos, Grant en Inglaterra, Lincoln en el Canadá y Garfield en la Argentina, no transpusiera su nombradía los límites de la nativa comarca.

Lo cierto es que si un joven dotado de recia voluntad, se esfuerza perseverantemente en lograr lo que por naturaleza o condición no esté fuera de su alcance, acabará por lograrlo con el tiempo.

Lo mejor que un joven puede hacer en este mundo es sacar el mejor partido posible de sus cualidades, dotes y facultades. En esto y en nada más consiste el éxito. No es cuestión de lo que otros hayan hecho o puedan hacer, sino que cada joven debe preguntarse: "¿Qué puedo hacer? ¿qué sé hacer? ¿Cómo me convertiré en hombre de provecho? ¿Cómo mejorar de posición y de suerte?

X. LABOR CUMPLIDA.

X. LABOR CUMPLIDA.



ESCUCHEMOS lo que de sí nos cuenta un opulento comerciante:

"Tenía yo cosa de diez y seis años, cuando obligado por las circunstancias a ganarme la vida sin ayuda ajena, me presenté en un almacén preguntando si necesitaban un dependiente.

Me respondieron bruscamente que no; pero sin amilanarme por la negativa, volví al día siguiente vestido con mis ropas viejas y pregunté si hacía falta un portero. Segunda negativa.

Entonces exclamé: ¿Tampoco necesitan un operario? Trabajaré por sea cual sea el jornal. Quiero ocuparme en algo útil.

Esta última frase llamó la atención del encargado del almacén y me admitió como operario con destino a la guarda y cuidado del subterráneo en donde estaban las mercancías de repuesto.

Logré ahorrar en cosas que hasta entonces se habían desperdiciado, mucho más de lo que importaba mi exiguo salario, y no consentí que nadie cometiese los hurtos y raterías a que estaban acostumbrados los dependientes.

Si era preciso levantarme a las tres de la madrugada, me levantaba sin chistar, para llevar los

bultos de mercancías al embarcadero. Por la noche, no me marchaba del almacén hasta dejarlo todo en orden, y así llegué a ser *indispensable* para mis jefes. Pasaron los años, fuí ascendiendo de empleo y categoría hasta que retirados los dueños del negocio me confiaron la gerencia de la casa."

Si un joven da pruebas concluyentes de su valía no le faltarán medios de ascender y prosperar.

***

El famoso banquero Esteban Girard, establecido en Filadelfia, encontró cierto día en la calle a un sujeto llamado Juan Smith, que en otra ocasión había trabajado a sus órdenes.

—¿No podría usted favorecerme, señor Girard, dándome algún trabajo?

—¿Favorecerle? ¿Trabajo? ¿Quiere usted trabajar?

—Sí, señor. Hace ya mucho tiempo que estoy desocupado.

—Pues bien; voy a darle trabajo. ¿Ve usted aquellas piedras de allá?

—Sí, señor.

—Trasládelas usted hasta el patio de mi casa, y cuando termine venga a verme al despacho.

Smith hizo como se le mandaba, y concluída que hubo su tarea, se presentó al señor Girard en demanda de otra ocupación.

—¿Quiere usted más trabajo?—preguntó el banquero.—Muy bien. Cargue usted con las mismas piedras y vuélvalas a poner donde estaban. ¿Entendido?

Cumplió Smith con la carga y el encargo, y después se presentó de nuevo al señor Girard para que le pagara su trabajo.

—¿Ya concluyó usted?

—Sí, señor.

—Perfectamente. ¿Cuánto le debo?

—Un dólar, señor.

—No es mucho. Veo que no abusa usted. Ahí tiene su dólar.

—¿Me necesita usted para algo más?

—Vuelva usted mañana por la mañana temprano. Le daré a usted más trabajo.

Smith fué puntual, y durante todo el día no hizo más, según se le mandaba, que llevar y traer las piedras de un sitio a otro, como el día anterior.

Al presentarse por la noche a cobrar el jornal, le dijo el banquero.

—¡Ah! señor Smith. Usted ha de ser mi hombre, porque hace usted lo que se le manda sin poner reparos ni meterse a preguntar lo que no le importa por mucho que le choque. ¿Tiene usted pequeñuelos?

—Sí, señor. Tengo cinco.

—¿Cinco? Muy bien. Me gusta el número, y

también estoy satisfecho de usted, porque es fiel en el trabajo y pone sus cinco sentidos en lo que hace. Ahora quiero yo hacer algo por sus pequeñuelos. Tome usted estos cinco billetes de cinco dólares para sus cinco chiquillos. De mañana en adelante, usted trabajará para ellos y no tendrán necesidad de otros cinco.

Al cabo de algunos años era Smith uno de los más ricos y acreditados comerciantes de Filadelfia.

El banquero Girard tenía gran empeño en que cuantos trabajaran a sus órdenes hiciesen prontamente y sin replicar lo que les mandaba, y así tuvo en Smith un excelente colaborador.

⁂

Son los cuáqueros una secta cristiana que cuenta hoy día con unos 120,000 adherentes entre Inglaterra y los Estados Unidos, sin que apenas se note su existencia en los países de habla no inglesa.

La fundó en 1647 un zapatero de Leicester, llamado Jorge Fox; y su auténtica denominación es la de *Sociedad cristiana de los amigos*, pues el nombre de cuáqueros es un apodo que les dió la gente, derivado de la palabra inglesa *quaker* que significa *temblón*, porque en sus reuniones predicaba el que se creía inspirado por el Espíritu Santo, cuya inspiración denotaba por violentos temblores de todo el cuerpo.

Los principales apóstoles de la nueva secta fueron Roberto Barclay, Samuel Fisher y el famoso Guillermo Penn, uno de los primeros colonizadores del territorio que hoy abarca el Estado de Pensilvania, que etimológicamente significa *selva de Penn*.

Después de sufrir encarnizadas persecuciones que no lograron quebrantar su fe, obtuvieron en 1689 la libre manifestación y práctica de sus doctrinas que en su aspecto teológico no admiten los sacramentos ni el culto externo ni la jerarquía eclesiástica, y en cuanto a la conducta no prestan jamás juramento ni siquiera ante los tribunales, ni toman parte en la guerra y condenan los espectáculos públicos, los juegos de azar, las canciones y la caza, llevando el puritanismo a la más extremada exageración.

Visten todos de la misma manera. Los hombres llevan un traje de color obscuro sin botones y un sombrero de anchas alas. Las mujeres, falda también obscura, delantal verde y mantilla negra.

No usan fórmulas de cortesanía urbana, tutean a todo el mundo incluso a los magistrados, generales del ejército, senadores y jefes de Estado, aunque sean reyes, y no se descubren ante nadie. Preferirían la muerte a quebrantar alguna de estas prácticas.

En los Estados Unidos son más numerosos los

cuáqueros en Colorado, Rhode-Island, Maryland, Pensilvania y Ohío.

En una aldea del condado de Guernsey (Ohío) se crió el senador Scott, representante del Estado de Virginia, quien dice así:

"Trabajé al servicio de un anciano cuáquero hasta los diez y seis años de edad, cuando sobrevinieron las turbulencias de Colorado. Entonces le manifesté a mi amo que me quería marchar al Oeste, y el día en que nos despedimos me dijo:

—Mira, Natán; has sido un buen muchacho. Ten presente que no adquirirás sólido conocimiento de lo que leas y estudies, sino de lo que entiendas y recuerdes. No se nutre el cuerpo de lo que se come, sino de lo que se digiere. No te hará rico lo que ganes, sino lo que ahorres. Vé con Dios.

Me dió mi amo para recuerdo un cortaplumas de baratillo; pero en cambio, los consejos fueron de inestimable precio. No me es posible ponderar cual se merece el efecto que aquellas palabras de despedida produjeron en mi carácter. Desde entonces puse todo mi empeño en hacer mi trabajo mejor que cuanto lo pudiese hacer cualquiera otro, y dar a mis jefes la impresión de que no les convendría en modo alguno prescindir de mis servicios. A esta norma de conducta atribuyo mi éxito en la vida."

Los dependientes de un gran establecimiento comercial tomaron por cabeza de turco a un compañero que se excedía en el cumplimiento de sus obligaciones, haciendo, sin que se lo mandasen, muchos menesteres que redundaban en notorio beneficio de la casa.

Se burlaban del entusiasmo con que trabajaba el diligente joven y del interés que se tomaba por el negocio, diciéndole que era un solemne tonto, pues no le iban a dar ni medio centavo más por su oficiosidad.

Pero andando los años, sus jefes lo eligieron entre todos los demás dependientes para formar parte de la razón social, y con el tiempo llegó a ser gerente de uno de los más famosos establecimientos comerciales del país. Tal fué el merecido premio de haber contraído el hábito de cumplir fielmente los deberes de su cargo y hacer algo más de lo pertinente a su estricta obligación.

Ciro West Field, el inventor del cable transatlántico, salió a los diez y seis años de la casa paterna en Stockbridge, para entrar en clase de mandadero en los almacenes de A. T. Stewart en Nueva York, con el salario de cincuenta dólares al año. Dice a este propósito en sus *Memorias*:

"Mi anhelo era aprender completamente la profesión de comerciante y al efecto observaba cuanto se hacía en cada una de las secciones del estableci-

miento." Tan fielmente se portó el joven Field en el desempeño de los encargos, que muy luego lo puso su jefe en el mostrador. Por las noches asistía a la Biblioteca Mercantil, donde adquirió todos los conocimientos relativos a la ciencia de los negocios, y cuando se estableció por su cuenta fué prosperando de modo que a los 35 años había agenciado regular fortuna que invirtió en el proyecto del cable transatlántico cuya empresa coronó el éxito en 1866.

Dice un autor:

"El joven que no repugna el trabajo y hace cuanto está de su parte para cumplir sus obligaciones no estará desocupado mucho tiempo.

Aunque el jefe de taller o de oficina parezca indiferente, no deja de observar a los noveles y les examina las cualidades de carácter antes de otorgarles su confianza. Una vez comprobada su valía tienen seguro el ascenso.

Los dueños y gerentes de establecimiento comercial o empresa industrial están deseosos de encontrar quienes sean capaces de ejercer cargos de responsabilidad y confianza. El obtener colocación en la ciudad depende de las cualidades del solicitante, adquiridas o vigorizadas durante el período de la educación infantil."

***

Se necesita alguna habilidad para desempeñar cumplidamente los menudos menesteres de cualquier ocupación.

Tenía un comerciante a su servicio dos muchachos encargados de entregarle las tarjetas de los visitantes o de irle a buscar las notas, libros y documentos que para consulta de antecedentes demandaban las operaciones del día.

Uno de ellos, cuando le mandaba traer un libro u otro objeto algo voluminoso, pasaba bruscamente por delante del bufete y se lo alargaba al jefe con aire indiferente. Si por acaso caía el objeto encima del bufete o en el suelo, no se daba el muchacho gran prisa en recogerlo; y al entregar una postal se entretenía antes en leerla.

El otro muchacho entraba y salía del despacho con tal comedimiento que apenas se le notaban los pasos. Si traía un libro, un tintero, un archivador de cartas, lo colocaba pausadamente a un lado del bufete. Las cartas, tarjetas y postales las ponía de modo que al llegar el jefe no dejara de verlas.

Este muchacho conocía por intuición la ciencia de los menudos menesteres. A' fin de año recibió diez dólares de aguinaldo. Al otro muchacho lo despidieron.

No escasean los jóvenes que durante el período de aprendizaje hacen su labor de una manera floja, lánguida y negligente. No inspiran admiración ni

confianza a sus superiores y estropean casi todas las probabilidades de éxito.

El que hace su labor chapucera y descuidadamente no merece ascenso y rara vez lo consigue, porque en vez de entregarse a la obra con todas sus energías, sólo la toca con la punta de los dedos. Tiene por norma de conducta *poco trabajo, fácil y bien pagado.*

Sin embargo, el que a cambio de un buen sueldo rinde una mezquina y chapucera labor es tan ladrón como el que arrebata el dinero del bolsillo ajeno.

En este punto es muy acomodaticia la moral de ciertas gentes por otra parte incapaces de apoderarse ni de un alfiler contra la voluntad de su dueño. Personas con título y reputación de decentes y honradas estuvieron durante años enteros en algunos países cobrando sueldos del Estado sin prestar el servicio correspondiente a su empleo oficial. Sólo acudían a la oficina para firmar la nómina y embolsarse una paga que no habían ganado, y por lo tanto cometían con ello un robo a sus conciudadanos. Ellos eran los autores, los jefes de negociado los cómplices y los ministros del respectivo ramo los encubridores cuando no coautores. Sin embargo, a unos y otros les parecía que no cometían con ello ninguna acción deshonrosa.

A un opulento comerciante le preguntaron que cuál había sido el secreto de su éxito en los negocios, y respondió:

"Era yo todavía muy muchacho cuando fuí una vez a casa de mi abuelo, hombre de respetable presencia que me infundía veneración. Al despedirme, me abrazó efusivamente, y poniéndome después la diestra sobre la cabeza en ademán de bendición, me dijo:

—Hijo mío, he de decirte algo muy importante, para que de ello te acuerdes toda tu vida. ¿Te acordarás?

Yo le miré de pupila a pupila y moví la cabeza en señal de afirmación, porque no me atrevía a decir que sí en voz alta.

Mi abuelo prosiguió diciendo:

—Voy a darte un consejo que, si lo sigues, te servirá de seguro pasaporte para el éxito. Es un consejo en apariencia muy sencillo, pero de práctica difícil a juzgar por lo que generalmente vemos. Se reduce a *que hagas lo mejor que te sea posible cuanto emprendas.*

Esta fué la única herencia que me dejó mi abuelo; pero me ha valido mucho más que si de él hubiese heredado millones. Nunca olvidé aquellas palabras que me sirvieron constantemente de lema de conducta.

Al volver a casa, pues el abuelo vivía en otra población, mi tío nos dió a mí y a mi primo Marcos

el encargo de escardar el huerto, después de comer. Aquella orden me contrarió porque teníamos proyectado emplear la tarde en cosa muy distinta. Sobre todo Marcos se puso de tan mal humor, que trabajaba con evidente disgusto sin atender a lo que hacía.

Yo empecé mi labor con la misma repugnancia que mi primo; pero recordando el consejo del abuelo, invertí de malhumorada en jubilosa mi disposición de ánimo y llevé a cabo con todo esmero la labor, que mereció después vivas alabanzas por parte de mi tío, mientras que mi primo sufrió una severa reprimenda.

A los quince años ingresé en una academia con la condición de pagar yo parte de los honorarios. Al principio me resultaban muy difíciles las lecciones, porque no tenía afición al estudio; pero el consejo de mi abuelo no se apartaba de mi mente y me esforcé en cumplir mis deberes escolares lo mejor que pude, con tan felices consecuencias que no tardé en verme considerado como uno de los alumnos más aplicados de la clase y gané los primeros puestos en el examen de trimestre.

Mi buen comportamiento transcendió en lenguas de la fama fuera de la academia, y antes de terminar el curso ya había recibido mi madre tres o cuatro cartas cuyos firmantes le ofrecían colocación para mí, siendo una de ellas la de un comer-

ciante de la localidad en cuyo establecimiento deseaban entrar varios jóvenes de mi edad.

El hábito que contraje de poner todas mis potencias y sentidos en lo que hacía fué tan beneficioso, que ante mis esfuerzos se desvanecían las dificultades.

Gané la confianza de todos a quienes trataba y la prosperidad coronó mi carrera. El único secreto de mi éxito fué el consejo de mi abuelo: *Haz lo mejor que puedas cuanto emprendas.*

*
* *

El gran prestidigitador francés Roberto Houdin solía llevar a su hijo a recorrer las calles céntricas de París a fin de que observara los escaparates de las tiendas y retuviese en la memoria los artículos expuestos a la vista pública. Al principio sólo le era posible recordar los más notables, pero a fuerza de repetir el ejercicio, acabó por acordarse de todos los objetos expuestos, sin más que echar una ojeada al escaparate. De este modo se le agudizaron extraordinariamente las facultades de observación y memoria de las formas.

Tomás Alva Edison declara que durante largo tiempo se ejercitó en concentrar el pensamiento en el examen y estudio de un determinado objeto y mantenerlo concentrado largo rato. Las primeras

veces no le fué posible sostener la atención más allá de cinco minutos; pero llegó día en que la sostuvo sin distraerse un punto durante una hora. Aconseja Edison a los jóvenes que al hacer una cosa no se ocupen ni piensen ni se distraigan en ninguna otra.

Cuando en la escuela procura el maestro cautivar la atención de los niños con lecciones interesantes, amenas y atractivas les forma con ello un hábito mental que les servirá de mucho provecho en la vida, y así dice el famoso pintor inglés Josué Reynolds que quien anhele sobresalir en el arte pictórica o en cualquier otra fase de la humana actividad, debe enfocar la mente en su labor desde que se levante hasta que se acueste.

Así lo hizo el grabador y pintor inglés Guillermo Hogarth, hijo del regente de una imprenta, más famoso por su originalidad y donaire que por su colorido y poesía pictórica. En cambio se fijaba atentamente en las características del modelo, hasta que antes de grabarlo en la madera o pintarlo en el lienzo lo tenía ya grabado e impreso en la memoria y era capaz de reproducirlo exactamente sin volverlo a mirar.

Con sus admirables facultades de atención y observación creó la que pudiera llamarse caricatura moral o psicológica en las series que representaban las aventuras y vicisitudes de un mismo personaje, entre ellas las de la *Vida de una cortesana, Vida de un libertino, El Trabajo y la Pereza, Los Cómicos de la Legua* y *El Matrimonio a la moda.*

Análogamente sucede en el arte literaria. Carlos Kingsley, canónigo de Westminster, capellán de la reina Victoria de Inglaterra, precursor del socialismo cristiano y autor de varias novelas, entre ellas la inimitable *Water Babies,* dice sobre el particular:

"Cuando me pongo a hacer una cosa la hago como si entretanto no hubiese en el mundo nada digno de llamarme la atención. Tal es el secreto de los hombres intensamente laboriosos."

***

Cuando por los años de 1858 a 1860 fué Carlos Dickens a dar una serie de conferencias en los Estados Unidos, le invitaron durante su permanencia en Boston a que asistiera a varias reuniones de sociedad en casa de las más distinguidas familias de la población; pero el ilustre autor de las sentenciosas frases de Sam Weller, rehusó diciendo:

"Yo he venido aquí a dar conferencias. Las gentes esperan que me porte lo mejor que pueda en esta labor; y ¿cómo me fuera posible si siempre estuviera yendo de una parte a otra? Cuando me preparo para dar una conferencia o estoy es-

cribiendo una novela no es mío el tiempo, y no podría hacer ambas cosas si no concentrara completamente mi atención en ellas."

⁂

El estadista norteamericano Juan Caldwell Calhoun, ministro de la Guerra desde 1817 a 1825 durante la presidencia de Monroe, dos veces vicepresidente de la república y ministro de Estado con el presidente Tyle, aunque manchó su fama con su ardorosa defensa de la esclavitud, le dijo en cierta ocasión a un amigo suyo:

"Desde muchacho sujeté mi mente a severa disciplina y persistí en ello sin desmayo hasta que la dominé por completo y fuí capaz de concentrarla durante algunas horas en el objeto de estudio o de labor sin un momento de distracción. Cuando salía de paseo, fuese a pie, en coche o a caballo, siempre escogía un tema de meditación y reflexión sin consentir que la mente se desviara de él hasta examinarlo por completo."

Una de las disciplinas más difíciles durante la edad escolar es que el educando logre concentrar toda su atención en el tema de estudio y prepararse para la clase del día siguiente sin distraerse en frivolidades mientras está ocupado en estudiar.

Guillermo A. Mowry refiere de un notable filólogo, cuyo nombre se reserva, que cuando estudiaba humanidades empezó por dedicar dos horas diarias a la lección de latín; pero luego se propuso aprenderla en una hora y cincuenta minutos, y lo consiguió. Alentado por el éxito fué concentrando cada día más intensamente su atención en el estudio y así le fué posible disminuir el factor *tiempo*, al par que aumentaba el factor *esfuerzo* para obtener el *mismo producto*, o sea la aprendida lección.

Pero si el producto era el mismo en cantidad, valía muchísimo más en calidad, porque además de aprender en menos tiempo las lecciones de latín aprendió el difícil arte de concentrar la mente. La adquisición de esta facultad es tanto o más valiosa que la del conocimiento intelectual.

El mismo Mowry nos da otro ejemplo por el estilo en su obra: *Conversaciones con mis chicos*. Un muchacho de quince años aceptó una vez la apuesta de que aprendería de memoria siete estrofas de una poesía en veinte minutos, con la condición para él desfavorable de que sus compañeros harían todo lo posible para estorbarle, pero sin ponerle la mano encima. En medio de un barullo infernal como el de que sólo los muchachos son capaces, aprendió el ecuánime joven las siete estrofas en el tiempo prefijado.

Años adelante el ganador de la apuesta era miembro del Congreso de los Estados Unidos en

representación del partido demócrata, y fué uno de los siete que formularon la acusación contra el presidente Johnson. De 1869 a 1873 desempeñó la cartera de Hacienda; de 1873 a 1877 fué senador por el Estado de Massachusetts. Representó más tarde a su país en la comisión internacional que resolvió las reclamaciones de los súbditos franceses por los perjuicios sufridos durante la guerra de Secesión, y las de los súbditos norteamericanos a consecuencia de la guerra franco-prusiana y de la Comune de París. Se opuso enérgicamente a la adquisición de las islas Filipinas por los Estados Unidos, y en 1900 fué elegido presidente de la Liga Antimperialista. Se llamaba Jorge Sewall Boutwell.

XI. VICISITUDES OPORTUNAS.

XI. VICISITUDES OPORTUNAS.

UANDO el general Grant era muchacho y vivía con su madre en Point Pleasant, población del Estado de Ohío, donde había nacido, sucedió una vez que por no tener de momento manteca para el almuerzo, lo mandó aquélla a casa de unos amigos y vecinos en demanda de la que perentoriamente necesitaba.

Estaba entornada la puerta de la casa vecina, y como Grant tenía sobrada confianza con la familia amiga, entró sin llamar y después de dar el recado le dijo la dueña que esperase un momento en el comedor, donde el hijo de la casa le estaba leyendo en voz alta a su padre una carta recibida de un compañero de infancia en la que le participaba haber salido mal de los exámenes de ingreso en la Academia militar de West Point, por lo que muy luego regresaría a su casa.

Grant no dijo una palabra, como si no le interesara la noticia, y tomando la manteca que le dió la amiga y vecina de su madre, volvióse a su casa; pero sin detenerse a almorzar fuése corriendo a ver al diputado por el distrito que vivía en la misma población y era muy amigo de la familia.

Después de las acostumbradas cortesías y de la

inevitable pregunta de que qué le traía por allí a tan temprana hora, dijo Grant:

—Señor Hammer, ¿no podría usted proponerme para el ingreso en West Point?

—No es posible. Ya sabes que está propuesto tu compañero Davis y hasta pasados los tres cursos no cabe otra propuesta.

—Pero suponiendo que lo reprueben en el examen de ingreso ¿me propondría usted?

El diputado replicó riendo:

—Pues si a él le suspenden será inútil que tú intentes el ingreso.

—De todos modos ¿me promete usted proponerme para el ingreso?

Así lo prometió el señor Hammer, y al día siguiente llegó a la población el calabaceado aspirante, por lo que sorprendido aquél de la penetración de Grant, no tuvo más remedio que cumplir su palabra.

Como el mismo Grant refiere en sus *Memorias personales*, publicadas en Nueva York el año 1885, la circunstancia, al parecer fortuita, de que su madre se hallara aquella mañana sin manteca para el almuerzo, le hizo general de los ejércitos de la Unión y presidente de la república.

Durante su infancia y pubertad demostró Grant ser un muchacho intrépido, reflexivo, de agudo entendimiento, clara comprensión y perseverante

voluntad. En la escuela jamás enredaba ni se distraía en clase, y nunca se le oyó proferir una mala palabra ni una mentira ni se peleó con nadie. Resolvía por sí mismo los problemas, redactaba los temas y efectuaba toda clase de ejercicios escolares, sin imitar a algunos de sus compañeros que mediante pueriles dádivas buscaban quien clandestinamente hiciese por ellos el trabajo para presentarlo luego al maestro como suyo. Se afirmaba sinceramente en su directo conocimiento de las cosas sin fiarse jamás de la memoria ni recurrir a estratagemas ni sofisterías. Tenía extraordinaria ecuanimidad de carácter y excelente criterio natural.

Tan sólo contaba doce años cuando en cierta ocasión cargó él solo, a falta de braceros y faquines, un camión con tablones, valiéndose de una cabria movida por fuerza animal. La maña suplió en aquel caso a la fuerza.

A los trece años condujo un tronco de caballos con admirable habilidad a través de mil kilómetros de terreno escabroso. Era resuelto, impávido, vigoroso y capaz de arduos menesteres. Si decía "puedo hacer esto o aquello" no significaba que iba a intentarlo, sino que ya había pensado en los medios de feliz y cumplidamente realizarlo. Fué muchacho de extraordinaria determinación en quien se podía confiar a ciegas, y ya hombre no

tomaba entre manos nada que antes no hubiese estudiado y comprendido, pero una vez puesto a la obra persistía en ella hasta acabarla.

Sabido es que después de hacer en 1846 la campaña de México en la que alcanzó el empleo de capitán, obtuvo la licencia absoluta y dedicóse a varias ocupaciones civiles, entre ellas el cultivo agrícola en el Estado de Illinois, donde le sorprendió la guerra de Secesión.

Cuando el general separatista Beauregard derrotó a los unionistas en las márgenes del río Bull Run, el 21 de Julio de 1861, respondió al llamamiento de Lincoln armando una tropa de voluntarios a cuyo frente hizo la campaña del Missouri, apoderándose de Paducah, por lo que Lincoln le nombró general de brigada con mando de tropas regulares a cuyo frente tomó el fuerte de Donelson, pero fué derrotado en la batalla de Shiloh.

Esta derrota no le conturbó en lo más mínimo, antes por el contrario dióle mayores bríos para infligir a los separatistas la tremenda derrota de Chatanooga y más tarde ganó contra ellos la batalla de Pittsburgo.

En 1864 nombróle Lincoln general en jefe de los ejércitos de la Unión, y aunque la envidia, siempre dispuesta a clavar sus dientes en el mérito, intrigó para que lo destituyesen, el presidente Lincoln respondía a los detractores:

—No puedo prescindir de este hombre. Sabe pelear. Su más relevante cualidad es la fría y tenaz perseverancia que nada es capaz de quebrantar. Confío en que gane la guerra.

Estaba Grant en Nueva Orleans, gravemente lesionado de una caída del caballo, cuando sólo era general de división, y recibió la orden de marchar en socorro de Chatanooga, tan estrechamente sitiado por los separatistas, que su rendición era cosa de pocos días. Sin pérdida de tiempo dispuso lo necesario para trasladarse al teatro de operaciones y tomar el mando del ejército libertador, cuya moral subió de punto al presentarse el hombre capaz de afrontar la situación. Pronto las colinas que rodeaban la ciudad estuvieron coronadas por los soldados de la Unión y los sitiadores hubieron de levantar el sitio, aunque disputaron el terreno paso a paso.

No era Grant un general de salón ni tampoco esclavo sumiso de la táctica académica. Libró algunas de sus victoriosas batallas empleando en el combate una táctica de todo punto contraria a la que se enseñaba en la Academia de West-Point.

No quiso revelar a nadie el plan trazado en su mente para el sitio de Vicksburgo, y durante siete días interceptó toda comunicación por el río Mississippí, de modo que no le pudieran llegar órdenes del general Halleck, a la sazón su superior

jerárquico, quien como versado en la táctica académica le hubiese desbaratado su plan.

Estaba Grant acopiando con sus hazañas materiales para una historia militar no escrita hasta entonces. Su originalidad superaba a todos los tratados de táctica.

Cuando el fuerte Henry cayó en poder de los unionistas, Halleck ordenó a Grant que se mantuviese a la defensiva en sus posiciones; pero en vez de obedecer la orden marchó contra el fuerte Donelson cuyo comandante, el general Buckner, después de cuatro días de encarnizada pelea, envió un parlamentario para saber en qué condiciones podría capitular.

Grant respondió:

—La rendición inmediata e incondicional. De lo contrario, ordenaré el asalto.

La misma noche de la rendición visitó Grant a Buckner, prisionero de guerra, y le dijo:

—Disponga usted de mi bolsillo, porque supongo que debe de haber perdido usted todo cuanto tenía.

Nunca miraba Grant hacia atrás. Una vez, al cabo de varios días de lucha sin que la victoria se decidiese ni por una ni por otra parte, reunió un consejo de guerra, el único por él convocado durante toda la guerra. Uno de los vocales señaló el camino por donde a su parecer debía retirarse el ejército. Otro opinaba que sería mejor retirarse

por distinto camino, y no faltó quien expuso la idea de replegarse a más ventajosas posiciones.

Grant escuchó sin desplegar los labios todas las opiniones, y cuando hubo acabado de hablar el último, levantóse, y sacando del bolsillo un fajo de papeles los distribuyó entre los oficiales de su Estado Mayor, diciéndoles:

—Al amanecer ejecutarán ustedes estas órdenes.

Cada papel contenía las convenientes instrucciones para el avance del ejército.

En aquella famosa guerra que puso en gravísimo peligro la existencia nacional de los Estados Unidos, todos los generales dieron pruebas de heroísmo y algunos de enérgica determinación; pero sólo Grant poseía en su más concentrada modalidad la entereza de ánimo. Nadie podía derribarlo de su base. Estaba perfecta e inconmoviblemente centrado.

Otros eran tan hábiles tácticos como él, conocían igualmente el país y aun habían recibido más esmerada educación; pero les faltaba la decisiva acometividad de Grant. Cuando después de bien meditado un plan se resolvía a ponerlo en obra no cejaba en su empeño ni consentía nueva consideración.

Durante treinta días descargó golpe tras golpe contra las tropas del general separatista Lee, peleando de día y adelantando terreno por la noche.

El país se estremeció de horror ante tan inaudita serie de sangrientos choques; pero los Estados del Norte se electrizaron al conocer el telegrama enviado por Grant a la Casa Blanca, diciendo:

—Me propongo proseguir aquí la lucha, aunque haya de durar todo el verano.

Aquel hombre de pocas palabras y voluntad de hierro que no daba importancia a un descalabro, no se apartaba jamás ni un ápice de su propósito.

Por muy encarnizada que fuese la batalla, se mantenía en completa serenidad de ánimo. En una ocasión recorría a caballo las filas de combatientes con su ayudante el coronel Dent, y el enemigo concentró tan nutridamente sus fuerzas, que las tropas unionistas, no pudiendo resistir el tremendo empuje, empezaron a retroceder.

Mientras Grant observaba la marcha de la batalla, notó que su caballo no se movía del sitio, y en consecuencia le dijo el general a su ayudante que se apeara para ver qué le pasaba a la montura.

El ayudante respondió:

—Mi general, valdrá más que dejemos para después la inspección del caballo, porque va arreciando el fuego.

—Muy bien—repuso Grant.—Si usted no se atreve, ya lo veré yo.

Apeóse, y examinando el caballo notó que se le habían enredado las patas en un trozo de alambre

telegráfico a ras del suelo. Desenredó al animal y volvió a montar, diciéndole a su ayudante:

—Mire usted, Dent, cuando tenga usted en mucha estima un caballo no lo descuide usted. Si el alambre llega a estar más tiempo enredado en las patas, seguramente que a estas horas tendría yo cojo a mi caballo.

Cuando terminó la guerra con la rendición del general Lee, en Appomattox Courthouse, el 9 de Abril de 1865, con su ejército de 27,000 hombres, culminaron la magnanimidad y modestia de Grant al no querer entrar triunfante en Richmond, la capital de los separatistas.

A los prisioneros de guerra les concedió la libertad bajo palabra de honor de no volver a empuñar las armas, dejándoles a los soldados de caballería y artillería los caballos que les eran propios, pues los necesitarían para las labores del campo.

Por ora parte, distribuyó entre el ejército vencido veinte mil raciones, pues estaban todos medio muertos de hambre. Este acto de generosidad acabó de rendir al enemigo, y como una bendición bajada del cielo cayeron sobre los corazones de vencidos y vencedores las palabras del insigne caudillo: "Hagamos la paz."

⁂

Una calurosa mañana de Agosto de 1777 llegaron tres jinetes a la puerta de una herrería de una aldea del Estado de Vermont con propósito de herrar los caballos.

Se apearon, y como al entrar en el taller lo vieran desierto, exclamó uno de los recién llegados en alta voz:

—¡Ah! de la casa. ¿No hay nadie por aquí?

—¡Aquí estoy yo!—respondió dentro una voz, y a poco presentóse en el taller un muchacho de quince años, cojo del pie izquierdo.

El de los tres viajeros que primero había hablado, preguntó:

—¿Estás solo en el taller?

—Sí, señor; el maestro, los oficiales y los aprendices se fueron hace días a incorporarse en las filas del ejército del general Stark que está en Bennigton, para pelear por la independencia de la patria. Yo me quedé porque soy inútil para el servicio militar.

—¿Cómo te llamas?

—Lucas Varnum.

—¿De modo que no habrá nadie capaz de herrar a mi caballo?

—Me parece que yo lo sabré herrar, aunque nunca herré ninguno; pero ayudé muchas veces a los oficiales. Todavía soy aprendiz. Salga lo que saliere, encenderé la fragua.

Apenas encendida, llegó otro jinete, quien al ver el resplandor de la fragua exclamó:

—¡Qué suerte la de encontrar una fragua encendida!

El que de los tres antes llegados había pedido que le herraran el caballo, respondió:

—Gracias a que este muchacho ha sabido encenderla, porque nosotros la encontramos apagada.

El último en llegar apeóse presuroso y con muestras de superioridad sobre los otros tres, adelantóse a que el muchacho le herrara el caballo, porque lo necesitaba con prelación a los demás.

Lucas Varnum trajo una herradura, y tomando con ella la medida al caballo, le dijo al desconocido:

—Aunque resulta un poco ancha, creo que de momento satisfará la necesidad.

—Muy bien. El caballo es novel y no podía yo confiar en que resistiera cinco millas sin herradura.

Lucas Varnum cumplió acabadamente su tarea, y después dijo ingenuamente:

—Si ven ustedes al maestro díganle que encendí el fuego y herré los caballos.

—Perfectamente, ya se lo diremos—repuso sonriendo el que parecía superior a los demás.

Uno de éstos, al emprender todos la marcha, se detuvo un instante para decirle a Lucas Varnum:

—¡Muchacho! Ni tu maestro ni los oficiales ni los aprendices que dejaron la herramienta para

empuñar el arma han prestado a la patria un tan eminente servicio como el que le acabas de prestar. El jinete cuyo caballo herraste primero es el coronel Seth Warner.

Eduardo Everett Hale refiere en sus *Memorias de 100 años* este sucedido y lo comenta diciendo que gracias a la habilidad del muchacho cojuelo pudo el coronel Warner llegar al campo de batalla con tropas de refuerzo e invertir en victoria la derrota en los campos de Bennigton. Lucas Vernum contribuyó al triunfo de sus compatriotas sin que las trompetas de la fama pregonasen su intervención.

Enrique Alford, deán de Canterbury, poeta, exégeta, teólogo y fundador de la *Contemporary Review*, dice sobre la hora de la oportunidad:

"Hay momentos en la vida mucho más valiosos que todo un año. No podemos menos de reconocerlo así. En los intervalos de tiempo no hay proporcionalidad entre su duración y su importancia. Cinco minutos de extravío o descuido pueden decidir del destino de toda una vida. Y ¿quién es capaz de saber cuándo le llegará el momento decisivo?"

***

Un rico senador veneciano, llamado Faliero, tenía invitados a comer a sus amigos íntimos en

celebración de su cumpleaños. El cocinero había encargado a la confitería una bandeja de dulces para postres con un ramillete en el centro. Poco antes de la hora del convite llegó el mandadero de la confitería con la bandeja de dulces, pero sin el ramillete, porque según dijo se le había estropeado al oficial en el momento de darle los últimos toques y no tenían ningún otro a mano.

No sabía el cocinero como subsanar aquella deficiencia que amenazaba mermar la suntuosidad del convite, cuando se le acercó el marmitón diciéndole:

—Si usted me lo permite, creo que podré hacer algo que sirva de ramillete.

—¡Tú!—exclamó el cocinero con aire de asombro.—¿Y quién eres tú?

—Soy Antonio Canova, nieto de Pisano, el picapedrero.

—¿Y qué harás?

—Algo para ponerlo en el centro de la bandeja de dulces.

El cocinero no supo qué replicar y dejó que el muchacho hiciera como se le antojase, y tomando una masa de mantequilla modeló un magnífico león agachado, que a la hora de los postres sirvió el mayordomo a los convidados, entre quienes había algún crítico de arte, y todos quedaron sorprendidos al ver el maravilloso modelado, preguntándole

al senador Faliero quién era el escultor que se había entretenido en modelar aquella maravilla en tan deleznable material.

Faliero respondió que no lo sabía; pero el mayordomo les dijo que el autor de tan admirada obra era el marmitón, a quien todos desearon conocer.

Compareció el joven Canova ante los comensales que le colmaron de elogios, y el dueño de la casa prometió costearle los estudios de escultor en el taller de los más renombrados maestros.

No se engrió por ello el aventajado artista, sino que toda su vida fué tan modesto, sencillo y bondadoso como cuando servía de marmitón en el palacio del senador Faliero, para quien ya en el pináculo de la fama esculpió las magníficas estatuas de *Orfeo* y *Eurídice*.

***

Durante muchos siglos habían notado las gentes en la práctica de la vida, que al mover un peso suspendido de un cordel, un hilo, o cualquier otro medio de suspensión, oscilaba de un lado a otro hasta que se paraba cuando los rozamientos y la resistencia del aire neutralizaban el recibido impulso. Nadie dió importancia a este fenómeno que con tanta frecuencia observaban millares de ojos, hasta que el famoso Galileo, entonces joven de diez

y ocho años, se fijó en el movimiento oscilatorio de una lámpara de la catedral de Pisa cuyas velas acababa de encender el sacristán desde la cornisa atrayéndola hacia sí y soltándola después de encendidas.

De la isócrona regularidad de aquellas oscilaciones que parecían medidas a compás indujo Galileo las leyes matemáticas del péndulo que tan útil fué para la exacta medida del tiempo.

Muchos siglos antes del nacimiento de Colón, los marinos de Europa no acertaban a conjeturar qué pudiera haber más allá de las columnas de Hércules hacia el oceano occidental; pero le estaba reservada al inmortal navegante la casi mitológica empresa de surcar el ignoto Atlántico con tres frágiles carabelas y levantar el velo en que se ocultaba la virgen América.

Mucho tiempo antes de que naciera Isaac Newton habían caído de los árboles innumerables manzanas y algunas dieron en la cabeza a los que estaban al pie, como si los incitaran a pensar; pero nadie antes que Newton echó de ver que la manzana caía del árbol por la misma ley que mantiene a los planetas en sus órbitas.

Millares de años antes del nacimiento de Benjamín Franklin el trueno había retumbado en los oídos y el relámpago herido los ojos de multitud de gentes como si quisieran llamarles la atención

hacia la formidable energía de la electricidad, pero únicamente los oídos y los ojos del terror oyeron el estampido y vieron el fogonazo de la celeste artillería hasta que con un sencillo experimento demostró Franklin que el rayo no es más que la manifestación de una irresistible energía, tan abundante como el aire y el agua y fácilmente sometible al dominio y servicio del hombre.

***

Así el joven que emprende el camino de la vida con la determinación de hacer el mejor uso posible de sus ojos, mantener el oído abierto a toda voz, a todo rumor que pueda ayudarle en su marcha, tender las manos para aprovechar cuantas favorables ocasiones puedan presentársele, abrir el corazón a todo impulso noble y generoso, seguramente que alcanzará feliz éxito en la vida con tal de que no le falte salud.

A los niños que ahora están en las escuelas les aguardan las empresas para ellos destinadas, sin otra condición que la de disponerse a cumplidamente desempeñarlas.

Pero las posiciones, cargos y empleos de superior categoría y responsabilidad no son ni pueden ser en un país bien regido para los incompetentes ni para quienes descuidan los deberes del presente y miran con indiferencia el porvenir.

XII. FIRMEZA Y CONSTANCIA.

XII. FIRMEZA Y CONSTANCIA.

EDERICO Douglass nació el año 1817 en Tuckahoe, cerca de Easton, en el estado de Maryland, de padre blanco y madre negra y esclava, por lo que nació esclavo, según las inhumanas leyes a la sazón vigentes en una tierra en cuya declaración de independencia se establecía el principio de la igualdad de todo ser humano ante el derecho, el deber y la justicia.

Quedó huérfano a los seis años sin que nadie cuidase de él. Dormía en el inmundo suelo de una cabaña y en invierno no tenía otro abrigo que un saco de arpillera ni otro alimento que una espiga de trigo tostada al fuego.

No pudo asistir a la escuela, porque a los esclavos les estaba prohibida toda instrucción; pero su vivo anhelo de saber lo movió a aprender por sí mismo las primeras letras en una cartilla Webster, y con mucha fatiga y no menor perseverancia aprendió a leer de corrido y a escribir, ejercitándose en los pedazos de periódico que encontraba por la calle y en los carteles pegados en las esquinas.

Se le despertó este anhelo de aprender a leer y escribir a los siete años, poco después de quedar

huérfano, la primera vez que escuchó la lectura de la Biblia, en el primer capítulo del libro de Job. Entonces le suplicó a la esposa del amo que le enseñara a leer, y ella accedió movida de compasión; pero a las dos o tres lecciones el marido y dueño del plantío prohibió terminantemente que prosiguieran, diciendo que si el muchacho llegaba a leer de por sí la Biblia ya no querría ser esclavo.

A los ocho años de edad, cuando ya sabía leer, compró el *Columbian Orator* por cincuenta centavos que había reunido limpiando el calzado a los transeuntes, y en dicho libro leyó los discursos de Sheridan, Chatham, Pitt y Fox, que fueron sus primeras lecciones de oratoria.

Se le despertó luego el sentimiento religioso y durante algún tiempo estuvo encargado de una clase en la escuela sabática, hasta que su dueño, exasperado por aquel arranque de independencia, le prohibió que siguiera asistiendo a la escuela, poniéndolo por castigo durante un año a las órdenes de un cruel mayoral llamado Covey, para que lo *metiese en cintura*, quien de buenas a primeras le propinó una tremenda paliza.

Antes de terminar el año se peleó enconadamente en una lucha cuerpo a cuerpo de dos horas con el mayoral a quien derribó sin sentido por los suelos, y entonces creyó haber quebrantado sus cadenas, porque según el vulgar adagio corriente en

aquellos tiempos, el esclavo que no se dejaba azotar ya era medio libre.

Después de este incidente, no se atrevió su amo a castigarlo, receloso de su fuerza corporal, y lo mandó a trabajar al astillero de Baltimore.

Al ver los buques anclados en la bahía de Chesapeake, los apostrofó con patética elocuencia diciendo:

"Vosotros estáis libres de las amarras y yo soy un esclavo sujeto a las cadenas. Vosotros os mecéis alegremente al beso de la brisa y yo me estremezco tristemente ante el sangriento latigazo. Vosotros tenéis la libertad de los alígeros ángeles que vuelan alrededor del mundo. Yo estoy encerrado en un círculo de hierro. ¡Oh! si yo fuese libre."

Tras un fracasado intento, logró por fin escapar a Nueva York, de donde pasó con documentación de marinero a Nueva Bedford, puerto de entrada del Estado de Massachusetts, en donde como en casi todo el Norte de los Estados Unidos no regía la esclavitud.

Contaba entonces Douglass 21 años y se había graduado en la terrible escuela de la esclavitud con el diploma estampado a latigazos en sus espaldas

Colocóse en una factoría donde trabajó de firme aserrando madera, amontonando carbón y cargando y descargando buques.

Trabajó después en una fundición de hierro, manejando los fuelles del horno, y mientras accionaba el pesado mango, leía el periódico clavado de propósito en un poste cercano.

En 1841 asistió a la Asamblea antiesclavista celebrada en la isla de Nantucket, e invitado a tomar la palabra levantóse con tan honda emoción que le temblaba todo el cuerpo; pero dominándose cuanto pudo refirió con indignada elocuencia su vida de esclavo, y al terminar el discurso quedó nombrado agente de propaganda de la Sociedad Antiesclavista de Massachusetts.

Desde entonces dió una serie de conferencias sobre la esclavitud que tuvieron ruidoso éxito, y muchos de los oyentes no querían creer que tan elegante, flúido y persuasivo orador hubiese sido esclavo.

En 1845 hizo por cuenta y orden de la Sociedad Antiesclavista una excursión a Inglaterra dando por todo el país numerosas conferencias, y vuelto a los Estados Unidos en 1847, publicó en Rochester un semanario antiesclavista con el título de *Federico Douglass.*

En 1852 pronunció en un vasto salón de Filadelfia un discurso de dos horas ante un auditorio que ocupaba todas las localidades y se apretujaba en los pasillos y corredores. Al dar las diez de la noche suspendió el discurso creyendo que el pú-

blico estaría fatigado; pero de todos los ámbitos del salón salieron entusiastas voces, diciéndole que prosiguiera, y aún estuvo hablando otros cinco cuartos de hora. Terminado el discurso lo sacaron en hombros triunfalmente de la sala.

Era Douglass de arrogante presencia e imponente figura. Al aparecer en la tribuna todos los ojos se clavaban en su simpático y sereno rostro y todos los oídos quedaban pendientes de sus labios. Sus características mentales y morales aventajaban de mucho a las físicas con ser éstas tan eminentes. No ha habido en los Estados Unidos orador que le superase en elocuencia tribunicia y fué uno de los más insignes caracteres de su época.

Durante su estancia en Inglaterra reunieron sus admiradores por suscripción pública la cantidad necesaria para rescatarlo legalmente de la esclavitud, y muchos años después, noticioso de que la familia de su antiguo dueño había venido a menos, escribió la siguiente carta:

Cedan Hill, Anacortia D. C.

26 de Noviembre de 1891

Al honorable J. M. Rusk, ministro de Agricultura.

Señor: Tengo el honor de recordarle, según me requiere, el caso de la señora Blanck, perteneciente a la familia de la cual fuí esclavo en otro tiempo. Las vicisitudes de la vida han mermado la fortuna de dicha familia y en consecuencia pre-

tende por mi valimiento un empleo que le *permita* satisfacer las necesidades de la familia, pues se ven en suma pobreza.

Una extraña inversión de *las relaciones* humanas obliga al que fué esclavo de esta señora, nacida y criada en el seno del lujo y la molicie, a *solicitar* el modesto empleo que para ella demanda.

Si la señora Blank lo obtiene, estoy seguro de que demostrará ser una útil empleada en el servicio de Agricultura y agradecerá infinito la designación.

Esperando que no surgirá ningún obstáculo para obtene la plaza solicitada.

A sus órdenes humilde servidor,

Federico Douglass.

La carta surtió el deseado efecto.

Al morir Douglass en 1895, después de haber sido ministro de los Estados Unidos en la república de Haití y director general de Orden Público, acompañaron su cadáver al cementerio veinticinco mil personas, y se le ha erigido un monumento en Rochester.

***

En un colegio de la ciudad de Marlborough cursaba a mediados del siglo pasado los estudios de segunda enseñanza un muchacho llamado Ricardo Corfield que amaba entrañablemente a su madre y mantenía frecuente correspondencia con ella, enterándola de todos los pormenores de su vida escolar. Era la madre viuda y pobre, y necesitaba

que su hijo se hiciese pronto hombre de provecho para ampararla en su vejez.

A los diez y siete años entró de dependiente en una oficina comercial; pero muy luego se dió cuenta de que no le llamaba Dios por aquel camino, y así se lo escribió a su madre diciéndole que por muchos esfuerzos que hiciese y buena voluntad que demostrase jamás llegaría a ser ni mediano comerciante. Al propio tiempo le pedía licencia para obedecer cumplidamente a la vocación que lo impelía a buscar su fortuna allende los mares, pues la vida sedentaria de la oficina era para él una muerte lenta y necesitaba anchuroso espacio, actividad en pleno ambiente, afrontar peligros y echar sobre sus hombros delicadas responsabilidades. Aseguraba también que todo aquello no le iba a costar a su madre ni un penique.

Comprendió la pobre viuda que no era veleidad de su hijo el *cambio de orientación*, sino el poderoso empuje de sus naturales aptitudes que pugnaban por manifestarse en plena actividad, y así le concedió el permiso solicitado sin otra condición que en vez de embarcarse solo, sentara plaza en algún regimiento expedicionario.

A los diez y ocho años salió Corfield hacia el Africa del Sur con sus compañeros de armas, quienes no tardaron en notar que siempre estaba de buen humor, siempre contento y al parecer dichoso,

sin que las molestias de la travesía ni las penalidades del servicio de exploración en tierra africana alterasen el equilibrio de su ánimo.

El coronel del regimiento descubrió en Corfield dotes de mando y ansias de responsabilidad, por lo que en seguida lo ascendió a cabo y rápidamente fué adelantando en su carrera hasta que al cabo de cinco años era oficial del ejército de Somalandia, país sometido al protectorado británico desde el año 1884.

Al principio todo marchó sin mayor tropiezo, pero no tardó en levantarse entre los indígenas un fanático llamado Mullah, quien soliviantando los ánimos con religiosos pretextos reunió algunos millares de prosélitos que depredaban los rebaños y asolaban las tierras de las tribus adictas, desapareciendo después como por arte diabólica para burlar a las tropas inglesas despachadas en su persecución.

Por fin logró el gobernador reducir al fanático caudillo que prometió retirarse a la Somalandia italiana, y en esta época de relativa tranquilidad vino Ricardo Corfield por vez primera a Somalandia.

Tenía veintitrés años y desde un principio se mostró amable y cariñoso con los somalis, que le correspondieron con el mismo afecto. Había en su semblante aquel algo indefinible que a un tiempo

mueve al respeto, la confianza, la admiración y la obediencia. Cuando sobrevenía alguna grave dificultad y las cosas tomaban mal cariz, nunca dejaba de hacer jocosas observaciones que alegraban el ánimo de su gente.

Pero la política de atracción no dió por de pronto el resultado apetecido, porque faltando el Mullah a su promesa irrumpió de nuevo en la Somalandia británica, y no queriendo el Gobierno inglés sostener otra larga y penosa campaña, ordenó la evacuación del interior del país, conservando tan sólo las poblaciones de la costa como factorías comerciales y Corfield fué destinado a Nigricia confiándosele la jefatura de un distrito con el encargo de perseguir a los malhechores y a los traficantes en esclavos, cobrar los impuestos e inspeccionar la construcción de caminos.

Entretanto el Mullah había sumido la Somalandia en espantosa anarquía, exterminando a las tribus que habían permanecido fieles a Inglaterra, con amenaza de caer el día menos pensado sobre las factorías de la costa.

El Residente general informó al Gobierno de Londres que era necesario destinar un cuerpo de tropas para la defensa de las factorías y el mantenimiento del orden en una zona de cien kilómetros tierra adentro, con un jefe de experiencia y habilidad en el mando, por lo que proponía como el

más indicado al capitán Corfield, de guarnición en Nigricia.

En 1912 tomó Corfield el mando de un cuerpo de 150 indígenas montados en camellos y tres oficiales ingleses, aumentando este número con ofrecimientos de numerosos indígenas que se presentaron anhelantes de servir a las órdenes de tan prestigioso caudillo.

Poco más de ocho meses tardó Corfield en restablecer la paz, la seguridad y el orden en el país, hasta el punto de que volvieron a circular libremente las caravanas después de tres años de interrupción del tráfico comercial.

El gobierno inglés había prohibido que se atacara a los rebeldes, y cuando éstos en número de 2,500 hombres estaban entregados a sus acostumbradas depredaciones, los atacó Corfield desobedeciendo heroicamente las órdenes superiores. El valeroso capitán halló la muerte en la refriega, pero las gentes del Mullah quedaron desbaratadas hasta el punto de que ya no volvieron a conturbar el país. Corfield selló con su sangre la paz de Somalandia.

***

Guillermo Cobbet nació el 9 de Marzo de 1762 en Farnham, aldea del condado inglés de Surrey. Era hijo de un humilde cortijero y nieto de un

labrador que había trabajado durante cuarenta años por cuenta ajena. Ocupóle primeramente su padre en el cuidado de las aves de corral y en poner espantajos en el campo para intimidar a los pájaros, y poco a poco fué aprendiendo el arte de la tierra hasta empuñar el arado.

Como quiera que el padre no podía dar trabajo en su heredad a los cuatro hijos varones que tenía, logró emplear a Guillermo en el castillo de Farnham para que ayudara al jardinero y escardara las malas hierbas del jardín con otros menesteres de labor.

Muy satisfecho estuvo el muchacho de aquella ocupación porque le gustaban mucho las flores y se complacía en el trabajo al aire libre; pero un día, mientras estaba podando la cerca de boj, empezó a ponderarle el jardinero la hermosura del Real Jardín Botánico de Kew, fundado por la madre del rey Jorge III de Inglaterra.

Tan embelesado quedó el muchacho de la descripción que del Jardín Botánico le hizo el jardinero, que desde aquel punto y hora no pensó en otra cosa que en trasladarse a Kew y ofrecer sus servicios al director del mágico Jardín.

No tenía quien le recomendase, pero guardaba trece medios peniques en el bolsillo y un animoso corazón en el pecho, y a la mañana siguiente, sin decir palabra a nadie se encaminó hacia Richmond

en cuyo suburbio de Kew estaba ubicado el famoso Jardín Botánico de regia fundación.

Corría el mes de Junio, el camino era largo y el tiempo caluroso, de suerte que llegó a Richmond, hambriento, sudoroso y tan cubierto de polvo que parecía blanca su blusa azul.

Iba por las calles de Richmond en busca de una panadería donde comprar con que satisfacer el hambre, cuando tropezó su vista con el escaparate de una librería en que estaba expuesto entre otros un libro titulado: *Historia de un tonel. Precio 3 d.*

Movióle el título a curiosidad por lo extraño, y entráronle tantas ganas de comprarlo como tenía de ver el Jardín Botánico de Kew. Por fin resolvió quedarse sin cenar a cambio de adquirir el libro, e impaciente por leerlo salióse de la población, sentándose al pie de un almiar de heno en pleno campo.

Mientras alumbraron sus ojos las luces del crepúsculo estuvo leyendo la deliciosa narración de Jonatás Swift, y quedóse luego dormido al abrigo de la hacina hasta que lo despertó el canto de las aves.

Sin perder tiempo encaminóse al Jardín Botánico preguntando por el director, y salióle a recibir el jardinero en jefe, a quien le hizo gracia el desparpajo del muchacho, y le admitió como operario sin olvidarse de darle en seguida de almorzar, pues estaba el pobre chico desfallecido de hambre.

Ocho años trabajó de firme y cumplidamente en el Jardín de Kew hasta que un día, mientras aguardaba en una esquina de Richmond a unas muchachas con quienes había de ir a la feria de un pueblo cercano, acertó a pasar la diligencia que iba a Londres, y sin pensarlo dos veces montó a ella deseoso de ver la populosa ciudad.

Encontró colocación de copista en el bufete de un abogado donde estuvo ocho meses.

En una excursión que hizo a Portsmouth, al ver por vez primera el mar y la escuadra anclada en el puerto, se le despertó el sentimiento patriótico con vivos anhelos de servir a su país en uno de aquellos hermosos navíos.

Cediendo a la impulsividad de su carácter, se presentó inmediatamente en el navío *Pegaso* para sentar plaza de marinero; mas el capitán no quiso admitirlo al verle tan mozo, creyendo que iba huído de algún crimen.

No le desanimó a Cobbet la negativa y se alistó en el regimiento de infantería n.° 54 de guarnición en Chatham.

Durante el primer año de servicio se subscribió a una biblioteca circulante cuyos libros fué leyendo uno tras otro, y él mismo relata aquella época de su vida en estos términos:

"Aprendí gramática siendo soldado raso con la soldada de seis peniques diarios. El borde de mi cama o el del camastro cuando estaba de guardia. era mi asiento, la mochila mi estante y una tablilla apoyada sobre las rodillas, mi mesa. No tenía bastante dinero para comprar velas y en invierno no disponía por las noches de otra luz que la de la fogata en que nos calentábamos por turno.

"Para comprar una pluma o un pliego de papel tenía que mermar la ración de comida y pasar hambre. No había ni un momento que pudiese llamar enteramente mío, y estudiaba o escribía entre las voces, risas, silbidos, gritos, cantos y chillidos de los soldados en horas libres de servicio.

"Lo que me costaban las plumas, la tinta y el papel era para mí mucho dinero, y gracias a que no me faltaba salud y hacía bastante ejercicio.

"Después de pagada la comida me quedaban dos peniques de sobras cada semana, y recuerdo que un viernes me las había ingeniado para ahorrar medio penique con propósito de comprarme un arenque ahumado a la mañana siguiente; pero al desnudarme por la noche vi que había perdido el medio penique. Hundí la cabeza entre las sábanas y me eché a llorar como un niño."

Pero Cobbet era tan pundonoroso soldado como aplicado estudiante, cumpliendo a la perfección

sus penosos deberes y levantándose antes del toque de diana para ganar algún dinero escribiendo por cuenta del sargento primero y del habilitado, sin probar jamás las bebidas alcohólicas.

Tan raro ejemplo de sobriedad en la milicia atrajo la atención de sus jefes, que muy luego lo ascendieron a cabo y poco después de un golpe a sargento primero, pasando por encima de treinta sargentos segundos.

Los oficiales acostumbraban a tener la instrucción a media mañana; pero cuando Cobbet era el jefe de la fuerza, señalaba las primeras horas de la mañana para el ejercicio, a fin de que los soldados pudieran disponer del resto del día si no les correspondía otro servicio. La sórdida y embrutecedora vida militar de aquella época no le había secado las fuentes del sentimiento.

Contaba Cobbet veintiún años cuando le invitaron con otros compañeros a comer en casa de un sargento de artillería, cuya hija, linda jovencita de trece años, sirvió a la mesa, y sus finos modales que denotaban exquisita ternura cautivaron el ánimo de Cobbet, quien tres días después, en uno de sus acostumbrados paseos matutinos, se dirigió a casa del sargento de artillería para darle gracias por el convite, viendo que a pesar de la crudeza del tiempo, pues cubría el suelo muy espesa capa de nieve, la joven estaba fregando una

artesa al aire libre, frente a la puerta de la casa. Cobbet pensó, movido por una de aquellas sus repentinas resoluciones, que tan hacendosa joven sería algún día su esposa.

Sucedía esto que acabamos de relatar, en la ciudad canadiense de Nueva Brunswich, a donde había sido destinado el regimiento, con la circunstancia de que en la travesía perdió Cobbet el para él precioso libro *Historia de un tonel*, pérdida que sintió mucho más que si hubiera perdido un millar de esterlinas.

Entablaron los jóvenes relaciones amorosas; pero antes de que pudieran terminar en matrimonio, recibió la artillería orden de regresar a Inglaterra, mientras la infantería continuaba de guarnición en Nueva Brunswich. Iba la artillería destinada a Woolwich, y previendo Cobbet que su prometida tal vez sufriera pobreza rayana en la miseria, le entregó 150 guineas que tenía ahorradas para que en vez de vivir en aquel arrabal de Londres, alquilara una casita de campo en espera de que él regresase a Inglaterra.

Al cabo de cuatro años volvió con su regimiento a la madre patria, encontrando a su prometida que se había colocado de criada a todo hacer por cinco esterlinas al año, y que le devolvió intactas las 150 guineas.

Ya casado con ella y obtenida la licencia absoluta, emigraron a los Estados Unidos en 1792, estableciéndose en Filadelfia donde Cobbet abrió una academia para la enseñanza del francés a los naturales del país y el inglés a los emigrados que habían huído de la revolución francesa, contándose entre sus alumnos el después insigne y famoso estadista Talleyrand.

Por entonces andaban vacilantes los Estados Unidos en si declararse a favor de Francia o de Inglaterra, y como algún periódico atacara a su país, publicó Cobbet en defensa de la constitución inglesa violentísimos folletos que le acarrearon dos procesos judiciales por difamación, y disgustado de ello regresó a Inglaterra, instalándose en una casa de campo del término de Botley, donde llevado de su afición a la pluma escribió multitud de folletos excitando al pueblo inglés a la demanda de reformas políticas y sociales, lo que le concitó las iras de las clases conservadoras y de las gentes reaccionarias.

En 1810 protestó con viva indignación de que los mercenarios alemanes hubiesen flagelado a un miliciano inglés, y el gobierno aprovechó aquella ocasión para procesarlo y condenarle a dos años de prisión en la cárcel de Newgate y mil esterlinas de multa, pero él siguió inundando el país de folletos contra la arbitrariedad de los gobiernos conservadores.

Arruinado por las persecuciones y suspendidas por el Parlamento los garantías de libertad individual, emigró nuevamente en 1817 á los Estados Unidos, estableciéndose en una granja de Long Island, donde continuó publicando folletos que esta vez fueron entusiastamente acogidos en Inglaterra.

Dos años después regresó a la patria instalándose en Kensington, y presentó su candidatura al Parlamento por Coventry en 1821 y por Preston en 1826, quedando ambas veces derrotado, hasta que en 1832, al amparo de la nueva ley electoral, fué elegido diputado por Oldkam. Toda su vida se acostó a las nueve de la noche y se levantó a las cuatro de la mañana. Murió el 18 de Junio de 1835 en la granja de Normauby, cerca de Guildford, y fué enterrado en Farnham. Su mejor obra es la titulada *Rural Rides* (Paseos a caballo por el campo) en que describe magistralmente las costumbres rurales de su época.

XIII. EL TÚNEL DEL TAMESIS.

XIII. EL TÚNEL DEL TAMESIS.


ARCOS Isambard Brunel nació el 25 de Abril de 1769 en una granja de Hacqueville, aldea cercana a Ruán, en Normandía de Francia. El mismo año nacieron Napoleón, Cuvier, Humbold y Ney. Quedó huérfano de madre cuando aún era muy chiquito, y a los ocho años lo mandó su padre al colegio para que se preparase a emprender la carrera eclesiástica.

El muchacho tenía aversión a los clásicos y todo su interés se concentraba en ver trabajar a los carpinteros y a los constructores de carros y carretas.

En vez de estudiar las lecciones de latín y teología se entretenía en trazar toda clase de dibujos, y los días festivos se ejercitaba a escondidas de su padre en el manejo de las herramientas, llegando a construir una pieza de carpintería mucho mejor que los más hábiles maestros de este oficio.

Solía ir al muelle de Ruán para ver los barcos cuya vista le embelesaba, y como un día le llamaran la atención dos extraños cilindros de hierro fundido, le preguntó a un barquero que para qué servían, y le respondió que eran parte de una bomba de elevación de agua que acababa de llegar de Inglaterra.

El muchacho repuso:

—Cuando yo sea mayor iré a ver ese país.

Sin maestro había aprendido en ratos de ocio a tocar la flauta, y fijándose en la manera de estar construídos los clavicordios, se le ocurrió la idea de combinar ambos instrumentos y trazó el modelo de una especie de organillo.

Estas aficiones disgustaban en extremo al padre de Marcos, y aunque hizo todo lo posible para desviarlo de ellas convirtiéndolo a los estudios teológicos, no logró vencerle la natural inclinación, y dióle licencia para abrazar la carrera de marino, cuyos estudios tomó tan a su gusto, que a las pocas lecciones de trigonometría inventó un instrumento para medir exactamente la altura de la aguja de la catedral.

El talento del joven Marcos llamaba la atención de cuantos lo trataban y por su afabilidad de carácter se hacía querer de todos, especialmente del director de la academia, quien cuando el ministro de Marina estuvo en Ruán, le presentó a su predilecto discípulo, encomiando de tal suerte sus felices disposiciones, que ingresó en el cuerpo de la Armada a los diez y siete años con dispensa de edad.

Incorporado a la dotación de un navío, fué a presentarse al capitán, en cuya mesa de trabajo vió un cuadrante de altura, instrumento para él des-

conocido; pero, sin tocarlo, lo examinó cuidadosamente mientras esperaba al capitán, y a los pocos días había ya construído otro tan cercano a la perfección, que le sirvió todo el tiempo que estuvo en la armada.

A principios de Enero de 1793, la Convención decretó el desguace del navío en que Brunel prestaba servicio, y entonces se trasladó Marcos a París. Estaban abolidos los títulos nobiliarios y los tratamientos oficiales, sin dejar otra titulación que la de para los revolucionarios honrosísima de *ciudadano*.

Iba el joven marino acompañado de su perro, como nuevo Alcibiades, aunque con la cola íntegra, y cuando el animal se apartaba lejos de su lado, lo llamaba con el grito de: *¡Ven acá, ciudadano!*

Esta frase por poco le cuesta poner la cabeza en el tajo de la guillotina, porque habiéndola oído en cierta ocasión un grupo de furibundos republicanos, tomaron por grave insulto que fuese conferido a una bestia el honroso título de ciudadano.

Desde entonces no le quitaron los espías la vista de encima por sospechoso de realista, y no se equivocaban, pues tales eran sus convicciones, que cual cumple a todo carácter viril no disimulaba ni encubría.

El 19 de Enero de 1793, al circular por París

la noticia de que la Convención había votado la muerte del rey Luis XVI, se hallaba Brunel en un restaurán y defendió en voz alta al por lo débil desdichado monarca.

Mal lo hubiera pasado el joven marino si al propio tiempo no prorrumpe en exclamaciones de indignación contra la condena otro realista hacia quien se dirigieron en amenazadora actitud los republicanos que se hallaban en el local, dando tiempo para que Brunel escapara, internándose por las callejuelas contiguas al restaurán, y a la mañana siguiente salió ocultamente de París dirigiéndose a Ruán, donde logró refugiarse en casa de un pariente que era el cónsul de los Estados Unidos en la ciudad.

Allí trabó conocimiento con una joven inglesa llamada Sofía Kingdom, y las relaciones entre ambos terminaron con promesa de matrimonio para cuando Brunel pudiera salir de Francia huyendo de las atrocidades del Terror.

Con no poca dificultad obtuvo un pasaporte para los Estados Unidos y tomó el camino de El Havre con objeto de embarcarse, pero ya a bordo del buque notó que se había dejado el pasaporte en Ruán, y como no había tiempo de volver atrás, pidió prestado el pasaporte de otro emigrante, copiándolo con tanta fidelidad que ni el más lince hubiera advertido diferencia.

Apenas zarpado el buque, lo detuvo una fragata francesa, uno de cuyos oficiales pasó a bordo, ordenando que formaran sobre cubierta los pasajeros franceses para revisarles los pasaportes, sin que el oficial echara de ver la falsificación.

Felizmente arribó Brunel a Nueva York en Septiembre de 1793, agregándose a una expedición destinada a explorar los entonces desconocidos territorios aledaños del lago Ontario.

Entretanto, los revolucionarios habían detenido y preso en Ruán a Sofía Kingdom, por sospechas de espionaje, con muchas otras jóvenes que una tras otra fueron enviadas a la guillotina, y la joven inglesa esperaba angustiosamente el mismo fin, cuando un día se abrieron de par en par las puertas de la cárcel y se les dijo a los presos que estaban libres. La caída de Robespierre había acabado con el Terror, y Sofía regresó a Inglaterra.

Portóse Brunel tan distinguidamente en la expedición exploradora y de tal modo se captó por sus bondades el afecto de los indios, que el jefe expedicionario le encargó el proyecto de un canal que enlazara el río Hudson con el lago Champlain, desempeñando su cometido de manera que le nombraron ingeniero jefe de la ciudad de Nueva York, construyendo un arsenal y una maestranza de artillería con fundición de cañones, hasta que deseoso de ver a su prometida dimitió el cargo y embar-

cóse para Europa en 1799, desembarcando en Falmouth con cartas de recomendación para influyentes personajes.

Contrajo entonces matrimonio con su prometida Sofía Kingdom y dedicóse a trabajos de ingeniería mecánica, inventando un pantógrafo y una máquina para hacer balas de algodón, de la cual no obtuvo provecho por haber descuidado la toma de patente.

Después inventó una máquina para construir los motones de las poleas usadas en la marina que hasta entonces se hacían a mano y no bastaba la producción anual a satisfacer la demanda. Pero los constructores se opusieron a la admisión del invento recelosos de que bajara el precio de las poleas, y entonces se dirigió Brunel resueltamente al ministerio de Marina, logrando tras no pocas dificultades con tesón vencidas, que el gobierno aceptara el invento concediéndole la subvención de una guinea diaria y gastos de viaje mientras instalara la máquina, con promesa de mayor remuneración en cuanto funcionara.

Y funcionó tan perfectamente, que pudo construir todos los polipastos necesarios para la marina británica, pues diez hombres producían con ella más y mejor obra que un centenar a mano, ahorrando al almirantazgo 24,000 esterlinas en un año. Recibió Brunel 17,000 por el invento.

Posteriormente construyó otra máquina para combar madera y la hoy por doquiera difundida sierra de cinta que le concitó las iras del gremio de aserradores a la sazón muy influyentes en política, y le acusaron de ser extranjero.

Una vez hubo de declarar como testigo en una causa criminal, y el abogado defensor del acusado, con intento de desvirtuar su declaración ante el tribunal, le preguntó:

—¿No es usted francés de nación, señor Brunel?

A lo que él respondió:

—Sí, señor; soy de Normandía, el país de donde proceden los más rancios títulos de la nobleza británica.

Después de instalar varias aserrerías mecánicas por cuenta del gobierno, vió en 1809 desembarcar los restos del ejército inglés que con adversa fortuna había peleado en España contra los franceses y cuyo general Juan Moore murió en la batalla de la Coruña el 16 de Enero de aquel año. Supo que la batalla se había perdido por ir los soldados descalzos o con los pies envueltos en trapos, a causa de que los contratistas de calzado estafaban al gobierno y por ser casi imposible fabricar a mano zapatos bastante resistentes para las tropas en campaña.

Esta circunstancia le movió a estudiar el proyecto de una máquina de hacer calzado, y en 1811

construyó la primera de su género, de la cual se han ido derivando todas las empleadas actualmente en el ramo de zapatería.

Sin embargo, el Gobierno no aceptó el invento, porque la guerra estaba a punto de terminar, perdiendo en esta empresa 3,000 esterlinas, a lo que se añadió en 1814 el incendio de la aserrería mecánica que para su particular industria había instalado en Battersea.

Le arruinaron estos reveses hasta el extremo de quebrar en 1821, siendo condenado a prisión por deudas que a los pocos meses pagó el Gobierno en atención a sus servicios.

Puesto en libertad, prosiguió dedicado a inventos y construcciones mecánicas. Noticioso de los fracasos sufridos por Raúl Dodd en 1798 y Ricardo Trevithich en el intento de abrir un túnel bajo el Támesis, meditaba frecuentemente sobre este problema, cuando estando un día en el arsenal de Chatham, le llamó la atención un pedazo de madera procedente de un buque desguazado, agujereada por el molusco acéfalo llamado broma, que se introduce en las maderas bañadas por las aguas del mar y en ellas se desarrolla y vive hasta destruirlas completamente, excavando galerías en todos sentidos, por lo que es un enemigo terrible para los diques, pilotajes y barcos de madera.

Tomó Brunel el pedazo de tabla y examinando

con sumo cuidado las excavaciones vió que estaban revestidas interiormente de una especie de greda que las impermealizaba.

Prosiguiendo sus observaciones en ejemplares vivos de la broma, notó que estaba armada de dos conchas móviles que protegían la parte anterior del animal, quien valiéndose de sus pies como de fulcro o punto de apoyo de una palanca, imprimía a las conchas un movimiento de rotación que obraban en la madera con la misma eficacia que una barrena y el serrín iba pasando por una fisura hasta llegar a la boca del molusco.

Este viviente mecanismo le sugirió la idea del famoso escudo de protección para la apertura de túneles, que fué el modelo de cuantos con el mismo objeto posteriormente se inventaron.

A fines de 1823 tenía ya Brunel trazado el proyecto en él que interesó a varios personajes influyentes, entre ellos el duque de Wellington, constituyéndose una compañía empresaria que como era natural nombró a Brunel ingeniero en jefe.

Colocóse la primera piedra el 2 de Marzo de 1825 y aunque Brunel cayó enfermo, prosiguieron las obras bajo la dirección de su hijo Isambard Brunel Kingdom, que no cedía en talento al padre.

Restablecido de la enfermedad, encargóse Marcos nuevamente de la construcción, teniendo que luchar con muchas dificultades y no pocos contra-

tiempos, pues por dos veces se inundó el túnel, el presidente de la compañía se mostró hostil a Brunel, los consejeros se metían a cada paso en lo que por ser de índole técnica no les importaba ni entendían y el ingeniero del Estado resultó un inepto, siendo lo más grave que, según la exploración de los buzos, el cauce del río se adelgazaba en un trecho hasta el punto de que por medio de un tubo de hierro se podía conversar desde el túnel con los buzos.

No se amilanó Brunel por un obstáculo que tan invencible parecía, y venciólo con su ingenio; pero cuando ya iban excavados 166 metros de túnel, se declararon en huelga los obreros reclamando aumento de salario. Brunel dominó la situación despidiendo a los promotores de la huelga, y los demás volvieron al trabajo.

Sin embargo, ocurrió otra inundación a consecuencia de haber anclado en el paraje del río encima del túnel tres buques cuyas anclas perforaron el lecho, y suerte fué que los operarios pudieron escapar a tiempo, menos uno que de seguro se ahogara a no haberlo salvado heroicamente el hijo de Brunel con riesgo de su vida.

Por entonces se habían acabado los fondos de la compañía, y aunque el duque de Wellington hizo un llamamiento al público para que aportara capital, nadie respondió a la demanda y quedaron

en suspenso las obras hasta que en 1834 el Gobierno concedió un préstamo de 250,000 esterlinas para la terminación del túnel, que por fin se inauguró el 25 de Marzo de 1843, pasando por él 50,000 personas en veinticuatro horas y 500,000 en un mes. Murió Brunel de un ataque de parálisis el 12 de Diciembre de 1849.

XIV. VOLUNTAD Y RESOLUCIÓN.

XIV. VOLUNTAD Y RESOLUCIÓN.



ASEABA por su jardín el duque Jorge de Argill, ministro de la India en el gabinete británico y muy erudito antropólogo, cuando encontró sobre la hierba un ejemplar en latín de los *Principios* de Newton, y suponiendo que fuese de su biblioteca, llamó a un criado para que allá lo llevase; pero Edmundo Stone, el hijo del jardinero, acudió diciendo que era suyo.

—¡Tuyo!—exclamó el duque asombrado.—¿Acaso sabes latín y geometría y entiendes a Newton?

—Conozco algo de todo eso—respondió Edmundo.

—Pero ¿cómo aprendiste todas esas cosas?

—Hace diez años me enseñó a leer un criado; y ¿no bastan las letras del alfabeto para aprender todo cuanto uno quiera? Cuando aprendí a leer estaban los albañiles construyendo esta casa. Me acerqué un día a curiosear las obras y vi que el arquitecto manejaba una regla y un compás y hacía cálculos. Pregunté para qué servía todo aquello y me dijeron que era cosa de unas ciencias llamadas matemáticas. Compré un libro de aritmética y lo aprendí. Después otro de geometría; pero me di-

jeron que había en latín muy buenos tratados de matemáticas y aprendí el latín con ayuda de diccionario. Supe que también había buenos tratados de matemáticas en francés y aprendí este idioma. Esto es lo que he hecho y me parece que cualquiera puede aprender cuanto necesite saber si conoce las letras del alfabeto.

***

Guillermo Hickling Prescott, el famoso historiador norteamericano, nació en Salem, Estado de Massachusetts, el 4 de Mayo de 1796. Era hijo de un conspicuo jurisconsulto y nieto del coronel Guillermo Prescott, que se había distinguido notablemente en la guerra de la independencia y en cuya memoria se erigió una estatua en Bunker Hill el año 1881.

Ingresó Guillermo en la universidad de Harvard en 1811 y se graduó de bachiller en leyes en 1814; pero durante el primer curso, al pasar por el comedor del internado, volvió la cabeza al oir rumor de algazara, y en el preciso instante de volverse dióle en el ojo izquierdo un pedazo de pan seco que otro estudiante había lanzado por diversión sin pensar en las consecuencias.

Se le hinchó el ojo lesionado, y a poco, por efecto de simpatía, apareció la dolencia en el derecho, debilitándosele la vista de modo que hubo de estar

recluído durante algunos meses en un cuarto obscuro. Restablecido algún tanto, volvió a la universidad; pero no tardó en reaparecer la dolencia y hubo de desistir de los estudios.

A los veinticinco años se encontraba medio ciego y sin conocer las lenguas modernas; pero era joven de indomable voluntad y no quería que fuese su vida inútil.

Dedicóse al estudio de la historia, empezando por la literatura italiana, y gracias a la desahogada situación en que le dejara su padre pudo valerse de amanuenses a quienes dictaba cuanto por el perseverante ejercicio de la memoria retenía en su mente después de leerlo en los documentos de los archivos.

Venciendo multitud de dificultades, publicó tras veinte años de estudios e investigaciones la *Historia de Fernando e Isabel*, la *Conquista de México* y *Conquista del Perú*, que le aquistaron mucha nombradía, mereciendo que el Instituto de Francia le nombrara socio correspondiente. En 1855 publicó dos volúmenes de la *Historia de Felipe II*, que no pudo terminar por haber muerto de un ataque apoplético en Boston el 28 de Enero de 1859.

***

La carrera de Enrique Fawcett es otro ejemplo

de lo mucho que puede la firme voluntad en lucha con adversas circunstancias.

Nació el año 1833 en Salisbury, de una familia muy significada en el partido liberal, y todavía niño formó el resuelto propósito de entrar cuando hombre en el Parlamento con el noble ideal de fomentar la educación de las clases populares y sobre todo de mejorar la suerte de los obreros agrícolas que en aquella época penaban como esclavos.

Aunque como hijo de agricultor le llevaban sus naturales inclinaciones a la vida al aire libre y los ejercicios físicos, tuvo la suficiente fuerza de voluntad para dedicarse al estudio, creyendo que era el único medio de abrirse paso en el camino de la política.

Fué sucesivamente alumno de los colegios de Queenwood, Hants y King, hasta ingresar en 1852 en la universidad de Cambridge donde en 1856 se recibió de abogado con nota de sobresaliente.

Ejerció algún tiempo la profesión, persistiendo en el propósito formado en su infancia de entrar en el Parlamento para contribuir a la mejora de condición de los obreros del campo, de los indígenas de la India británica y en general de todos los menesterosos y oprimidos.

Por entonces influyeron poderosamente en su ánimo los escritos de Juan Stuart Mill con quien contrajo personal amistad, y eran cada vez más

firmes sus esperanzas de ser diputado, cuando las desvaneció por de pronto un grave accidente que hubiese sumido en la desesperación a otro joven menos animoso.

Fué Fawcett con su padre a caza de perdices por las cercanías de Salisbury, e impensadamente se le disparó a aquél la escopeta, cuya carga de perdigones dió en pleno rostro del joven, que a consecuencia del accidente perdió la vista de ambos ojos.

Triste y al parecer irremediable desgracia era quedarse ciego a los veintinco años, cuando tan brillante porvenir le prometían los felices comienzos de su carrera; pero haciéndose en seguida cargo de la situación en que le colocaba la ceguera, resolvió que no había de ser obstáculo para entrar en el Parlamento, y desde luego se adaptó a las nuevas condiciones de su vida, abandonando el foro que sólo había considerado como un medio de conseguir la representación parlamentaria.

Arremetió entonces de frente contra el obstáculo presentando en 1860 su candidatura por Southwark, y aunque la retiró antes del día de las elecciones, sirvióle aquella campaña electoral de aprendizaje, convenciéndole de que la ceguera no sería insuperable obstáculo para lograr su propósito.

En Enero de 1863 volvió a la lucha, presentando

su candidatura por Cambridge, pero lo derrotó el candidato conservador, y en espera de mejores ocasiones de triunfo publicó un *Manual de Economía política*, basado en las ideas de Franklin y de Stuart Mill, que le valió el nombramiento de catedrático de Economía política de la universidad de Cambridge.

En las elecciones de 1864 luchó por el distrito de Brighton y aunque fué derrotado por pocos votos, dejó en el cuerpo electoral tan favorable impresión, que al año siguiente lo eligieron diputado por gran mayoría, viendo así realizado, a pesar de la ceguera, el sueño de su infancia.

Los agentes electorales del partido liberal no habían apoyado la candidatura de Fawcett, antes al contrario, les disgustó que la presentara, por lo que una vez elegido, se mostró en su vida política independiente de la rígida disciplina de partido, votando la ley de ampliación del sufragio presentada a la Cámara en 1867 por Disraeli, a pesar de que era el jefe de un gobierno conservador.

En el Parlamento defendió la abolición de las confesiones de fe anglicana que se exigían a los alumnos en las universidades; abogó por que se extendiera a los obreros del campo la limitación de jornada de trabajo concedida a los operarios de las fábricas, que se estableciera legalmente la enseñanza primaria obligatoria y gratuita y se instalasen en todas las poblaciones campos de educación física; y finalmente que se atendiera con paternal solicitud a los naturales de la India.

En todas estas iniciativas tuvo Fawcett por los más enconados enemigos a los primates de su propio partido, del que acabaron por expulsarlo, y en las elecciones generales de 1874 fué derrotado en el distrito de Brighton; pero como si bien tenía adversarios políticos, jamás los tuvo personales, todos sintieron su ausencia del Parlamento porque reconocían su sinceridad y honradez política, y así fué que anulada el acta de Hackney en Febrero de 1874, y debiéndose proceder a nuevas elecciones, resultó elegido Fawcett.

Prosiguió su campaña parlamentaria en favor de la India con tal insistencia, que le apellidaron el "diputado por India". Además logró que se declararan parques nacionales los bosques más frondosos de Inglaterra y abogó por la concesión del derecho electoral a la mujer.

Cuando en 1880 volvió Gladstone al poder al frente de una gran mayoría parlamentaria, fué de nuevo elegido Fawcett diputado por Hackney, por 18,366 votos contra 8,708 que obtuvo su adversario.

Gladstone le nombró director general de Comunicaciones de todo el imperio británico, y a los quince días de posesionarse del cargo con catego-

ría de ministro, había ya establecido los paquetes postales, el giro y ahorro postal, los telegramas a seis peniques, y varias otras reformas de público beneficio que los demás países tardaron todavía muchos años en implantar.

Era Fawcett la antítesis del empleado balduquero y oficinesco que se goza en el expediente como carcoma en maderamen. Consideraba su departamento y su persona como servidores y no explotadores del público; y todos los actos de su vida oficial estuvieron determinados por el convencimiento de que su deber era servir los intereses y conveniencias del público por cuantos medios estuviesen a su alcance, sin que las comunicaciones fuesen una fuente de contribución indirecta, sino un gasto del Estado en bien del país.

Asimismo mostró Fawcett viva solicitud por los empleados de correos y telégrafos cuyo número en aquel entonces era de 90,000, estableciendo una semana anual de vacaciones para los empleados en las administraciones rurales, mejoró los sueldos, admitió el servicio de la mujer, y antes de despedir a un empleado por ínfimo que fuese, examinaba por sí mismo las causas de la destitución, pues no hubiera podido dormir tranquilo si fuese injusta la separación del empleado.

Desempeñando su alto cargo murió el 6 de Noviembre de 1884, siendo sepultado en Arumpington cerca de Cambridge. Se le erigió un monumento nacional en la abadía de Westminster.

Fué Fawcett un perfecto caballero por temperamento y por educación. Su exquisita naturaleza se identificaba con las penas y dolores del prójimo y se hacía cargo de los placeres y recreos honestos a que los menesterosos tenían derecho, aunque él por su ceguera no los pudiese disfrutar. Esta delicada simpatía le aquistó la admiración y gratitud de las mujeres precisadas a ganarse la vida con su trabajo; de los operarios agrícolas que habían de irse a la cama al ponerse el sol porque no sabían leer ni escribir; de los trabajadores indios que ganaban tres peniques de jornal por once horas de jornada y habían de pagar impuestos por los artículos de primera necesidad.

Hombres como Fawcett son los verdaderos héroes de la humanidad, los apóstoles del progreso, los mártires de la civilización, los genuinos siervos de Dios que por amor al bien sirven a sus hermanos.

XV. UN GENIO BENÉFICO.

XV. UN GENIO BENÉFICO.


ACIÓ Luis Pasteur el 27 de Diciembre de 1822 en la población de Dole, departamento del Jura, en Francia, y era hijo de un curtidor de pieles que había sido sargento del regimiento de infantería n.° 3, estaba condecorado con la cruz de la Legión de Honor, y se fué a establecer más tarde con su familia en Artois.

La madre de Pasteur, hija de un jardinero, era mujer de acendrados sentimientos religiosos, y el padre tenía entre sus más sobresalientes cualidades la infatigable laboriosidad, de suerte que el niño Luis recibió en el hogar una sólida educación moral basada en la virtud, el trabajo y la suave disciplina que no esclaviza, sino que dirige la voluntad.

Según confesión del propio Pasteur, todo cuanto fué se lo debió a sus padres que con afectuoso rigor le apartaron de las malas compañías y le dieron el ejemplo de una conducta leal, sincera y completa.

Comenzó los estudios clásicos en el colegio de Artois, prosiguiéndolos en Besanzón y después en el instituto Barbet y el Liceo de S. Luis en París.

Al principio no se distinguió el joven Pasteur

de sus condiscípulos ni daba muestras del poderoso talento de investigación que con el tiempo había de explayar; pero no tardaron en manifestarse las aptitudes científicas que hasta entonces habían estado aletargadas, y el director del colegio de Artois que veía en aquel alumno algo superior a los demás sin acertar en qué consistía, aconsejó a sus padres que lo mandaran a la Escuela Normal de París.

Contaba entonces Pasteur diez y seis años y en Octubre de 1838 se trasladó a la capital de Francia; pero una enfermedad le fuerza a regresar a casa de su padre donde recobra la salud y avergonzado de haber cedido al desaliento, entra en el colegio de segunda enseñanza de Besanzón para cursar el bachillerato.

Obtenido este título, amplía los estudios en el instituto Barbet y en el colegio de San Luis y después ingresa con el n.° 4 en la Escuela Normal superior el año 1845. Allí recibe las lecciones del ilustre químico Balard, descubridor del bromo y de la extracción del cloruro sódico del agua del mar, y del no menos insigne Juan Bautista Dumas, el fundador de la química unitaria.

En Septiembre de 1846 se le nombró auxiliar de ciencias físicas y preparador en el laboratorio de Balard; y en 1847 obtuvo el título de doctor en ciencias.

Dedicóse entonces a trabajos de investigación sobre los ácidos tartáricos y sobre cristalografía, que llamaron la atención del mundo científico y le valieron el nombramiento de catedrático de Física en el liceo de Dijón, de donde pasó a la cátedra de Química de la Facultad de Ciencias de la universidad de Estrasburgo, y en 1854 fué nombrado decano de la Facultad de Ciencias recientemente establecida en la universidad de Lille.

Se había introducido en los planes de enseñanza la novedad de las llamadas prácticas de laboratorio donde los alumnos podían repetir por sí mismos los experimentos de clase, y se concedía un título especial que daba derecho a obtener cargos de responsabilidad y confianza en las industrias mecánicas y químicas.

Desistió entonces Pasteur de sus trabajos de cristalografía, en los que descubrió las leyes de la disimetría molecular y le valieron la medalla Rumford de la Real Sociedad de Londres, para ocuparse en el estudio de la fermentación, movido a ello por las instancias de un fabricante de alcohol de remolacha que fué a pedirle consejo sobre las causas de los muchos contratiempos con que tropezaba en su industria.

En el transcurso de estos estudios sobre la fermentación descubrió que de todas ellas era el agente un microbio específico para cada caso, que

no obraba por acto de presencia, sino por proceso de su propia vida, desempeñando la misma acción que la levadura de cerveza en la fermentación alcohólica. Distinguió entre los microbios de vida aerobia o sea con oxígeno y los de vida anaerobia o sin oxígeno, negando la generación espontánea que afirmaban algunos cientistas y obteniendo por la definitiva solución de este tan debatido problema biológico el premio fundado al efecto por la Academia de Ciencias.

Ya entonces era director de los estudios científicos de la Escuela Normal Superior, cargo que desempeñó hasta 1867, en que fué nombrado catedrático de Química de la Sorbona.

Entretanto descubrió el procedimiento para obtener los microbios de la fermentación en estado de puro cultivo y también para matarlos de modo que no pueda efectuarse la fermentación en la cerveza, leche, vino y vinagre; procedimiento que hoy se llama *pasteurización.*

De sus experimentos indujo Pasteur que todos los microbios provienen de gérmenes preexistentes, que los experimentadores no habían logrado descubrir o por inhabilidad de observación o por insuficiencia de los instrumentos empleados o por deficiente experimentación.

Pero tropezó con un adversario en el director del Museo de Historia Natural de Ruán, el profe-

sor Pouchet, quien afirmaba la posibilidad de que nacieran organismos vivos en un medio absolutamente esterilizado, pues en un globo de cristal donde no penetraba el aire habían ocurrido fenómenos de fermentación.

Sin embargo, Pasteur demostró en otros experimentos que el aire penetraba en el globo de cristal del profesor Pouchet y obtuvo la final victoria contra los partidarios de la generación espontánea.

Reanudó entonces los trabajos sobre la fermentación, descubriendo el fermento del vinagre en el hongo llamado *Micoderma aceti,* y también halló en unas vegetaciones microscópicas la causa de la alteración del vino, cuyo remedio obtuvo sometiendo los vinos a una temperatura de 60°.

A instancias de su maestro Dumas, suspendió estas tareas de investigación para que probara de atajar la terrible epidemia que desde 1849 diezmaba a los gusanos de seda, ocasionando a la sericicultura del Mediodía de Francia enormes pérdidas, sin que hubieran logrado remediar el mal los esfuerzos hasta entonces realizados empíricamente para combatirlo.

Pasteur halló el remedio que consistía en el examen microscópico de los insectos perfectos para eliminar las hembras atacadas de la enfermedad cuyas características señaló con toda precisión, descubriendo que la causaba un microbio que vive

en las hojas del moral y se multiplica en el intestino de los gusanos, con la circunstancia de que sólo enferman aquellos cuyas defensas naturales no bastan para destruir los gérmenes morbosos.

El 30 de Abril de 1877 dirigió Pasteur a la Academia de Ciencias de París una comunicación en que afirmaba que la enfermedad del carbunco, tan terrible para el ganado lanar y vacuno, provenía de un microbio al que llamó *Bacillus anthracis*. Para remediar el mal atenuó el virus mediante el cultivo del microbio y obtuvo una vacuna que inoculada en las reses las inmunizaba contra la enfermedad.

En 1880 estudió el cólera de las gallinas, observando todo el ciclo recorrido por el microbio para realizar una infección intestinal, y empleando el cultivo del germen para atenuar su virulencia e inocularlo a las gallinas sanas, que también quedaron indemnes del contagio.

En 1881, un médico llamado Lannelongue, llamó la atención de Pasteur sobre un caso de rabia en un niño enfermo en el hospital Trousseau; pero como no se conocía el microbio de esta horrible enfermedad, era imposible emplear el procedimiento de inoculación.

Sin embargo, sospechando que el virus rábico se concentraba en el cerebro y la medula, se le ocurrió depositar en el cerebro de animales sanos

un trozo de cerebro procedente de otro animal muerto a consecuencia de la rabia. En el perro apareció la enfermedad después de los catorce días y en el conejo mucho antes.

Desecando la medula de conejos muertos por la rabia, fué perdiendo poco a poco su virulencia hasta que a los catorce días no quedaba ni rastro del virus. Entonces inoculó con esta medula y después con otras de menos días de desecación a varios perros hasta inocularles la medula de un conejo recientemente muerto de rabia. Todos los perros resistieron al virus, pues mordidos por perros rabiosos no se les declaró la enfermedad.

El inmediato experimento consistió en inocular medula desecada a un perro después de mordido por otro rabioso, y en vista del éxito obtenido, pues el perro inoculado quedó indemne, se atrevió Pasteur a ensayar el mismo experimento con un hombre a quien había mordido un perro rabioso, logrando la definitiva victoria contra la terrible enfermedad.

En Marzo de 1886 la Academia de Ciencias declaró en sesión solemne que estaba descubierta la profilaxis de la rabia y procedía por lo tanto fundar un establecimiento en donde se inoculase la vacuna contra la espantosa morbosidad.

Abrióse al efecto una subscripción pública que produjo 2.586,650 francos, y dos años después,

el 14 de Noviembre de 1888, se inauguraba el *Instituto Pasteur* en el que además del dispensario para el tratamiento de la rabia se instaló una sección de investigaciones y otra de morfología microbiana a cargo de los sabios rusos Gamaleia y Metschnikov, con otra sección de microbiología médica confiada al profesor Roux, quien posteriormente descubrió la profilaxis de la difteria.

No fué la humanidad ingrata con su bienhechor, como lo fué en otros tiempos con Galileo, Colón, Palissy, Watt y Stephenson. El ministerio de Agricultura de Austria le otorgó en 1868 un premio de 10,000 florines por su remedio contra la enfermedad de los gusanos de seda. En 1873, la sociedad Fomento de las Ciencias le concedió otro de 12,000 francos por sus trabajos sobre la fermentación, y en 1874 la Asamblea Nacional votó en su favor una pensión vitalicia de 12,000 francos.

El 26 de Diciembre de 1892 se celebró con gran pompa el septuagésimo aniversario del insigne sabio, presidido por el presidente de la república francesa Sadi Carnot y al que asistieron muchas notabilidades científicas de todas las naciones. Murió Pasteur el 28 de Septiembre de 1895 en Villeneuve-l'Etang y fué sepultado en la capilla del Instituto de su nombre.

XVI. DEL TERRUÑO A LA CÁTEDRA.

XVI. DEL TERRUÑO A LA CÁTEDRA.



UCHO más útiles que la espada de los conquistadores y las proezas de los aventureros han sido para la humanidad las silentes hazañas de los cientistas que en la quietud del gabinete y en el claustral sosiego del laboratorio desbrozaron el camino que más tarde desembarazadamente siguieron los próceres de la industria al dar aplicación práctica a las concepciones del inventor.

La vocinglería callejera no pone en sus indoctos labios el nombre de los sabios que trabajan en la cátedra, en el laboratorio, en el museo, en el archivo, en el observatorio, en las escondidas fuentes de la ciencia de donde brota copioso y límpido manantial cuya corriente fertiliza en diversificada red de canales los dilatados términos de la agricultura, la industria, el comercio y las artes.

Estos hombres que en vida no gozaron del aura popular, batallaron por la verdad, derruyeron los baluartes de la superstición y escalaron las cimas del conocimiento para entregar gratuitamente a la civilización los elementos de adelanto y progreso de que disfrutan las multitudes inconscientes de las luchas sostenidas por su bienhechor.

Uno de estos hombres cuyo nombre sólo resuena

en las aulas universitarias y sólo se estampa en los tratados científicos, fué Jaime Clerk Maxwell, nacido el 13 de Junio de 1831 en una granja de Galloway, situada en solitario paraje cuyo ambiente no parecía el más a propósito para estimular las naturales aptitudes de un muchacho nacido con tan felices disposiciones, y sin embargo demostró desde muy niño las que para las artes mecánicas tenía, entreteniéndose en jugar con las cerraduras de las puertas, los candados de los baúles y cuantas llaves se ponían al alcance de sus manos.

También se fijaba en los alambres que movían la campanilla de llamada, en el curso de las aguas por las atarjeas de riego de la finca de su padre, a quien abrumaba a preguntas sobre todo cuanto veía, insistiendo en ellas si la respuesta no le satisfacía.

Apenas contaba tres años, cuando un amigo de su padre le dió una planchuela de estaño pulido para que jugara con ella y al punto notó que moviéndola de un lado para otro en diversas inclinaciones frente al sol, reflejaba la luz por todo el aposento, como suelen hacer los niños ya mayorcitos con los añicos de espejo.

El niño Maxwell comprendió desde luego la naturaleza del fenómeno y le dijo a su padre que la planchuela de estaño reflejaba la luz del sol; ob-

servación realmente extraordinaria en un niño de tan corta edad.

Es costumbre en las comarcas rurales de Inglaterra celebrar el término de las operaciones de la cosecha con un baile de orquesta en el que toman parte todos los jornaleros de uno y otro sexo que trabajaron en la granja.

Tenía Maxwell seis años cuando presenció uno de estos bailes, pero en vez de fijar la atención en las parejas, no se apartó un punto de la orquesta, mirando anhelosamente al violinista como si quisiera descubrir el oculto mecanismo del instrumento.

Cuando se lo llevaba a paseo su nodriza siempre traía la cabeza llena de preguntas que una tras otra iba derramando en los oídos de su madre, quien se quejaba de no ser capaz de satisfacer la curiosidad de su hijo.

Aunque parezca temeraria afirmación, Maxwell fué a los diez años de su edad el progenitor del cinematógrafo, y los futuros historiadores de los inventos humanos habrán de tener en cuenta esta circunstancia y atribuir en justicia a Jaime Clerk Maxwell el que pudiéramos llamar embrión del cinematógrafo, en colaboración con una prima suya, ocho años mayor que él, la cual tenía mano de hada para dibujar animales.

Acostumbraba la muchacha a entretenerse ju-

gando con su primo a quien había cobrado entrañable afecto por la maña que denotaba en todo cuanto hacía, y una vez se le ocurrió dibujar en un disco de cartón diversidad de animales, entre ellos un par de perdigueros en actitud de correr tras de la ojeada pieza, una rata que huía de la persecución de un gato, y otras escenas por el estilo.

El niño Maxwell había observado anteriormente que imprimiendo un veloz movimiento de rotación a un brinquillo encendido por la punta, aparecía en el aire una circunferencia luminosa trazada por el punto en ignición, y aunque había preguntado a todos los de la casa por la causa de aquel fenómeno que tan milagroso parecía, nadie supo responderle ni él atinó en lo que pudiera ser; pero sirvióle la observación de estímulo para efectuar análoga experiencia con el disco que su prima había sembrado de figuras de animales, y al imprimirle por medio de un molinete un rápido movimiento de rotación, vieron ambos con asombro, que parecía como si verdaderamente los perros corrieran tras la pieza y el ratón huyese de las garras del felino. No cabe duda de que el infantil experimento fué el embrión del moderno cinematógrafo que en tan enormes proporciones ha acrecentado la riqueza mundial y que fuera un eficacísimo instrumento de cultura si acertadamente se aplicara.

No podían sospechar Maxwell y su prima que el

disco de sus juegos entrañaba incalculables riquezas como la simiente entraña en su diminuta masa la futura cosecha.

Alentados por el éxito de su primer experimento, prosiguieron los dos aficionados a tan instructivo entretenimiento, y si la joven Jacobita Wedderburn, que así se llamaba la prima, manejaba ágilmente el lápiz, el joven Maxwell concebía las escenas que había de dibujar en los discos y que denotaban la fértil imaginación del futuro inventor, como por ejemplo una vaca embistiendo a la luna, un jinete atravesando un aro al estilo de circo ecuestre, unos polluelos saliendo del huevo, un renacuajo metamorfoseándose en rana y otras escenas tan curiosas y entretenidas como las descritas.

Durante su segunda infancia llevó Maxwell la saludable vida del campo con sus operaciones al aire libre en íntimo contacto con la naturaleza cuyos cotidianos fenómenos observaba, familiarizándose con las costumbres de los animales y estudiando la vida de los vegetales.

Como todos los muchachos de natural talento, era travieso a la par que reflexivo, y cuéntase de él que al ir la criada desde la cocina al comedor con la bandeja del servicio de té, apagó la luz el muchacho agazapándose en medio del pasillo, de modo que la sirviente tropezó con su atravesado cuerpo y dió de bruces en el suelo.

Tuvo Maxwell por primer maestro a su madre, quien guiada por pedagógica intuición, acertó a infundir en su hijo el fundamental y verdadero concepto de Dios enseñándole a verlo y admirarlo en las obras de la naturaleza.

A los ocho años sabía el niño de memoria todo el salmo 119 de David, que consta de 176 versículos, y conocía los más salientes pasajes de la Biblia; pero al poco tiempo murió la madre y fué preciso buscarle un maestro particular, quien como la mayoría de los de aquella época estaba apegado a una falsa metodología tan bárbara como rutinaria, y no tardó en manifestar al padre que el muchacho era muy torpe y no sería posible hacer carrera de él.

En vista de este desfavorable dictamen y recelando el padre con razón que el torpe fuese el maestro en enseñar y no el discípulo en aprender, mandó al chico a casa de una tía suya residente en Edimburgo, con objeto de que pudiera matricularse en la Academia de dicha ciudad.

Al ingresar en este establecimiento docente, fué blanco de las burlonas miradas de los alumnos porque iba en traje campesino, con zapatos de punta cuadrada, gafetes de latón y cuello de chorrera; y como por entonces era general la costumbre, que aún hoy día perdura, de gastar bromas entre inocentes y pesadas a los novatos, los colegiales se agolparon en torno del recién venido, abrumándolo con sus mofas y burlas.

Uno tras otro le fueron preguntando que quién le había hecho aquellos zapatos; pero él sin desconcertarse les respondía que si tan listos eran que lo adivinasen.

Aquella noche volvió a casa de su tía con el traje hecho pedazos, pues los colegiales habían ido tirando cada uno por su lado hasta desgarrárselo en venganza de su atrevida respuesta a la burlona pregunta.

Sin otro indicio que el de ser campesino, lo prejuzgaron torpe sus condiscípulos y le pusieron por apodo el *Imbécil*, haciendo de él su hazmerreir durante muchos días; pero él, en vez de enfadarse les seguía las burlas o no hacía caso alguno de ellas, como si se las dirigieran a otro, y proseguía su camino cumpliendo estrictamente con los deberes académicos, hasta que por fin se cansaron los burlones, pues no hay mejor defensa que el desprecio y el silencio contra el escarnio, ya que el escarnecedor quedará en su fuero interno escarnecido al ver que no hace mella el escarnio. Es lo mismo que si un tirador que de certero se envanezca no acierta en público concurso a dar ni una sola vez en el blanco.

No sobresalía Maxwell en la sección de letras, aunque tomó con mucha afición el estudio del latín

y el griego; pero en la sección de ciencias muy luego aventajó a todos sus compañeros, que asombrados al verle ganar en los exámenes el primer premio de matemáticas, ya no se atrevieron a seguir apodándole el *Imbécil.*

Pero no se sujetaba la poderosa mentalidad del futuro sabio a las cuadriculadas lecciones de los programas de la Academia, sino que pensaba por cuenta propia con entera independencia, y como en otro tiempo Blas Pascal enmendó el error con que el catedrático de Geometría enseñaba a los alumnos el trazado de las curvas de pluralidad de focos, encontrando, sin que le costara mucho esfuerzo, el procedimiento de dibujar un óvalo matemáticamente perfecto.

El director de la Academia quedó tan admirado de semejante talento de observación en un muchacho de catorce años, que comunicó oficialmente el caso a la Real Sociedad de Edimburgo el 6 de Abril de 1846, según consta en las Memorias de dicha Sociedad.

Esta proeza científica le aquistó el respeto de todos sus condiscípulos, la estimación de los profesores y la amistad de dos compañeros que con el tiempo habían de brillar como estrellas de primera magnitud en el firmamento científico. Eran P. G. Tait y Lewis Campbell, con quienes discutió hábilmente problemas de matemáticas sublimes, a pesar

de que sólo había aprendido las elementales en las clases de la Academia.

Según crecía en edad, iba siendo más vivo su interés por las cuestiones científicas, estudiando en las horas libres los fenómenos magnéticos, la polarización de la luz, los anillos de Newton y los irisados colores de las burbujas de jabón que para la masa general de estudiantes sólo eran objeto de frívolo pasatiempo en los ratos de recreo.

Pero sus aficiones científicas no le distraían del cumplimiento de los deberes académicos ni le infundían aversión a los estudios literarios, sino que como es muy frecuente en los talentos de primer orden, su mentalidad, lejos de ser unilateral y especialista, sobresaliente en unas disciplinas y nula en otras, abarcaba con la misma energía las letras y las ciencias, hasta el punto de obtener el primer premio en literatura inglesa y latina.

Salió Maxwell de la Academia de Edimburgo a los quince años de edad, para ingresar en la Universidad de la misma población, donde cursó los estudios superiores de matemáticas, física, química, lógica y ética.

Conviene advertir que en las universidades inglesas no están sujetos los estudios a planes forzosos, trazados con torpe pluma por ministros ineptos que jamás supieron ni media palabra de la ciencia de enseñar.

Por el contrario, el alumno es libre de matricularse en las clases y cursar las asignaturas que mejor se avienen con su vocación y aptitudes, en lo que consiste la verdadera libertad de enseñanza sin perjuicio de que la universidad señale los conocimientos cuya posesión ha de probar el alumno para obtener cada uno de los grados académicos.

Maxwell comprendió que para la investigación científica a que su estrella le llamaba no eran suficientes las matemáticas, la física y la química, sino que también se necesitaba la lógica para disciplinar el entendimiento y la ética para regir la voluntad.

Aparte de la diaria asistencia a las clases universitarias y fuera de programa se ocupaba en el estudio de problemas tan interesantes como los de la polarización de la luz, el magnetismo animal, curvas de revolución, compresibilidad de los sólidos y otros de no menor importancia sobre los cuales presentó sendas Memorias a la Real Sociedad de Edimburgo.

Durante las vacaciones no desperdiciaba el tiempo en la ociosidad ni tampoco se esclavizaba al trabajo de modo que amenazase agotar sus energías. Por el contrario, alternaba las tareas intelectuales con los ejercicios físicos, y si por una parte repetía en las colinas cercanas a Galloway el experimento barométrico de Gay Lussac en Puy de

Dôme y por otra instalaba en su propia casa un laboratorio donde estudiar los fenómenos lumínicos y magnéticos, todavía le sobraban tiempo y energías para los deportes de equitación y natación, así como para solazar el ánimo con la lectura de poesías y la meditación de problemas filosóficos.

De la universidad de Edimburgo se trasladó a la de Cambridge cuando contaba diez y nueve años, y lo mismo que en la Academia edimburguesa, pareció al principio como si estuviese descentrado y fuera de ambiente; pero muy luego se familiarizó con las nuevas circunstancias, y la afabilidad de su carácter y el prestigio de su talento, unidos a sus antecedentes académicos, le aquistaron la amistad de los más sensatos estudiantes.

Aquí tenemos un vivo ejemplo de lo tantas veces dicho, y aún son pocas, acerca de la eficacia personal, de la grandísima importancia de los atractivos modales, de la nobleza de sentimientos y la benévola disposición de ánimo hacia cuantos nos rodean, para granjearnos su amistad y hermosear en lo posible su vida y nuestra vida.

Dicen sus biógrafos que durante su estancia en Cambridge fué mejorando de día en día su aspecto personal como si fuese manifiesta expresión de las valiosas cualidades mentales y morales que atesoraba su individualidad.

En todos cuantos le conocían causaba su per-

sona una impresión de inefable encanto, de suerte que doquiera estaba él era el centro y los amigos y conocidos que con él hablaban, la circunferencia.

Como años después Melchor de Palau y José Echegaray en España, hermanó Maxwell las letras con las ciencias, dando con ello prueba de la ductilidad de su talento, y tradujo del original griego en verso inglés varios pasajes de la *Iliada*, aparte de muchas poesías de propia inspiración.

Al cumplir veintiún años, y mientras estaba de vacaciones en casa de una familia amiga, de Suffolk, cayó gravemente enfermo de fiebre cerebral, según diagnosticaron los médicos; pero afortunadamente recobró la salud y dijo que aquella enfermedad le había sido muy beneficiosa, porque se convenció de que como dice San Pablo: "el amor subsiste aunque se desvanezca la sabiduría".

En los exámenes de grado obtuvo nota de sobresaliente en matemáticas y unánimes le diputaron sus condiscípulos por el mejor de todos los de su curso.

Para que se vea hasta dónde llegaba la intensidad de su discernimiento y cómo le habían aprovechado las lecciones de lógica y filosofía moral aprendidas en la universidad de Edimburgo, he aquí lo que escribía a un amigo suyo acerca del concepto que se había formado de la existencia humana:

"Quien desee disfrutar honestamente de la vida y obrar con entera libertad, debe tener continuamente ante su vista la obra del presente día. No la de ayer, para que no caiga en abatimiento al recordar los fracasos, ni la de mañana para que no se convierta en visionario.

"Feliz el hombre que reconoce en la obra de cada día una parte integrante de la entera obra de su vida y una recopilación de la obra de la eternidad. Inconmovibles serán los fundamentos de su confianza porque se ha hecho copartícipe de lo Infinito. Denodadamente lleva a cabo la obra del día porque el presente se le ha dado en completa posesión."

En Abril de 1856 murió el padre de Maxwell poco antes de que su hijo fuese nombrado profesor de Física en el colegio de Aberdeen, con la hija de cuyo director contrajo matrimonio dos años después, creyendo que estaría de por vida en aquel establecimiento de enseñanza; pero algún tiempo después le nombraron catedrático de la misma asignatura en el Colegio del Rey de Londres, y en 1865 de Física experimental en la universidad de Cambridge.

Desde entonces hasta su prematura muerte fué verdaderamente asombrosa su actividad científica, muy al contrario de aquellos catedráticos para quienes la cátedra es mullido cojín de la vida ma-

terial, que no van más allá de la horita de verborrea diaria en espera de quinquenios, ascensos de escalafón y jubilaciones.

En 1873 publicó su magistral tratado de Electricidad y Magnetismo cuya génesis fué la Memoria que sobre el mismo tema había presentado en 1855 a la Sociedad de Ciencias Físicas de Cambridge, y todos los cientistas están conformes en que las teorías expuestas por Maxwell en este tratado han sido la base fundamental de cuantos progresos realizó la electrotecnia de allí en adelante, y deben considerarse como el primer paso en firme hacia el conocimiento de la verdadera naturaleza de la electricidad.

Discurriendo y razonando por analogía, que es el mejor método de razonar y discurrir, concibió Maxwell la idea, derivada de sus experimentos, de que la electricidad y el magnetismo habían de ser esencialmente idénticos a la luz, y por lo tanto diversas modificaciones de una misma energía fundamental, porque observó que las líneas de fuerza de un imán se propagaban con la misma velocidad de la luz.

Así como Adams en Inglaterra y Le Verrier en Francia descubrieron la existencia del planeta Neptuno sin valerse de otro instrumento que el de su mente, así también Maxwell, por medio de cálculos matemáticos, describió las exactas características

de aquellas hasta entonces desconocidas ondas eléctricas, abriendo con ello el camino a Hertz y Marconi, que gracias a los precursores trabajos de Maxwell pudieron dar al mundo la telegrafía inalámbrica a la que ha seguido su compañera la telefonía.

Pero las multitudes que hoy disfrutan del beneficio de la rapidez de las comunicaciones y al levantarse por las mañanas se enteran en el diario de su predilección de todo cuanto sucedió pocas horas antes en la redondez de la tierra; los tripulantes cuya vida salva del naufragio el oportuno radiograma; los favorecidos de la fortuna que desde Nueva York, Barcelona, Madrid, París, Roma o Berlín escuchan cómodamente el concierto vocal e instrumental de una sinfónica londinense, cosechan el fruto sin acordarse del sembrador. No pasa por su mente ni se asoma a sus labios el nombre de Jaime Clerk Maxwell, cuyos experimentos sirvieron de punto de apoyo a los realizados en 1887 por Enrique Hertz para demostrar prácticamente la teoría de su predecesor Maxwell, comprobando que las ondas eléctricas son de la misma naturaleza que las de la luz y como ellas susceptibles de reflejarse, refractarse y polarizarse.

Pero con ser Maxwell tan eminente cientista, aún superó a su talento su carácter. Fué un hombre completo, el dechado admirable de la Bondad

armonizada con la Verdad y la Belleza Murió el 5 de Noviembre de 1879 a los 47 años de edad, dejando el ejemplo de su vida y la magnitud de sus obras indeleblemente inscritos en el santoral de la ciencia.

XVII. CONOCIMIENTO Y VOLUNTAD.

XVII. CONOCIMIENTO Y VOLUNTAD.



LA tan vulgarizada frase: *querer es poder,* que suele diputarse por axiomática y sirve de máxima en las enseñanzas de filosofía moral, dista mucho de ser tan absoluta como parece, pues nada conseguirá quien *quiera* hacer una cosa si no *sabe* hacerla. La voluntad es impotente cuando no la acompaña el conocimiento; y por lo tanto, la primera aplicación que se ha de dar a la voluntad es la del estudio de aquello en que deseamos concretar nuestra acción.

Así lo hicieron cuantos dejaron por huella de su paso por el mundo alguna obra de positivo beneficio para la humanidad, no sólo de las que contribuyen a la elevación de las conciencias y nutren el espíritu, sino de aquellas otras que satisfacen las necesidades materiales y acrecientan el bienestar y comodidad de la vida colectiva.

Ejemplo de lo que puede el querer en compañía del saber, nos lo ofrece en estos nuestros tiempos el joven Guillermo Mulholland, irlandés de origen, como nacido en Belfast y educado en Dublin, aunque su primaria educación no fué más allá de los conocimientos indispensables hoy día a todo el que haya de alternar en sociedad.

No se avenía Mulholland con la pasividad de la vida sedentaria, y anheloso de ver nuevas tierras y otras gentes con cuya vista y trato experimentarse personalmente en la escuela de la vida, se matriculó en la dotación de un buque destinado a los puertos estadiunenses del Pacífico, y al llegar en 1872 a North River, quedó tan prendado de la vida y costumbres del país, que tomó carta de naturaleza y se hizo ciudadano norteamericano.

Los primeros años de residencia en su adoptada patria estuvieron llenos de dificultades y contratiempos, aunque su siempre alegre disposición de ánimo y una firme confianza en el porvenir alejaban de su mente todo pesimista pensamiento, pues eran pocas sus necesidades y por lo tanto fáciles los medios de satisfacerlas.

No se apuraba por nada e iba de un lado a otro como piedra desprendida de la montaña que no cesa de rodar hasta que encuentra el punto de reposo, y así anduvo por las carreteras de poblado en poblado, valiéndose de su maña para componer relojes, estañar sartenes, extraer muelas, vender cordones para los zapatos, botones para los cuellos y otros adminículos tradicionales en la andante buhonería.

En una de sus excursiones por el Estado de Arizona vióse perseguido por una pandilla de indios apaches de cuya furia le salvó la asombrosa ligereza de sus piernas, burlando a los perseguidores que perdieron la pista y así pudo llegar sano y salvo a la entonces incipiente ciudad de Los Angeles, en el Sur de California, que tan sólo contaba diez mil habitantes, con muy pocas calles empedradas, un tranvía deficiente y ningún hotel de siquiera mediana decencia.

Sin embargo, tenía Los Angeles un sistema de abastecimiento de aguas, suficiente en aquella época para las necesidades de tan corto vecindario, y sostenido por una compañía que tiempo atrás obtuvo la concesión sin otro requisito que colocar en la plaza Mayor una fuente pública que todavía subsiste en testimonio del antiguo sistema de conducción de aguas, predecesor del admirable acueducto construído modernamente por iniciativa de Mulholland y que en concepto de los técnicos es la obra hidráulica de mayor importancia en el mundo después del canal de Panamá.

Al llegar a Los Angeles logró Mulholland un empleo subalterno en la Compañía de Aguas, encargándole de las llaves de distribución al vecindario, de modo que cuando alguna casa se quedaba sin agua, llovía la reclamación en los oídos de Mulholland, quien no se daba punto de reposo hasta encontrar la causa de la interrupción.

Durante los ratos que le dejaba libres la vigilancia de las llaves de paso y distribución, se ocu-

paba en estudiar geología, hidráulica y demás materias propias de la ingeniería civil, de suerte que auxiliado por su natural talento y fácil comprensión de los problemas hidráulicos, trazó en su mente un proyecto para el abastecimiento de aguas de una populosa población, con la previa seguridad de que podría vencer cuantas dificultades se opusieran a trasladar el proyecto del pensamiento a la acción.

Pero Mulholland esperaba coyuntura favorable a la realización de su concebido plan, y entre tanto dió en el desempeño de sus modestas funciones tales pruebas de idoneidad y competencia, que el director y los ingenieros de la Compañía le consultaban en las cuestiones de ardua solución, y al cabo de cinco años de servicio le nombraron inspector general del abastecimiento.

Se tomaban las aguas del río Los Angeles, cuyo caudal en verano depende de la fusión de las nieves, y andando el tiempo no bastó para las necesidades de la cada día más creciente población, pues en 1905 faltaron en el rigor del verano diez y ocho millones de litros diarios para el total abastecimiento de la ciudad.

Entonces presentó Mulholland a la Comisión municipal de Obras públicas el proyecto de traída de aguas del río Owens que nace en la vertiente oriental de Sierra Nevada, a unos 560 kilómetros

al norte de Los Angeles, en una vasta meseta de 1,850 metros sobre el nivel del mar, y fluye hacia el sur para desembocar en el lago Owens.

Toda aquella comarca estaba a la sazón desierta sin el más rudimentario medio de comunicación con la ciudad; y no obstante, acometió Mulholland la empresa, al parecer temeraria, de conducir las aguas de aquel río a través del desierto, y al efecto estudió la constitución geológica del terreno, convenciéndose de que no había imposibilidad natural para la realización del proyecto.

Al cabo de tres meses de dormir al raso y llevar una vida poco menos que salvaje, sometió su plan a la Comisión municipal de Obras Públicas con un presupuesto de gastos que importaba cinco años de tiempo, cuatro mil braceros para mano de obra y veinticuatro millones y medio de dólares en dinero.

Aceptado el proyecto por la Corporación municipal, se emitió un empréstito para cubrir el coste de las obras, cuya dirección se confió, como era lógico, a Mulholland, y que dejando aparte los pormenores, consistieron en 225 kilómetros de tubería de hormigón de 3'70 metros de diámetro; 12 sifones de acero; 142 túneles de hormigón, que constituyeron en suma un grandioso acueducto de 412 kilómetros de longitud a través de un terreno quebradísimo y desierto, donde el termómetro

señala en verano 49° C. a la sombra y en invierno 11° bajo cero.

Fué necesario construir 215 kilómetros de vía férrea, 480 de carretera y 320 de caminos adyacentes con tramos aéreos en el trecho de las laderas de Sierra Nevada. Además se requirieron viviendas para los cuatro mil operarios con suministro de agua, luz eléctrica y comunicación telefónica; en fin, se hubo de emplear todo un año en la edificación de una ciudad en pleno desierto antes de comenzar las obras del acueducto.

No es posible describir las innúmeras dificultades que Mulholland hubo de vencer con su persistente voluntad puesta al servicio de su conocimiento. En lo más crítico de las obras, los contratistas de cemento aumentaron exorbitantemente los precios de este material; pero Mulholland respondió a semejante abuso instalando una fábrica de cemento que llegó a producir mil barricas diarias, ahorrando con ello a la ciudad dos millones de dólares.

Dificultades por el estilo surgían a cada paso y todas las fué venciendo Mulholland porque era hombre que sabía lo que quería, pero no sabía ni quería fracasar. Al término de los cinco años, el acueducto llevó a Los Angeles millones de litros diarios de agua potable que bastaron y aun sobraron para las necesidades de 500,000 habitantes.

El cálculo de Mulholland había sido exacto en el tiempo. En cuanto a su equivalente el dinero sólo excedió en 40,000 dólares el costo fijado en el presupuesto. No hubo filtraciones ni en la construcción del acueducto ni en la administración de la grandiosa obra.

***

Otro ejemplo no menos admirable nos ofrece también en nuestros días Jorge Washington Carver, el eminente agrónomo del Instituto de Tuskegee, cuyos descubrimientos en química agrícola. apenas conocidos en Europa, superan en admiración a cuanto la más delirante fantasía fuese capaz de concebir.

Nació de padres esclavos en la hacienda que en el Estado de Missouri poseía un tal Moisés Carver, cuyo apellido ellos llevaban y también dieron al hijo, según costumbre en tiempo de la esclavitud.

El último año de la guerra civil, una pandilla de salteadores penetró en la granja, y robaron a la madre y al niño. El hacendado Carver despachó en su persecución unos cuantos jinetes provistos de dinero para el rescate, pero cuando alcanzaron a los merodeadores, ya la madre había desaparecido sin que jamás se supiera su paradero.

Al niño lo encontraron gravemente enfermo de

tos ferina y se lo devolvieron al señor Carver, quien se encargó de su crianza.

Libre por fin al terminar la guerra civil, encontró una colocación de servicio doméstico en Kansas, y sin otros conocimientos que el alfabeto, empleó las horas libres en estudiar las materias de cultura general y de segunda enseñanza hasta graduarse de bachiller en el Colegio de Iowa, donde lo conoció Booker T. Washington, quien admirado de sus felices disposiciones se lo llevó al Instituto Tuskegee, por él fundado para la educación y enaltecimiento de la raza negra a que ambos pertenecían.

Estaba a la sazón en sus comienzos el Instituto que hoy es uno de los mayores y mejores establecimientos docentes del mundo, pudiendo competir con las famosas universidades de Oxford, Cambridge, Halle, Harvard, Yale y los colegios de Eton, Amherst y Abbotsholme.

Adscrito, desde su ingreso, al departamento de Agricultura, dedicóse al análisis de algunas plantas que a su juicio contenían principios susceptibles de elaboración por medio de procedimientos químicos.

Razonaba en esto Carver por analogía pensando en la multitud de productos, todos ellos valiosísimos para la industria, que se derivan de la destilación de una materia tan homogénea a primera vista

como la hulla; y con mucho acierto juzgó posible aplicar a las substancias vegetales, la infinidad de medios de transformación que proporciona la química orgánica, en cuyo campo se van transmutando unos cuerpos en otros de propiedades enteramente distintas, pero relacionados entre sí, como los términos de una serie o eslabones de una cadena.

Prosiguiendo sus experimentos, descubrió en la batata y el boniato un principio lácteo susceptible de coagulación, del que obtuvo lo que en química orgánica se llaman *esteres* o éteres salinos, de los que pueden derivarse las *ketonas* y de ellas los *aldehidos,* nombres todos que si bien suenan extrañamente en oídos profanos, constituyen la mayor parte de los principios activos de las substancias que sirven para nuestra ordinaria alimentación.

Con sus científicas manipulaciones logró Carver elaborar tapiocas y harinas procedentes de la pulpa de batatas y boniatos, que durante la gran guerra sirvieron de nutritivas provisiones a las tropas y al ganado.

Mayor todavía fué el partido que Carver supo sacar de una leguminosa tan plebeya como el cacahuete o maní, que hasta caer en sus manos sólo servía de goloso entretenimiento al vulgo en las funciones de circo, en las corridas de toros de Méjico y en los partidos de pilapié.

Así como cuando se trata de un proyecto de ley de importancia nacional, la comisión nombrada para su estudio y dictamen, abre en el Parlamento español una información pública a la que pueden concurrir de viva voz o por escrito todos los ciudadanos; y así como todos los vecinos de una población tienen hoy día en España el derecho de acudir por turno a las sesiones municipales para exponer denuncias, quejas, reclamaciones y aun insinuar proyectos, limitando a quince minutos el tiempo de exposición, también el Congreso o Cámara de Representantes de Washington en los Estados Unidos nombra una Comisión de Iniciativas ante la cual pueden informar durante sólo diez minutos los ciudadanos que hayan de oponer algún reparo a los proyectos de ley en vía de estudio y expectativa de dictamen.

Viene todo esto de propósito a que en cierta ocasión, mientras se estaba estudiando la reforma de los aranceles, supo Carver que iban a gravarse los derechos de importación del cacahuete, por considerarlo producto subalterno en la alimentación.

Habían acudido aquella tarde a informar ante la Comisión de la Cámara, gran número de ciudadanos, cada cual con sus interesadas pretensiones más beneficiosas para su particular industria que para la prosperidad nacional.

Entre los que aguardaban turno se veía a Carver modestamente retirado en último término, esperando que acabasen de informar los ciudadanos de raza blanca, y cuando ya no quedó nadie más que él en el salón, adelantóse a exponer las razones por las cuales le parecía contrario al interés público gravar con derechos casi prohibitivos un fruto del que se podían obtener infinidad de productos alimenticios, sucedáneos de otros por los que la población estadiunense pagaba anualmente sumas enormes al extranjero.

Al decir esto, habían transcurrido ya los diez minutos reglamentarios, y el informante recogió los documentos que había traído, dió las gracias por la escucha y sonrió significativamente al despedirse; pero como su informe había despertado la curiosidad de los individuos de la Comisión, el presidente le rogó por acuerdo de todos que no se retirase y continuara su informe, con cuantos datos pudiesen esclarecer mayormente un asunto que de tanta importancia parecía.

Entonces informó Carver durante dos horas, explicando cómo había logrado obtener del cacahuete, en el laboratorio de química agrícola del Instituto Turkegee, nada menos que ciento sesenta y cinco diversos productos, derivados unos de otros en serie que prometía ser interminable.

Entre los más notables cabe mencionar una leche

tan sabrosa como la de vaca, diversas clases de quesos, manteca, café, caramelos, pastillas de chocolate, harina, jabón, polvos de afeite, linóleo, tintes para la ropa, grasa para lubricar ejes de máquina, diez y siete matices de imitación de madera, con otros productos igualmente útiles, que de no verlos parecerían patrañas de embaucador.

Por otra parte ha obtenido Carver de las tierras y piedras del suelo multitud de materias tintóreas de colores permanentes, como si hubiese redescubierto el secreto sepultado con los Faraones en las tumbas egipcias.

También en este punto discurrió Carver por analogía al contemplar los inmutables colores con que la omnipotente mano de Dios esmaltó las colinas y que persisten inalterables a despecho de los siglos.

Con religiosa humildad declara el insigne inventor que su obra se contrae al aprovechamiento de lo que Dios creó para utilidad y recreo del hombre, pues no en balde dijo David, como si profetizara lo que está sucediendo: "Alzaré mis ojos a los montes de donde vendrá mi socorro. Mi socorro viene del Señor que hizo los cielos y la tierra y cuanto en ellos hay."

Los colores que hasta ahora ha extraído la química orgánica de los residuos de la destilación de la hulla y que tanto empleo tienen en tintorería

son débiles matices en comparación de los vivísimos tonos de inimaginable suavidad y delicadeza que Carver ha conseguido extraer de las tierras, arcillas y piedras pulverizadas sometiéndolas a la tortura de retortas y matraces para que revelasen su secreto.

Para Carver no es la ciencia el conocimiento clasificado según la definen los doctores académicos, sino que la ciencia es la verdad, y así cuando Jesús dijo: "Si permaneciereis en mi palabra seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad, y la verdad os libertará", parece como si pudieran parafrasearse estas palabras diciendo: "y conoceréis la ciencia, y la ciencia os libertará", porque la ignorancia esclaviza al hombre y el conocimiento lo emancipa; pero ha de ser el conocimiento de la verdad, de la ciencia genuina y auténtica, no de la falsa sabiduría, mil veces peor que la total ignorancia.

En las leyes y en las obras de Dios manifestadas en la naturaleza está oculto en misterio, pero no en indescifrable enigma, cuanto necesita el hombre para transmutar en flores y frutos las espinas y abrojos de la tierra.

Si Dios revelara graciosamente los secretos de sus obras, de modo que el hombre los conociera sin poner nada de su parte, no podría adelantar la humanidad en el camino de su perfeccionamiento.

Las rebeldías de la materia, el inquisitivo interrogante que a la mente humana oponen los fenómenos de la naturaleza son otros tantos estímulos de la voluntad que la mueven a adquirir el conocimiento con que libertarse de la esclavitud de la miseria y la ignorancia.

La verdadera ciencia y la verdadera religión son inseparables. No hay ni puede haber conflicto entre ellas. El conflicto surge entre la ciencia y la superstición, entre la fe ciega y la razón clara, entre la verdad y el error.

Dios no ha hecho nada sin motivo, sin una finalidad dirigida al bien. Pero al hombre le toca descubrir y conocer los inagotables tesoros que la providente mano de Dios ocultó en los senos de su eterna hija la Naturaleza.

XVIII. MISCELANEA FINAL.

XVIII. MISCELÁNEA FINAL.

L general Mitchell, que era también muy distinguido astrónomo, dió en cierta ocasión una conferencia familiar a los muchachos vendedores de periódicos, hablándoles de la vida que había llevado en su infancia, y les decía:

—Cuando os veo vendiendo periódicos por las calles, me parece que soy uno de vosotros, porque ninguno puede ser más pobre y desvalido que lo fuí yo a vuestra edad. He conocido todo lo que es capaz de sufrir un pobre.

Los desharrapados rapazuelos lo miraron con asombro como si dudaran de lo que les decía; pero viendo el general la duda reflejada en los ojos de su auditorio, prosiguió diciendo:

—Cuando tenía yo doce años, era criado de una señora anciana que me daba veinticinco centavos semanales de salario, además de la manutención, y excuso añadir que me hacía trabajar de firme. Yo aserraba madera, ordeñaba las vacas, encendía el fuego, fregaba los platos y barría la casa. Eran mis ropas un puro andrajo y por no tener con qué comprarme zapatos iba descalzo.

Una mañana me levanté mucho más temprano que de costumbre para hacer la limpieza, y al salir

mi ama de su cuarto y verme parado, creyó que aún no me había puesto al trabajo, y al responderle que ya estaba todo listo me llamó embustero.

Aquella injusta ofensa me indignó y le repliqué a la señora que ya no tendría ocasión de volverme a injuriar con tan horrible palabra, porque en el mismo instante me marché de la casa sin un centavo en el bolsillo.

No podéis figuraros lo que hice entonces. Encontré a un hombre que conducía un carro tirado por dos caballos y le dije si quería tomarme a su servicio.

Me miró de pies a cabeza y repuso:

—Creo que no me podrás servir de nada.

—¡Oh! sí—repliqué yo.—Podré limpiarle los caballos y hacer muchos otros menesteres. Póngame usted a prueba y lo verá.

Convencióse el hombre movido de la resolución con que le respondí, y me dijo que subiera al carro.

La marcha fué penosa porque la carretera estaba hecha un barrizal por las lluvias y el camino era muy largo. Llegamos por fin a casa del labrador, y en seguida le di pruebas de que me sabía ganar el pan.

Poco a poco fuí prosperando hasta alcanzar mi posición en el mundo. Por lo tanto, no tengáis miedo del porvenir. ¿Que sois pobres y no tenéis valedores? Probad fortuna vez tras vez sin desalentaros al primer fracaso, y seguid adelante siempre obedientes a la ley de Dios. Ya sé que los tiempos son duros para vosotros, pero confiad en Dios poniendo el mayor esfuerzo posible de vuestra parte y recibiréis el divino auxilio. Manteneos limpios de corazón y tened la seguridad de que os abriréis camino honradamente.

***

Varios hombres eminentes fueron en su niñez vendedores de periódicos y mandaderos de oficina. La energía de carácter, el valor, la perseverancia y entusiasmo en la lucha con la pobreza dan casi siempre por resultado la victoria final.

Vendedor de periódicos fué en su niñez el rector de la universidad de la Virginia occidental, y en su juventud sirvió de amanuense a Jorge M. Pullman.

Mandadero fué David B. Hill, que llegó a gobernador del Estado de Nueva York.

También vendieron periódicos en su niñez el famoso inventor Tomás Alva Edison, el periodista y filántropo Jorge W. Childs, y Whitelaw Reid, propietario de la *Tribuna* de Nueva York y embajador que fué de los Estados Unidos en París.

***

Por los años de 1820 había en un taller de zapa-

tero de Brattleboro un aprendiz de catorce años de edad sin otra instrucción que la proporcionada mal y de mala manera por la escuela primaria; pero se resolvió a estudiar cada día una hora sin desatender las obligaciones de su oficio, y a los diez y nueve años había dominado todo el curso de matemáticas de Hutbon, con bastantes nociones dè astronomía y ciencias naturales.

A consecuencia de lo sedentario de su oficio, contrajo una afección dispéptica, y el Dr. Willard Parker le aconsejó que paseara cada día una hora por el campo a la salida y puesta del sol, aprovechando los paseos para estudiar botánica.

Así lo hizo el laborioso zapatero que se aficionó vivamente a la ciencia del reino vegetal y mandó pedir a Londres el mejor tratado que hubiese de esta rama de la historia natural. Pero como al recibirlo viese que estaba en latín, compró una gramática de este idioma y al cabo de seis meses pudo estudiar el tratado de botánica.

De la misma manera aprendió el francés y el alemán, y a los 45 años de edad era famoso en todo el país por sus conocimientos científicos, sobresaliendo en matemáticas hasta el punto de caber la duda de si el problema que no fuese él capaz de resolver podrían resolverlo los diez mejores matemáticos de los Estados Unidos.

Los colegios de Dartmouth y Middlebury le

concedieron *honoris causa* el grado de *Artium magister;* y sin embargo, no quiso abandonar jamás su oficio de zapatero en el que se había establecido con taller abierto en 1826 y donde prosiguió trabajando hasta su muerte ocurrida en 1880. Este erudito zapatero se llamaba Carlos C. Frost.

***

Análogo ejemplo nos ofrece Juan Brown, de Carpow, valeroso muchacho escocés que estudió latín y griego en los ratos libres que le dejaba su rústico oficio de esquilador de ovejas. Una noche anduvo treinta millas equivalentes a cuarenta y ocho kilómetros, para ir al día siguiente a la biblioteca de la universidad de St. Andrews con objeto de leer el Nuevo Testamento en el original griego, y al oírselo leer un catedrático que allí estaba, le regaló un ejemplar.

***

Enriqueta Martineau nació en Norwich, ciudad de Inglaterra, el 12 de Junio de 1802, y era hija de un fabricante que le proporcionó los medios de adquirir en la escuela los fundamentos de la cultura general; y aunque no se distinguió gran cosa entre sus condiscípulas ni daba muestras del literario talento que más tarde había de explayar, denotaba viva afición a la lectura, pues según ella misma

refiere en su autobiografía, en su niñez aprovechaba todos los momentos libres para mejorar su condición intelectual. Siempre llevaba un libro en el bolsillo y tenía otro bajo la almohada. Leyó todas las obras de Shakespeare sentada en un escabel sin otra luz que la de la lumbre a cuyo amor se arrimaba. Era camisera de oficio, y mientras manejaba la aguja, tenía sobre la falda una obra de Goldsmith, Thomson o Milton cuyas páginas o cantos iba aprendiendo de memoria.

Padecía de sordera pertinaz y nunca andaba bien de salud, por lo que mostrábase silenciosa y reservada, como si en el mundo interior concentrara toda su actividad.

Pero aquella joven que tan esquiva y huraña parecía a cuantos muy de cerca no la trataban dió a los diez y nueve años de edad el primer fruto de su ingenio escribiendo un artículo para un mensuario religioso titulado *Monthly Repository*, en el que continuó colaborando durante algunos años, sobresaliendo por la exactitud con que en forma de cuentos describía la vida de los operarios fabriles, de que había sido testigo presencial en la fábrica de su padre.

Con el producto de su pluma acrecentaba la renta del modesto capital que el padre les había dejado al morir a ella, a su madre y hermanos; pero en 1829 quebró el Banco donde tenían depositada su

fortuna y entonces fué cuando se vieron en la dura necesidad de ganarse la vida en el oficio de camiseras.

Alternando la aguja con la pluma, publicó en 1830 las *Tradiciones de Palestina* y obtuvo por sus *Ensayos Teológicos* tres premios de la Sociedad Unitaria.

En 1831 concibió el proyecto de publicar una serie de historietas sobre ejemplos de economía social en forma de revista, y a pesar de las negativas de los varios editores a quienes sometió el proyecto, persistió en el intento y henchida de esperanza en el éxito logró publicar en 1832 el primer número de la revista titulada *Illustrations of Political Economy*, del que en quince días se vendieron cinco mil ejemplares.

Desde aquel día tuvo abierto el camino de la vida sin otra inquietud que la elección entre los diversos empleos que solicitaban su actividad, sin preocuparse para nada de la cuestión monetaria que gracias a su perseverancia en el manejo de la pluma tenía con creces asegurada.

En 1832 se trasladó de Norwich a Londres con objeto de mejorar su obra y en 1834 pasó a los Estados Unidos, donde estuvo dos años, y al regresar a Inglaterra publicó la obra *Society in America* y la novela *Deerbrook* en 1834.

Viajó después por el extranjero, y al volver con

la salud harto quebrantada, estableciose en Tynemouth, puerto de mar no lejos de Newcastle, junto a la desembocadura del río Tyne, donde permaneció completamente baldada hasta 1844.

Durante su larga invalidez de cinco años escribió cuatro volúmenes de cuentos infantiles con el título de *The Hour and the Man* y la *Life in the sickroom.*

Recobró totalmente la salud por medio del tratamiento hipnótico que en aquella época se llamaba mesmerismo y trasladó su residencia a la ciudad de Ambleside en el distrito del Lago, famoso por haber residido allí los poetas Wordsworth, Coleridge, Southey, Shelley, Keats, Mateo Arnold y Ruskin.

En 1845 se mandó construir una casa propia en Ambleside y el mismo año publicó *Forest and Game-law Tales.* En 1846 viajó por Egipto y Palestina, publicando a su regreso la *Eastern Life.*

En 1851, en colaboración con H. G. Atkinson, publicó una serie de Cartas sobre las leyes de la naturaleza social y evolución del hombre y en 1853 tradujo en compendio la *Filosofía positiva* de Augusto Comte.

Fué mujer de vigorosa mentalidad, dotada de fino espíritu de observación, y por la imparcialidad de sus juicios, la ternura de su corazón y la simpatía de su trato, se aquistó el respeto de todos,

incluso de quienes no compartían sus opiniones, y merece servir de ejemplo de lo que es capaz una voluntad persistente para sobreponerse a los reveses de fortuna, quebrantos de salud y malevolencias de la suerte.

⁂

Entre los jóvenes nacidos en humilde cuna que por su propio esfuerzo llegaron al pináculo de la fama, sobresale Horacio Greeley, calificado por el poeta Whittier de "último Franklin" y competidor de Grant en las elecciones para la presidencia de la república estadiunense.

Nació en Amherst, población del Estado norteamericano de Nuevo Hampshire, el 3 de Febrero de 1811, el tercero de los siete hijos de un pobre labrador. Aprendió las primeras letras en la escuela municipal, y sin otra instrucción que la rudimentaria que en aquella época podía adquirir en semejantes establecimientos de enseñanza, entró a los quince años de aprendiz en una imprenta de East Poulney, población del Estado de Vermont, donde adelantó tan rápidamente en la técnica del oficio, que fué capaz de auxiliar en las tareas editoriales del periódico *Northern Spectator.*

Cumplido el tiempo de aprendizaje y suspendida la publicación de dicho periódico, trabajó de tipó-

grafo en varias imprentas del condado, hasta que en Agosto de 1831 emprendió la marcha a pie hacia Nueva York sin otro capital que un hatillo colgado al hombro, un bastón de camino, diez dólares en el bolsillo y las esperanzas de sus veinte años.

Mucho le costó encontrar colocación a causa de la rudeza de su palurdo aspecto, hasta que por fin lo admitieron en una imprenta donde trabajó en las cajas durante catorce meses, y entonces quiso establecerse por su cuenta en compañía de otro cajista para publicar con el título de *New Yorker* un semanario literario redactado por él mismo, en el que insertaba poesías, ensayos y otros artículos.

Posteriormente se orientó hacia la política, publicando el periódico titulado *Log Cabin*, que tuvo resonante éxito y contribuyó poderosamente con sus enérgicas campañas al triunfo de la candidatura del general Guillermo Enrique Harrison para la presidencia de la república en 1841.

El 10 de Abril de este mismo año publicó Horacio Greeley el primer número del *New York Tribune*, que dirigió hasta su muerte, y refundió sus semanarios *Log Cabin* y *New Yorker* en otro titulado *Weekly Tribune*, que logró profusa circulación en los distritos rurales.

Pronto cobró fama en todo el país la *Tribuna* por sus campañas en favor de la templanza, el coo-

peratismo, la abolición de la esclavitud y de la pena de muerte.

Greeley defendió un socialismo que tenía alguna semejanza con el de Fourier, pero desprovisto de exageraciones, y congregó a su alrededor colaboradores de tanta valía como Jorge Guillermo Curtis, que después dirigió las famosas revistas *Harper;* Carlos Anderson Dana, propietario que fué del *New York Sun* y director de la *Enciclopedia Americana;* y Sara Margarita Fuller, marquesa de Ossoli, autora de *La Mujer en el siglo XIX.*

En 1848 fué elegido diputado por uno de los distritos de Nueva York; pero fracasó en el intento de que se concediera a los diputados billetes ferroviarios de libre circulación o dietas equivalentes a los gastos de viaje.

En 1851 visitó a Europa y fué presidente de uno de los Comités de la Exposición universal de Londres. El partido conservador dificultó cuanto pudo su carrera política, y en cambio apoyó Greeley con todas sus fuerzas en 1860 la candidatura presidencial de Lincoln contra la de su adversario Seward.

Cuando la guerra de Secesión, defendió Greeley por de pronto el derecho que al parecer tenían de separarse los Estados del Sur, fundándose para ello en los principios expuestos en la *Declaración de Independencia;* pero después se manifestó acérrimo partidario de la abolición de la esclavitud y

hostil a los separatistas, publicando en la *Tribuna* el famoso artículo titulado: *La plegaria de veinte millones,* que causó hondísima impresión en todo el país y sin duda fué la causa de que Lincoln, después de felicitarle efusivamente, publicara su *Proclama de la Emancipación.*

Cuando el general Lee se rindió con todas sus fuerzas al general Grant en Appomattox, abogó Greeley por una amnistía total, y en 1872 se presentó candidato a la presidencia frente al general Grant, logrando 2.834,079 votos contra 3.597,076 que obtuvo su adversario. Murió el 29 de Noviembre de aquel mismo año.

En el norte de Colorado hay una población llamada Greeley en memoria del insigne periodista que la colonizó.

***

Rara vez han favorecido las circunstancias a los hombres insignes. Hubieron de abrirse camino a viva fuerza luchando contra todo linaje de dificultades, obstáculos y contratiempos.

La humildad de cuna y los modestos comienzos no son impedimento de una brillante carrera. Los muchachos nacidos y criados en el terruño de granjas y cortijos ocupan hoy día en los Estados Unidos las más altas posiciones en los Parlamentos,

en los negocios, en el foro, en el púlpito y en el Congreso.

Hombres de obscuro origen, mecida su desvencijada cuna por las descarnadas manos de la pobreza, han hecho el mayor número de provechosos descubrimientos y útiles invenciones, han escrito los mejores libros y ocupado los más altos lugares en colegios y universidades.

¿Queréis conocer el carácter de un joven y lo que de sí dará cuando hombre? Observad en qué emplea sus ratos de ocio, qué significan para él, qué ve en ellos, si los aprovecha en la silente obra de la autoeducación o los desperdicia en frívolos pasatiempos.

Cada quién es el artífice de su destino.

FIN